

Clásicos Ilustrados

BELLEZA NEGRA

Anna Sewell



trillas 

Editorial Trillas ofrece a sus lectores una oportunidad realmente única de conocer las obras más famosas de la literatura universal de corte juvenil –en versiones compendiadas pero fieles a las originales–, al publicar la serie *Clásicos Ilustrados*, cuentos y novelas en los que se mezclan intrigas y aventuras; la fantasía se desborda y el interés no decrece, pues todos son relatos de gran amenidad, saturados de bellas descripciones de ambientes, épocas y personajes que transportan sutilmente al lector a otros mundos.

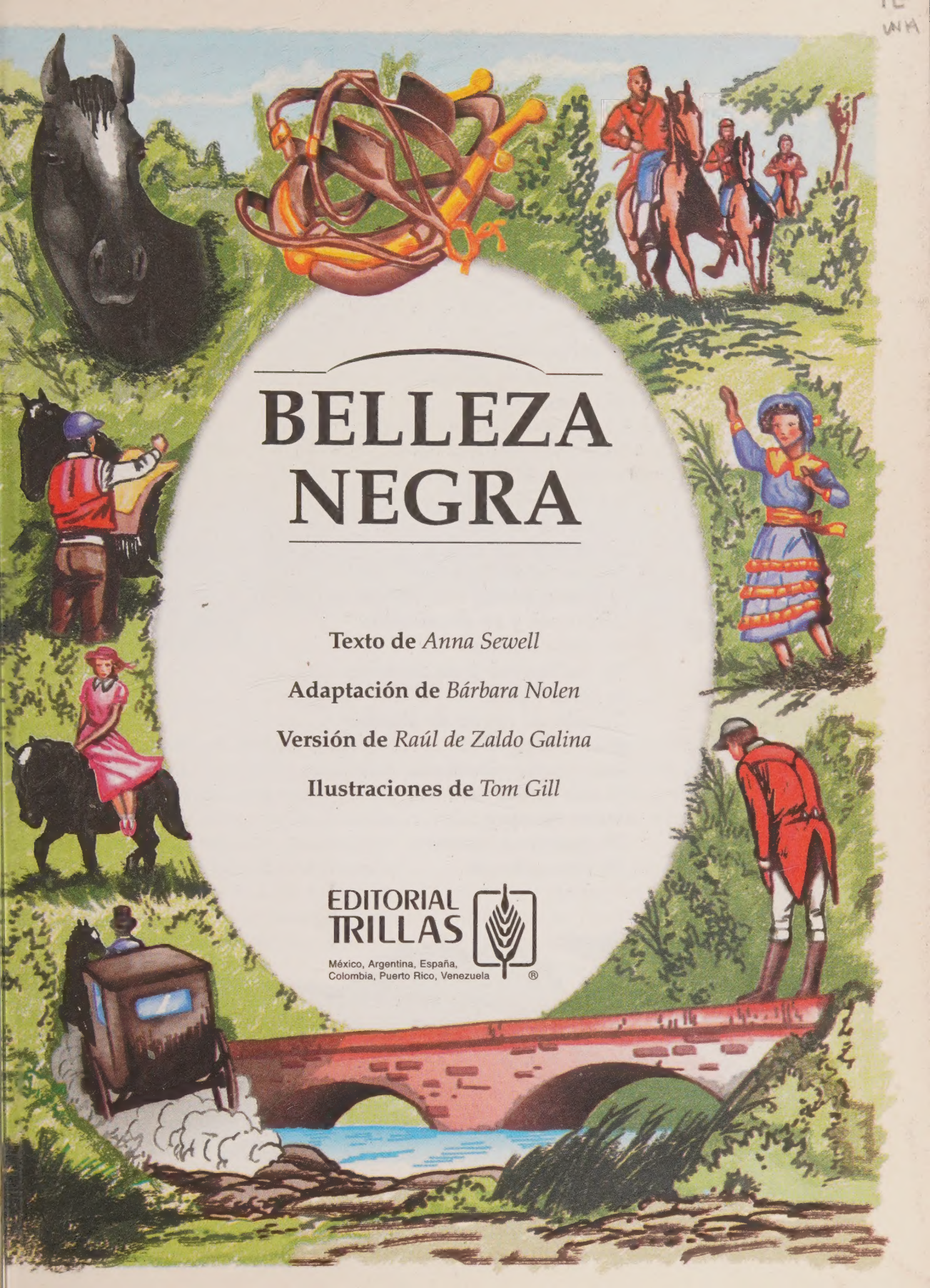
Julio Verne, Alejandro Dumas y Mark Twain, entre otros reconocidos escritores, nos regalan toda la riqueza de su imaginación en estas historias inmortales. Cada volumen contiene más de 150 ilustraciones a todo color que hacen más grata la lectura, pero lo más importante es que en ellos se destacan la amistad, la lealtad, la bondad, la camaradería, la inteligencia y la honradez, valores que representan el ideal de género humano. En suma, *Clásicos Ilustrados* constituye una excelente aportación cultural para chicos y grandes que gustan de la buena lectura.

Anna Sewell

Originaria de Inglaterra, nació en marzo de 1820. Su afición por la literatura la heredó de su madre, quien escribía historias infantiles. Al cumplir Anna la mayoría de edad, su padre le regaló un hermoso caballo, el cual utilizó durante algún tiempo para trasladarse diariamente a su trabajo; con él aprendió a cuidar y respetar a esos nobles animales. Sewell escribió *Belleza Negra* como una protesta contra el maltrato que recibían los caballos de tiro, pero sobre todo, contra el uso de las crueles riendas con las que se les enganchaba a los carruajes de aquella época. Anna Sewell murió en abril de 1878, un año después de haber publicado su obra, pero dejó, sin embargo, una bellísima historia que seguramente permanecerá en el recuerdo de todos aquellos que aman a los animales.

CLÁSICOS ILUSTRADOS

- Belleza Negra
- Ben-Hur
- El conde de Montecristo
- El mago de Oz
- Heidi
- Huckleberry Finn
- La isla del tesoro
- La vuelta al mundo en 80 días
- Los ocho primos
- Los patines de plata
- Los tres mosqueteros
- Mujercitas
- Robin Hood
- Sherlock Holmes
- Tom Sawyer
- Viaje al centro de la Tierra



BELLEZA NEGRA

Texto de Anna Sewell

Adaptación de Bárbara Nolen

Versión de Raúl de Zaldo Galina

Ilustraciones de Tom Gill

EDITORIAL
TRILLAS



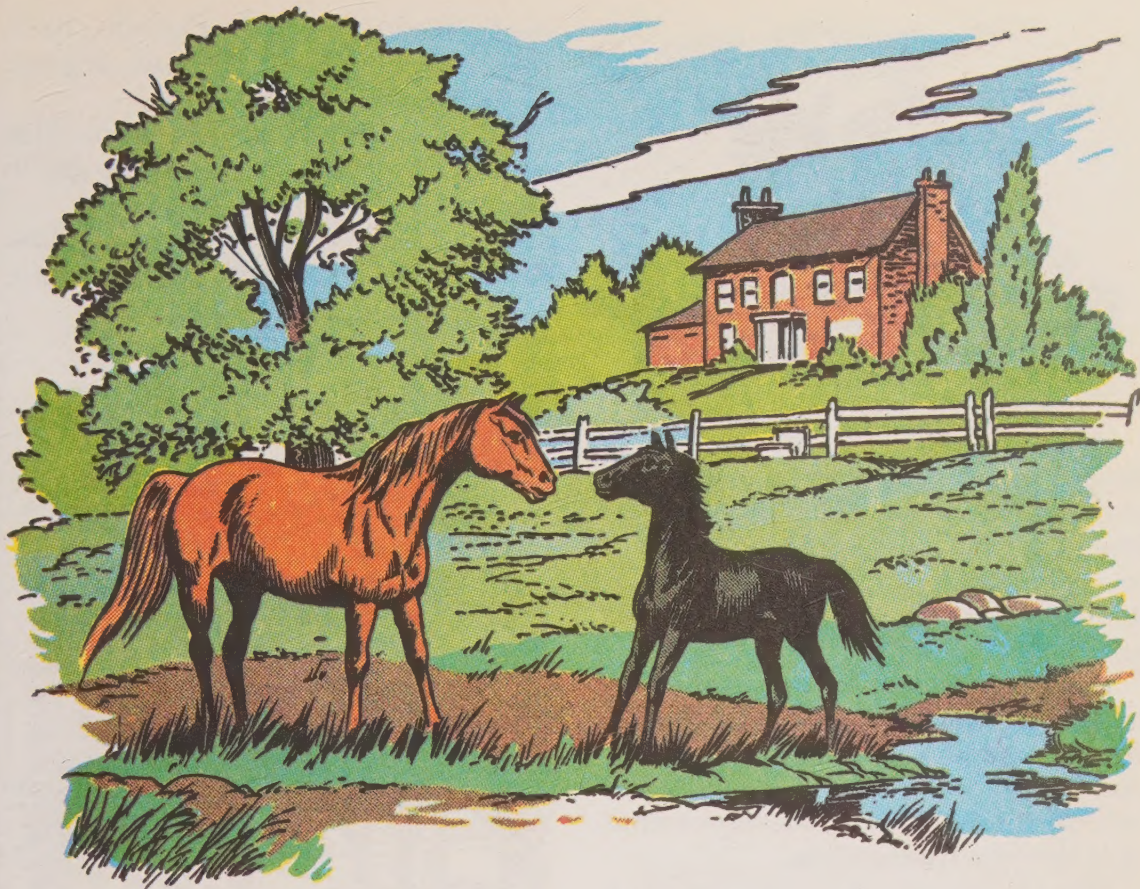
México, Argentina, España,
Colombia, Puerto Rico, Venezuela



Índice

Mi primer hogar	3
La cacería	5
Mi doma	8
El parque Birtwick	12
La historia de Ginger	17
Merrylegs	21
Un día de tormenta	24
La oportunidad de Jaime Howard	28
El incendio	31
En busca del médico	36
Pepito Green	42
La despedida	46
La rebelión de Ginger	50
Mis dificultades con Rubén Smith	52
Arruinado y en decadencia	57
Un trabajo arduo	59
Un malhechor y un farsante	62
La feria hipica	67
Caballo de coche de alquiler	70
¡Pobre Ginger !	75
Una amiga necesitada	77
El año nuevo de Jerry	80
Malos tiempos	85
El granjero y su nieto	90
Mi último hogar	93





Mi primer hogar

El primer lugar que puedo recordar claramente, era un grande y agradable prado en donde había un estanque de agua cristalina. Algunos árboles frondosos se inclinaban sobre el estanque; juncos y lirios acuáticos crecían en su parte más profunda. Por encima de los setos, en un extremo, veíamos un campo arado y, por el otro, podíamos ver la puerta de la casa de nuestro amo.

De pequeño me nutrí de la leche materna, ya que no podía comer pasto. Durante el día correteaba al lado de mi madre, y de noche me acostaba, rendido y feliz, junto con ella.

Había otros seis potros jóvenes en el prado. Acostumbraba correr con ellos y nos divertíamos mucho. Llegábamos a galopar todos juntos dando vueltas y más

vueltas al campo, tan rápidamente como podíamos. A veces teníamos juegos más bien rudos, ya que los potros solían morder y cocear con la misma naturalidad con que galopaban.

Un día en que jugábamos a darnos coces, mi madre me llamó a su lado con un relincho, y me dijo:

—Quiero que pongas mucha atención a lo que ahora te voy a decir. Los potros que viven aquí son muy buenos, pero son hijos de caballos de tiro y, naturalmente, no han tenido buena educación. En esta comarca tu padre goza de fama, y tu abuelo ganó la copa dos años consecutivos en las carreras de Newmarket. Tu abuela tenía el carácter más dulce que yo haya conocido, y creo que a mí nunca me has visto patear ni morder.



Espero que crezcas bueno y gentil, y que nunca aprendas malas costumbres. Haz tu trabajo siempre de buen grado, levanta bien las patas cuando estés trotando, y nunca muerdas o cocees, ni aun por juego.

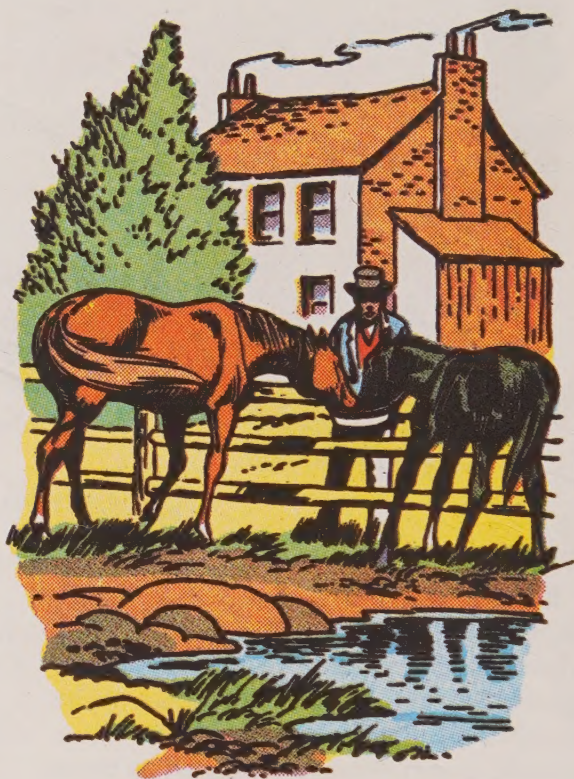
Jamás he olvidado los consejos de mi madre. Sabía que era un yegua muy inteligente, y además nuestro amo tenía un concepto muy elevado de ella. Su nombre era **Duquesa**, pero frecuentemente él la llamaba **Consentida**.

Nuestro amo era un hombre amable y bueno. Nos daba buena comida, buen alojamiento y nos dirigía palabras amables. Nos hablaba con la misma bondad con que lo hacía a sus nietos. Estábamos todos muy encariñados con él, y mi

madre lo quería mucho. Cuando ella lo veía en la puerta, relinchaba de alegría e iba trotando a su encuentro.

Él la acariciaba y le daba golpecillos cariñosos con la mano, al tiempo que le decía:

—Dime, mi vieja **Consentida**, ¿cómo está tu negrito? (Yo era de color negro, por lo que me llamaba “negrito”).



Entonces me daba un pedazo de pan, que me sabía muy bien, y algunas veces traía zanahorias para mi madre. Todos los caballos se le acercaban, pero creo que nosotros éramos sus predilectos.

En aquella casa, durante la primera época de mi vida, disfruté de atenciones y fui objeto del cariño de mis amos y de todos cuantos trabajaban allí. Siempre recordaré con gratitud mi primera niñez, llena de mimos y cuidados.





La cacería

Cuando tenía yo dos años de edad, sucedió algo que jamás he podido olvidar. Era a principios de primavera, pero durante la noche había helado un poco y una leve neblina flotaba todavía sobre la pradera.

Los demás potros y yo estábamos comiendo en la parte baja del campo, cuando oímos, bastante lejos de nosotros, lo que parecía ladridos de perros.

Mi madre y un viejo caballo de silla de nuestro amo estaban cerca de allí y parecían saber de qué se trataba.

—Han encontrado una liebre —dijo mi madre—, y si toman este rumbo podremos ver la cacería.

Muy pronto los perros invadían el campo de trigo que colindaba con nuestro prado. Jamás había oído tanto ruido como el que los canes hacían. No ladraban, ni aullaban, ni gemían, sino lanzaban una mezcla de todo ello, emitida con toda la fuerza de sus pulmones.

Tras ellos venía gran número de hombres a caballo, a galope tendido. Nosotros, los potros jóvenes, hubiéramos querido galopar con ellos, pero muy pronto desaparecieron de nuestra vista en los campos cercanos. En ese momento nos pareció que había sucedido algo importante; los perros dejaron de ladrar y se dispersaron, con las narices pegadas al suelo.

—¡Han perdido el rastro —aseguró el viejo caballo—, y quizá la liebre logre, a pesar de todo, escapar!

—¿Qué liebre? —le pregunté.

—Cualquier liebre, no sé cuál; los perros y los hombres persiguen cualquier liebre cuando van de cacería.

Al poco tiempo los perros empezaron a ladrar y aullar nuevamente, y se dirigieron a todo correr, directamente hacia nuestra pradera, en el punto preciso en que la orilla más alta y los setos sobresalen del arroyo.



—Ahora veremos pasar a la liebre —dijo mi madre.

Y en ese preciso momento, una liebre, loca de miedo, pasó a toda velocidad. Y tras ella, los perros. Todos saltaron el arroyo y siguieron corriendo como una exhalación a través del campo, seguidos por los cazadores. Seis u ocho hombres hicieron que sus caballos saltaran perfectamente, siguiendo muy de cerca a los ansiosos perros.

La liebre intentó pasar a través de la cerca; pero, como ésta era muy estrecha, cambió de dirección bruscamente, tratando de dirigirse hacia el camino; ya era demasiado tarde: los perros la alcanzaban, aullando.

Yo estaba tan perplejo, que de momento no advertí lo que había ocurrido en el arroyo. Y cuando por fin miré, había un espectáculo muy triste. Dos buenos caballos habían caído; uno de ellos se debatía en las aguas del arroyo, y el otro se quejaba tirado en el césped. Uno de los jinetes salía del agua, todo cubierto de lodo, pero el otro permanecía totalmente inmóvil.

—Tiene el cuello roto —dijo mi madre.

—Y se lo merece —agregó uno de los potros más jóvenes.

—No lo sé —exclamó mi madre—, pero no debes decir eso. Aunque soy una yegua vieja, nunca he podido saber por qué a los hombres les gusta tanto ese



deporte. Frecuentemente se lastiman y echan a perder buenos caballos. ¡Todo por una liebre o una zorra que podrían conseguir más fácilmente de otra manera! Pero al hombre le gusta cazar. . .

Mientras mi madre decía esto, nosotros continuábamos observando. Muchos de los jinetes se habían acercado al muchacho caído; mi amo, que había estado observando lo que sucedía, fue el primero en acudir a levantarlo. Su cabeza cayó hacia atrás y sus brazos quedaron colgantes; todos parecían consternados. Todo estaba en silencio ahora. Hasta los perros se habían callado y parecían darse cuenta de que algo andaba mal. Posteriormente, lo transportaron a la casa de nuestro amo, y supe después que se trataba del joven Jorge Gordon, hijo único del caballero del mismo apellido, hombre elegante y alto, orgullo de su familia.

Cuando el veterinario, el señor Bond, llegó a reconocer al caballo negro que yacía quejándose en el césped, lo inspeccionó por todos lados y movió la cabeza con pesar.

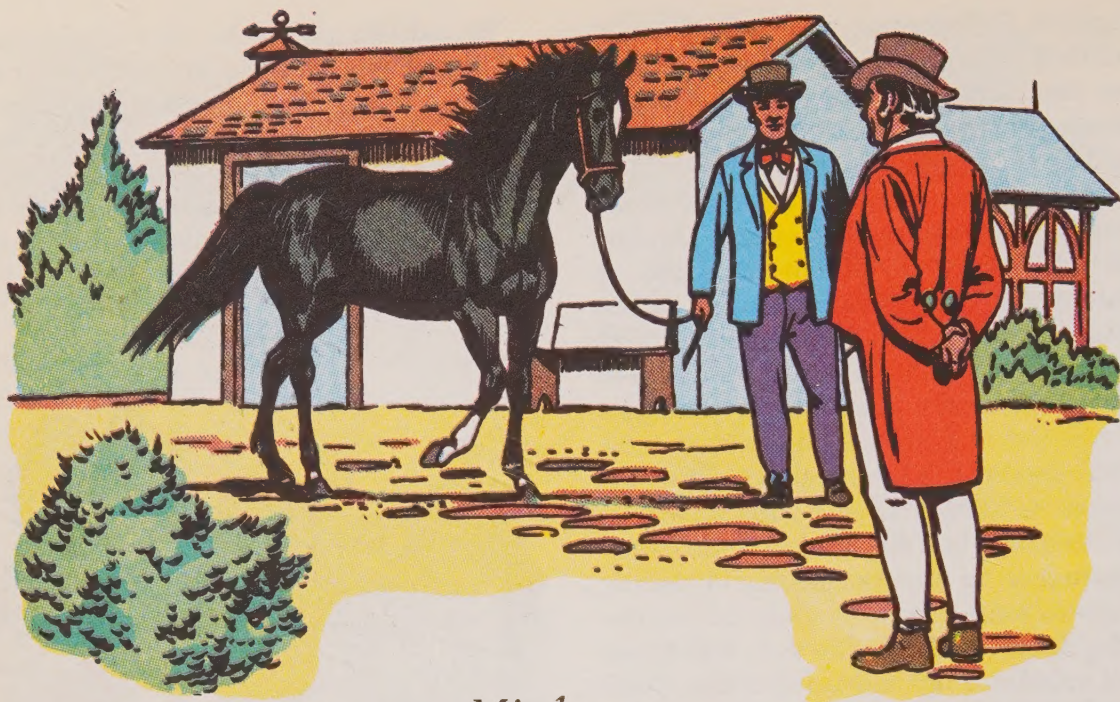


El caballo se había roto una pata. Entonces alguien fue corriendo a la casa de nuestro amo y regresó con una pistola. Poco después escuchamos una fuerte detonación y un quejido lastimero, y luego todo quedó tranquilo. El caballo negro que se había caído no volvió a hacer ningún movimiento.



Mi madre pareció muy contristada; dijo que había conocido a aquel caballo durante muchos años, y que su nombre era **Rob Roy**. Algún tiempo después supe que **Rob Roy** había sido mi hermano. Entonces pude comprender por qué mi madre nunca más volvió a aquella parte del campo.

Así aprendí que en la vida no todo es placentero; hay todos los días tragedias que nos entristecen, y que no podemos evitar. La muerte del caballo negro fue una experiencia que, a pesar de ser dolorosa, me enseñó a enfrentarme con la realidad: todos hemos de morir algún día. . . Este fue mi primer pesar.



Mi doma

A medida que fui creciendo, decían que era yo muy hermoso. Mi pelaje era ya fino y suave, de color negro muy brillante. Tenía una pata blanca y una estrella del mismo color, muy bonita, en la frente. Mi amo no pensaba venderme hasta que cumpliera los cuatro años de edad. Decía que los jóvenes no debían

trabajar como adultos, y que los potros no debían trabajar como caballos hasta que llegaran a la edad adulta.

Cuando cumplí los cuatro años de edad, el caballero Gordon fue a verme. Examinó mis ojos, mi hocico y mis patas. Me las palpó cuidadosamente; después tuve que marchar al paso y al trote y galopar delante de él. Quedó complacido, pues dijo:

—Cuando esté bien domado, será un animal muy útil.

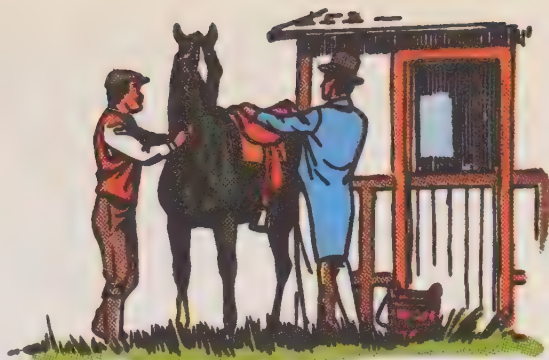
A lo que mi amo contestó que me domaría personalmente, pues no quería que me asustaran o me fueran a lastimar, y al día siguiente empezó la tarea.

No todos saben en qué consiste la doma. Consiste en enseñar a un caballo a llevar bridas y montura, y encima de ésta a un hombre, mujer o niño; a que tome la dirección que el jinete desee, y que lo haga con docilidad. El caballo nunca debe sobresaltarse por lo que vea,



ni "hablar" con otros caballos, ni morder, ni cocear, ni siquiera tener voluntad propia. Siempre deberá hacer la voluntad de su amo, aunque esté muy cansado o muy hambriento.

Yo ya estaba acostumbrado a la cabezada y al ronzal; también a que me llevaran con mucho cuidado por el campo y los senderos; pero ahora tenían que ponerme bocado y bridas. Mi amo me dio un poco de avena como de costumbre, y después de hablarme y acariciarme, logró introducir el bocado en mi hocico y me colocó la brida; para mí fue una experiencia muy desagradable.



sostenía firmemente la cabeza. Entonces me apretó la cincha por debajo del cuerpo, haciéndome caricias sin dejar de hablarme amablemente. Luego me dieron un poco de avena y me pasearon un rato; esto se repitió todos los días, hasta que yo solo empecé a buscar la avena y la montura.

Por fin, mi amo montó en mi lomo, una de tantas mañanas, y me guió por el prado, sobre el blando césped. Ciertamente, experimentaba algo muy extraño; pero debo reconocer que estaba al mismo tiempo muy orgulloso de llevar a mi amo, y a medida que él me seguía montando un poco cada día, pronto me acostumbré a ello.



En seguida vino la silla, y esto no fue tan desagradable. Mi amo me la acomodó sobre el lomo muy suavemente, mientras el viejo Daniel, que era el encargado de cuidar de los caballos, me

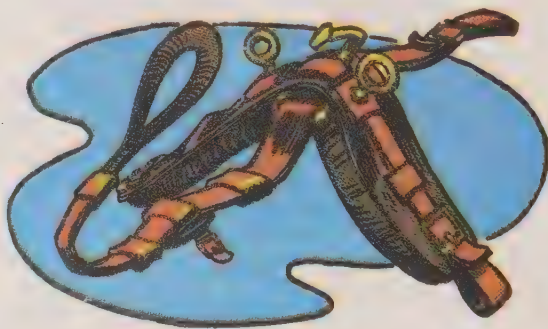


La siguiente experiencia desagradable fue cuando me pusieron las herraduras, lo cual también fue muy duro al principio. Mi amo me acompañó a la herrería, para cerciorarse de que no se me lastimaría. El herrero tomó mis patas en su mano, una después de la otra, y recortó un poco el casco. No me causó ningún dolor, así que permanecí inmóvil en tres patas, hasta que terminó con todas. Después tomó un pedazo de hierro con la forma de mi casco, lo batió con un martillo y me colocó unos clavos que pasaron a través de la herradura y penetraron con bastante profundidad en mi casco, para que quedara firmemente colocada. Sentía las patas muy tiesas y pesadas, pero con el tiempo me acos-



tumbré a las herraduras.

A continuación, mi amo se dispuso a acostumbrarme al arnés. Para empezar, me colocó una pesada y tiesa collera en el cuello y una brida con dos pedazos de cuero, llamados anteojeras, a la altura de los ojos. Después siguió una pequeña montura con una insoportable correa que pasaba exactamente debajo de mi cola. Se trataba de la baticola.



Nunca sentí tantos deseos de cocear, pero como es natural, no podía hacerlo, tratándose de un amo tan bueno. Con el tiempo me acostumbré a soportarlo todo, pudiendo hacer mi trabajo tan bien como mi madre.

No debo olvidar hacer mención de una parte de mi adiestramiento y que siempre he considerado me hizo mucho provecho. Mi amo me envió a pasar dos semanas a casa de un granjero vecino, en donde había un campo bordeado por la vía del ferrocarril en uno de sus lados. En aquel lugar había algunas ovejas y vacas, y a mí me soltaron entre esos mansos animales.



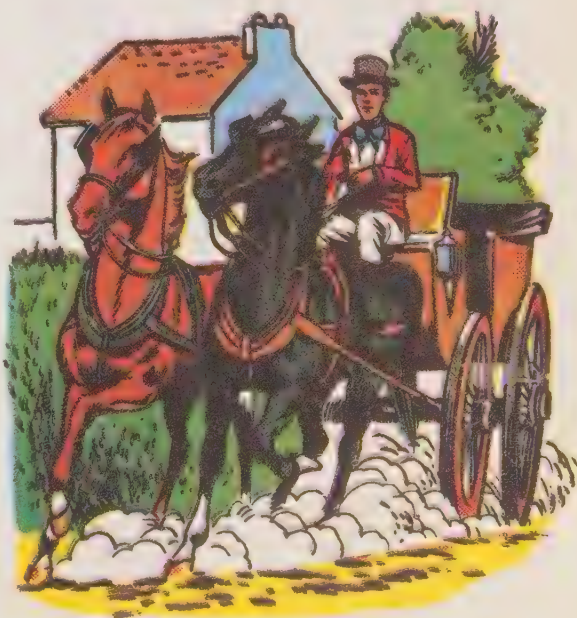
Un día, estaba pastando tranquilamente, cuando, con un ruido ensordecedor y grandes bocanadas de humo, pasó como si fuera volando un gran monstruo negro. Volví grupas y me fui galopando al extremo opuesto de la pradera, en donde me quedé resoplando, asombrado y temeroso.

Durante los primeros días ya no pude siquiera pastar en paz; pero conforme advertí que el terrible monstruo jamás entraba en nuestro campo, y que tampoco me podía causar ningún daño, opté por hacer caso omiso de él. Unos días después le daba yo tan poca importancia al paso del tren, como las vacas y las ovejas.

Mi amo frecuentemente me enganchaba formando tronco con mi madre, debido a la seguridad de su paso y a que ella me podía enseñar cómo portarme mucho mejor que cualquier otro caballo extraño. Frecuentemente me repetía ella que mientras mejor me portara, mejor sería el trato que me darían.

—Pero —me advirtió—, hay muchas clases de hombres. Los hay buenos y comprensivos como nuestro amo. Pero tam-

bién hay hombres malos y crueles, que nunca deberían ser dueños de caballos y perros. Espero que tú caigas siempre en buenas manos, aunque un caballo nunca puede saber quién lo comprará, o quién lo montará. Todo es cuestión de suerte para nosotros; sin embargo, te lo repito, desempeña tu trabajo lo mejor que puedas, y mantén siempre en alto tu buen nombre.





El parque Birtwick

A principios de mayo, llegó un hombre enviado por el caballero Gordon y me llevó a la casa de éste, en donde habría de vivir varios años. Mi amo me dijo cariñosamente:

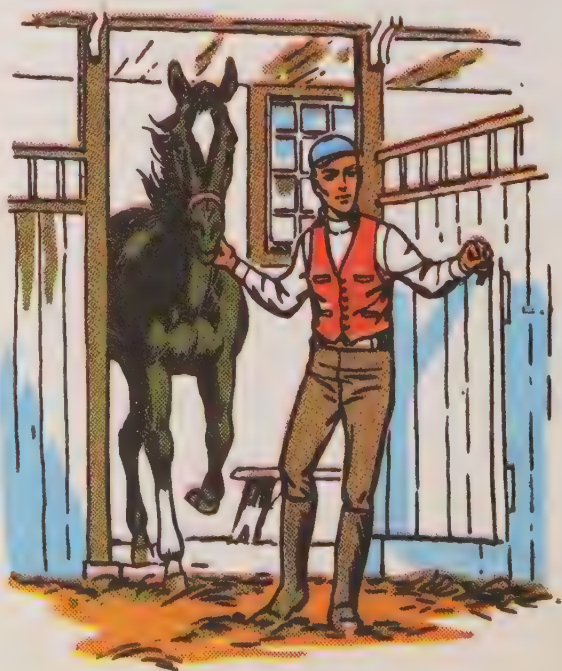
—Adiós, “Negrito”; pórtate bien.

Yo no podía decirle “adiós”, por lo que me conformé con poner mi nariz en sus manos. Me acarició unos momentos, y así abandoné mi primer hogar.

La casa solariega en que vivía el caballero Gordon, estaba en las afueras de la aldea de Birtwick, y se entraba en ella por una gran puerta de hierro, cerca de la cual había una pequeña cabaña. Luego, trotando, había que continuar por un camino bien cuidado, entre corpulentos árboles, hasta llegar finalmente a la casa y a los jardines. Detrás de éstos estaban el parque, la arboleda y las caballerizas.

La cabelleriza a la que me llevaron era muy amplia, con cuatro buenas cuadras. La primera era muy grande, cuadrada y

cercada por detrás con una verja de madera. La llamaban la cuadra “suelta”, a causa de que al caballo que allí estaba no se le amarraba, sino que quedaba en completa libertad para poder moverse a sus anchas.



A tan bonita cuadra fui llevado por el mozo. Era muy limpia, aireada y agradable. Me sentí contento.

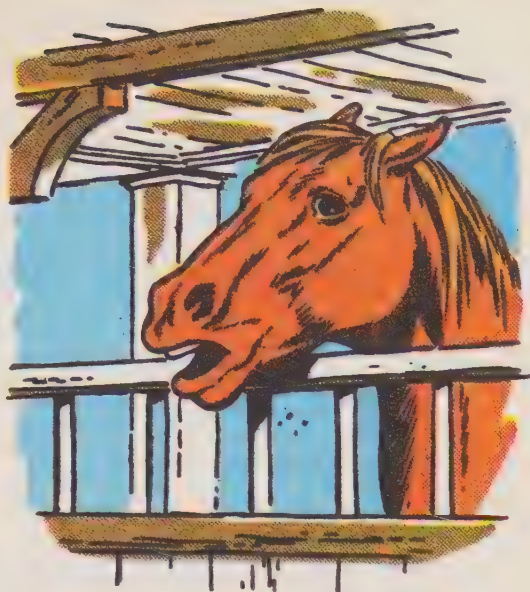
En la cuadra vecina a la mía, había un pequeño y gordezuelo "Pony" de color gris, con crin y cola muy espesas.

Acerqué mi cabeza a la reja metálica situada en la parte superior de mi cuadra y le dije:

—¡Hola! ¿Cómo te llamas?

Se volvió hacia mí tanto como se lo permitía el ronزال que lo sujetaba fuertemente, y me dijo:

—Mi nombre es **Merrylegs**. Llevo sobre mi lomo a las damas y algunas veces transporto a nuestra ama en la pequeña carreta. Ellas me estiman mucho, lo mismo que Jaime, que está encargado



dra. Sus orejas estaban echadas hacia atrás, y su mirada no era muy cordial. Se trataba de una yegua color castaño, de largo y hermoso cuello. Me miró fijamente y me dijo:

—Conque has sido tú el que me ha desalojado de mi cuadra, ¿eh?

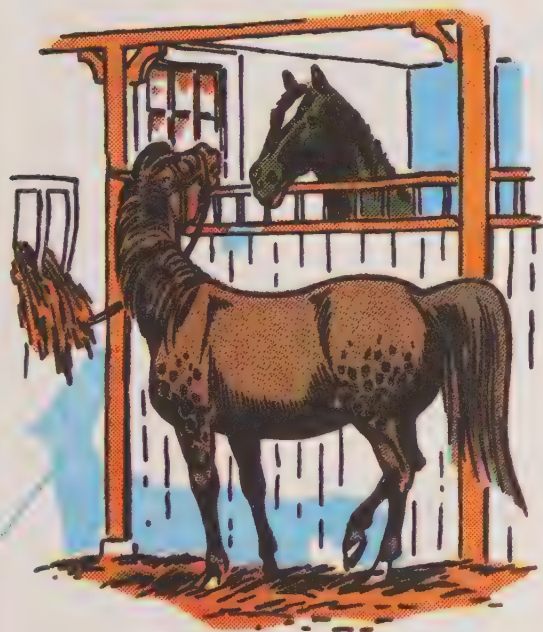
—Usted perdone —le repliqué—, pero no he desalojado a nadie. El mozo que me trajo me dio este lugar; yo nada tuve que ver en ello. Nunca he tenido discusiones con yeguas ni caballos, y sólo pretendo vivir en paz.

—Bien —me contestó—, ya veremos.

Por la tarde, cuando la yegua salió a trabajar, **Merrylegs** me dijo todo lo que sabía de ella.

—**Ginger** tiene el pésimo hábito de morder y patear. Y cuando se encontraba en la cuadra suelta, frecuentemente intentaba morder. Un día mordió a Jaime en el brazo, llegando a hacerle sangre, y por eso a las señoritas Flora y Laura, que son muy gentiles y me quieren mucho, les dio miedo volver a entrar en la caballeriza.

Le aseguré que yo jamás mordía sino el pasto, la paja y la avena, y que no sabía



de nosotros. ¿Vas a vivir junto a mi cuadra?

—¡Sí! —le contesté.

—Pues entonces —agregó—, espero que tengas buen carácter. No quiero tener de vecino a un caballo que muerda.

En ese preciso momento alzó la cabeza otro equino sobre el cancel de su cua-

qué placer podría encontrar **Ginger** en dar tarascadas.

—Yo tampoco creo que encuentra ningún placer —me contestó **Merry-legs**—; se trata solamente de una mala costumbre. Como ves —continuó diciéndome, con aire de superioridad—, tengo doce años de edad y sé muchas cosas; te puedo garantizar que no existe en todo el país un lugar mejor para un caballo, que éste en el que vivimos.

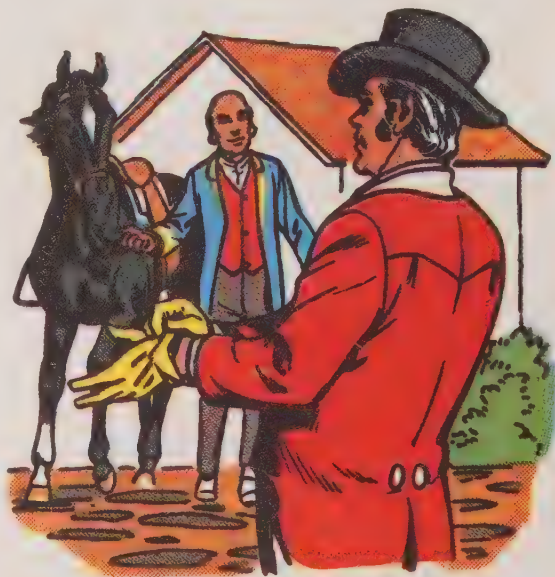
Juan Manly era el cochero. Tenía esposa y un hijito; los tres vivían en la casita del cochero, que estaba muy cerca de la caballeriza.

A la mañana siguiente, Manly me sacó al patio y me dio una buena cepillada. Cuando hubo terminado y me llevaba otra vez a la cuadra, con mi pelo suave y brillante, el caballero fue a verme y quedó complacido.

—Juan —le dijo—, pensaba probar el nuevo caballo esta misma mañana, pero tengo que atender un asunto, así que bien puedes darle una vuelta y probarlo después del desayuno. Vendré a exami-

narlo personalmente mañana por la mañana.

Al día siguiente me sacaron para que me pusiera a prueba mi amo. Recordando los consejos de mi madre, intentaba hacer todo exactamente como él lo deseaba. Muy pronto me convencí de



que era muy buen jinete, que trataba muy bien a su cabalgadura. Cuando regresamos a casa, su esposa lo estaba esperando en la puerta.

—Y bien, querido —le preguntó—, ¿qué te pareció?

—Tal como Juan me había dicho —se apresuró a contestarle—. Es un agradable animal; debe tratársele muy bien. ¿Qué nombre le pondremos?

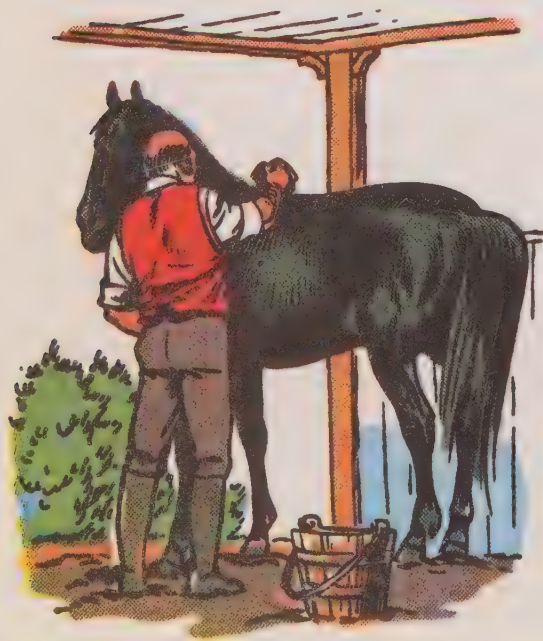
—¿Te gustaría llamarle **Ébano**? —propuso la señora.

—No, ese nombre no me gusta nada.

—Entonces, lo llamaremos **Ave Negra**, como el viejo caballo de tu tío.

—No, porque es mucho más hermoso que el viejo caballo del que hablas.

—En verdad —asintió la esposa—, es un ejemplar muy bello. Tiene una expresión tal de dulzura, y parece de tan buen



carácter, que me sugiere un hermoso nombre: **Belleza Negra**.

—¿**Belleza Negra**? Sí, creo que es un buen nombre. Y si lo deseas, así se llamará desde hoy.

Juan se mostraba muy orgulloso de mí. Le gustaba dejarme la crin y la cola casi tan suaves como el cabello de una dama, y le gustaba también hablarme de muchas cosas. Naturalmente no podía



je que **Ginger**. Reflexioné acerca de cómo nos iríamos a llevar; pero, salvo haber echado hacia atrás las orejas cuando me acercaron al sitio en donde se encontraba, por lo demás la yegua se comportó muy bien.

Después de salir dos o tres veces juntos, empezamos a ser cordiales amigos, lo cual contribuyó a que me sintiera en un verdadero hogar.

Por lo que se refiere a **Merrylegs**, en poco tiempo hicimos gran amistad. Era tan alegre, tan resuelto, y estaba siempre de tan buen humor, que era solicitado por todos, especialmente por las señori-

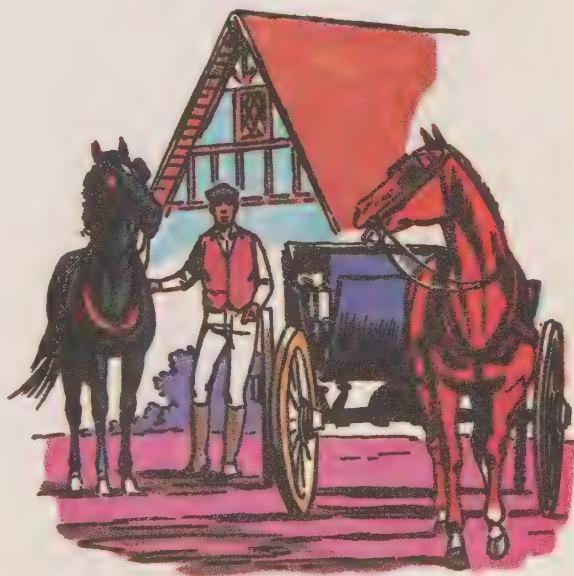


entender todo lo que me decía, pero cada día aprendía más, para comprenderlo mejor, y para poder hacer lo que quería que hiciera.

Parecía saber siempre cuáles eran los sentimientos de un caballo; también cuando me aseaba, sabía muy bien cuáles eran mis puntos delicados y mis lugares sensibles a las cosquillas. Cuando me limpiaba la cabeza, al pasar el cepillo por los ojos, lo hacía con gran cuidado, como si se tratara de los suyos.

Jaime Howard, el mozo de cuadra, era también muy bueno y gentil, a su modo; así que yo me sentía francamente a gusto en mi nueva casa.

Pocos días después de mi llegada, tuve que salir enganchado al mismo carrua-



tas Flora y Laura, que estaban acostumbradas a montarlo recorriendo la arboleda de frutales. Se divertían con él tanto como con su pequeño perro, llamado Frisky.

Me sentía muy contento en aquel nuevo lugar. Todos los que tenían algún trato conmigo eran buenos; además, vivía en una caballeriza llena de luz y aire fres-



algunas horas. Eso ocurría en los bellos domingos del verano. Era un verdadero placer que nos soltaran en la hierba fresca, o bien en la arboleda de frutales. Sentíamos tan fresca y tierna la hierba, respirábamos un aire tan puro, y gozábamos, además, de tanta libertad para galopar, tirarnos al suelo, revolcarnos o pacer en el césped, que éramos muy felices en aquellas horas.

co, y me daban la mejor comida que pudiera desear.

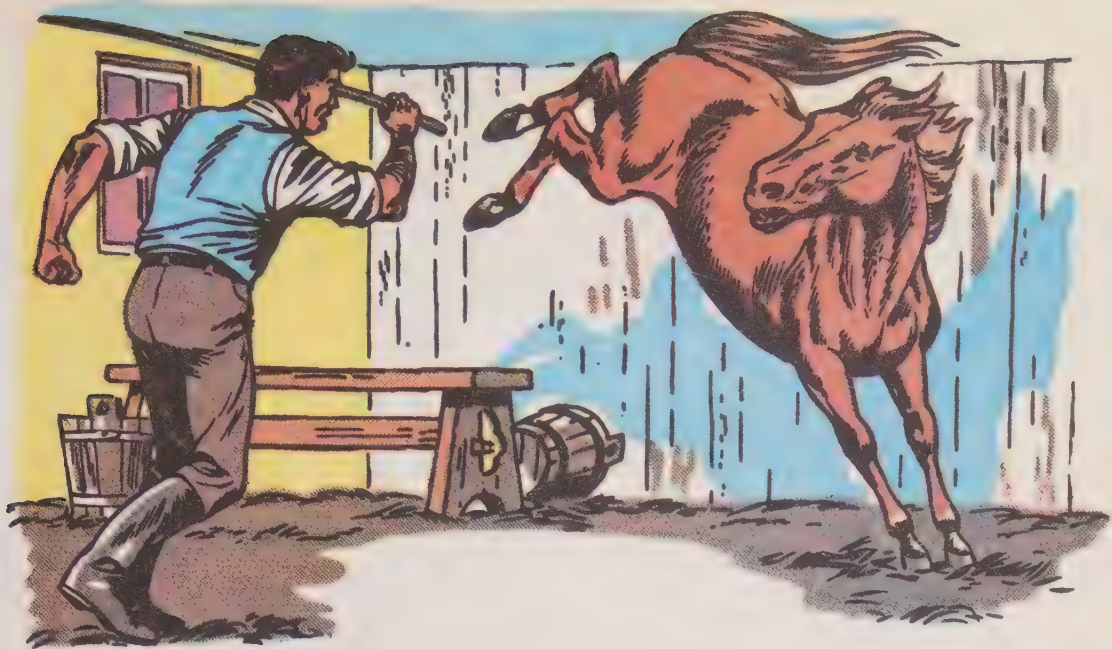
¿Qué más podía yo pedir? ¡Ah! ¡La libertad! ¡La libertad!

En algunas ocasiones en que había hecho menos ejercicio que el de costumbre, me sentía tan lleno de vida que, cuando Juan me sacaba a dar un paseo, la verdad es que no podía estar quieto; sentía ganas de saltar, correr y hacer cabriolas. Pero Juan siempre tenía paciencia conmigo. Era muy bueno.

—Calma, calma, muchachito —solía decirme—; espera un poco, y nos daremos gusto. Ya verás: dentro de poco acabaremos con esas cosquillas que sientes en las patas.

Debo también agregar que algunas veces nos dejaban en libertad durante





La historia de Ginger

Un buen día en que **Ginger** y yo estábamos solos en la pradera, bajo la sombra de un gran nogal, tuvimos una larga conversación. Ella deseaba saber todo lo que se relacionara con mi crianza y mi doma; y por lo tanto, se lo conté todo, en detalle.

Una vez que hube terminado mi narración, me dijo:

—Si a mí me hubieran educado como a ti, es posible que yo también tuviera buen carácter, pero ahora creo que jamás lo adquiriré.

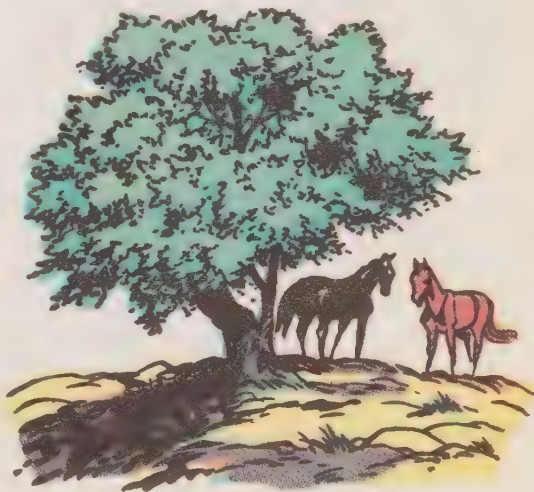
—¿Y por qué no? —le pregunté.

—Porque todo ha sido muy diferente conmigo —me replicó—; jamás hubo caballo ni hombre al que yo deseara agradar. Y cuando se trató de que me domaran, ése fue uno de los peores momentos de mi vida. Escucha:

“Mi viejo amo, el señor Ryder, pudo haber sacado mejor provecho de mí, pero había dejado que me tratara duramente su hijo, un muchacho fuerte, alto y valiente. Lo llamaban Sansón, y a él le gustaba presumir de que aún no había

nacido el caballo que lo pudiera derribar. Me di cuenta desde el principio de que sus intenciones eran acabar con mis bríos y convertirme en una pobre yegua mansa, obediente, humilde y callada. ¡Un cero a la izquierda!

“¡Una yegua mansa! En efecto, eso era lo que quería hacer de mí”, y al decir esto, **Ginger** piafó con fuerza, como si el simple recuerdo de aquellos

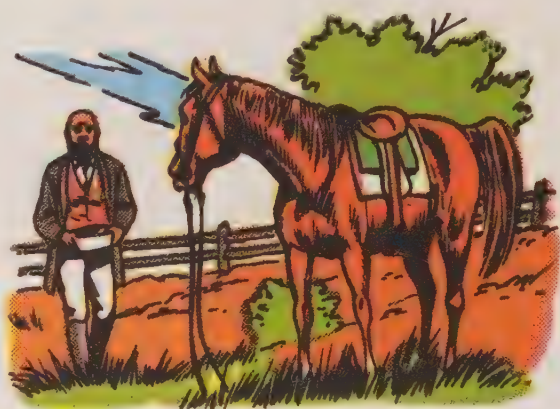


momentos la enfureciera, continuando de este modo su relato:

“Uno de tantos días, Sansón me hizo trabajar tanto como pudo, y cuando por fin me dejó, me sentía cansada, humillada y enojada. Apenas llevaba una escasa hora de descanso, cuando vi que regresaba con una montura, una brida y un nuevo bocado. Aún no sé cómo pude soportar todo eso. El nuevo bocado me causaba mucho dolor y a pesar mío reparé violentamente, cosa que lo hizo enojar más aún, empezando a azotarme sin misericordia. Sentí que todo mi ser se rebelaba, y empecé a cocear, a cabecear y a hacer corveras, como nunca antes lo había hecho.

“Me quedé debajo de un nogal, a la expectativa, pero nadie fue por mí. Esperé inútilmente; el sol me quemaba, las moscas revoloteaban a mi alrededor y se posaban en mis flancos, donde las espuelas se me habían clavado; por último, no tenía agua para beber.

“En el momento en que el Sol desapa-



recía en el horizonte, vi que se acercaba mi viejo amo con una criba en las manos. Era un viejo caballero de finos modales y cabellos blancos. Se me fue acercando cautelosamente, sacudiendo de vez en cuando la avena que tenía en la criba, a la vez que me hablaba de una manera muy gentil y cariñosa:

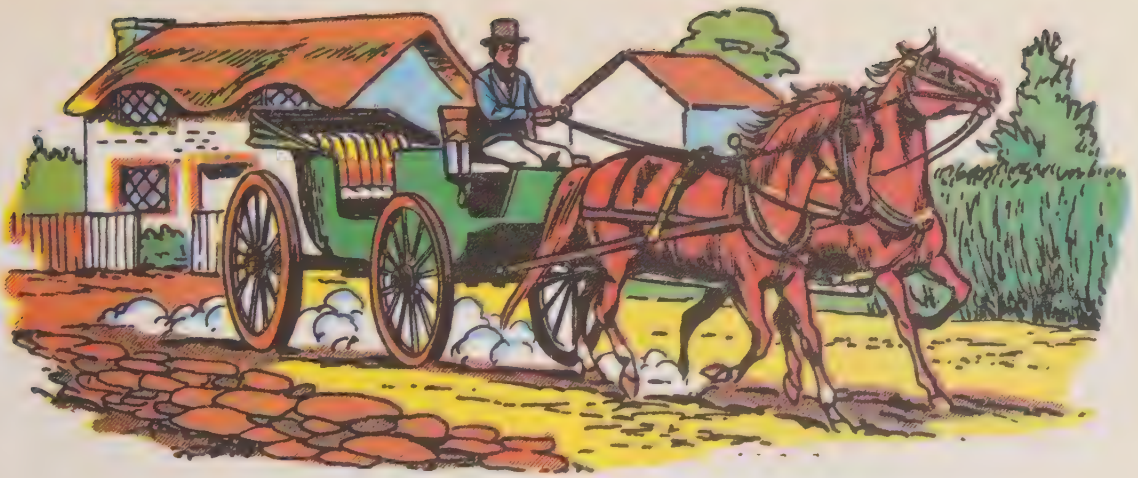
“—Vamos a casa, yegüita, vamos a casa, anda. Su voz logró hacer que desaparecieran todos mis temores.

“Se mantuvo a mi lado, dándome golpecitos cariñosos y acariciándome mien-



“Por fin, después de un furioso forcejeo, logré derribarlo de espaldas. Pude escuchar cómo cayó pesadamente en el césped, y sin mirar hacia atrás me fui galopando al extremo opuesto del campo; una vez allí, volví la cabeza y vi cómo se levantaba muy lentamente del suelo y cómo se dirigía, caminando penosamente, a las cabellerizas.





tras yo comía; cuando descubrió las manchas de sangre en mis ijares, noté que esta muy indignado.

“—¡Pobre amiga! ¡Ha sido una desgracia! ¡Una desgracia! —repitió. Entonces, calladamente, tomó las riendas y me condujo a las cabellerizas.

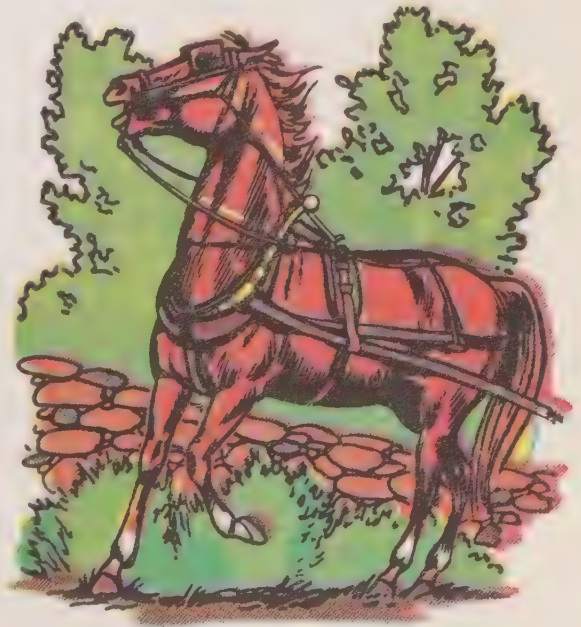
“Después de aquello, frecuentemente me iba a ver el anciano caballero y, cuando sanó por fin mi hocico, otro hombre llamado José continuó mi adiestramiento. Era muy paciente y amable, y con él sí aprendí pronto lo que él deseaba que hiciera.”

La siguiente vez que **Ginger** y yo nos quedamos juntos en la pradera, me contó algo de su primer hogar.

“Después de mi doma —me dijo—, me compró un tratante de caballos para que hiciera pareja con otro caballo también de color castaño. Durante algunas semanas nos enganchó juntos, y después fuimos vendidos a un caballero muy distinguido, que nos llevó a Londres. El tratante ya me había puesto un engallador, que yo odiaba más que cualquier cosa en el mundo; pero en Londres nos apretaban las riendas más fuertemente. El cochero y su amo pensaban que así estábamos más a la moda. Como a ti nunca te han puesto un engallador, no te

imaginas siquiera lo que es, pero te puedo garantizar que es algo detestable.

“A mí me gusta alzar la cabeza, levantarla tanto como cualquier caballo; pero imagínate que la levantas bastante alta, y te vieras obligado a mantenerla así durante varias horas, sin posibilidad de moverla lo más mínimo, como no fuera para elevarla aún un poco más. Acaba uno con el cuello terriblemente adolorido”.





—¿Acaso el amo no se ocupaba de ustedes? —pregunté a **Ginger**.

—No —me contestó ella—, a él sólo le interesaba que sus caballos estuvieran a la moda; tal era su expresión. Estoy segura de que sabía muy poco de caballos. Todo se lo encargaba a su cochero, el cual le decía constantemente que yo tenía muy mal carácter.

“Un día, rompí el arnés, y a fuerza de coces me liberé; sólo así logré salir de aquel infierno; después de eso, me mandaron al mercado para venderme.

“El tratante de caballos dijo que él sabía de un lugar en donde podría yo estar muy bien.

—“Ha sido una verdadera lástima —dijo—, que un caballo tan bueno se haya vuelto malo por falta de una buena dirección.

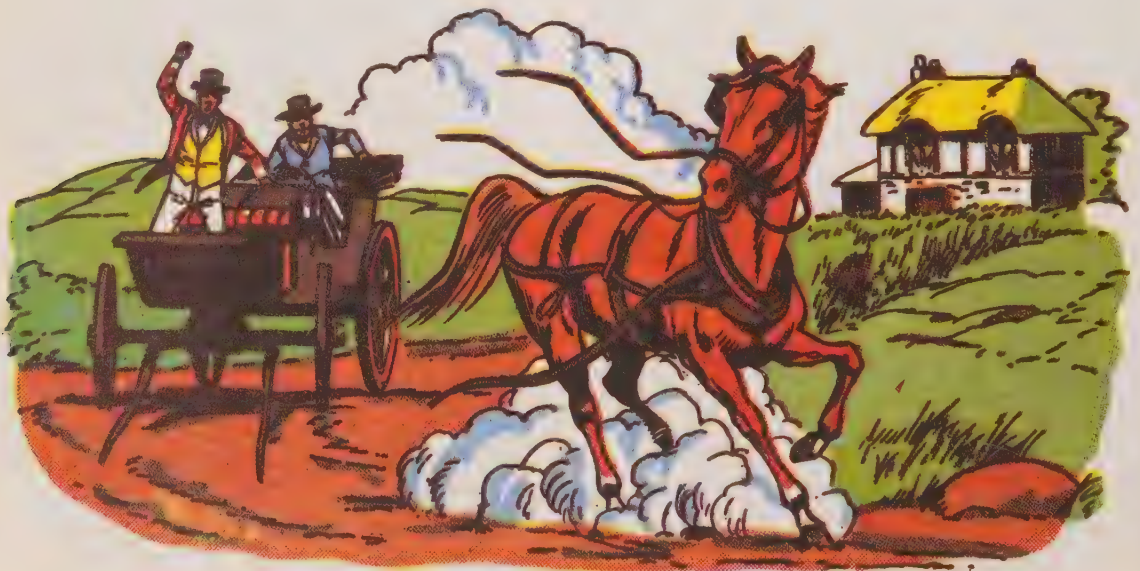
“Por último, llegué a este sitio, no mucho tiempo antes que tú llegaras. Por supuesto la vida es muy diferente aquí, pero, ¿quién garantiza que esta situación pueda durar?”

Sentí compasión por **Ginger**, pero por supuesto yo entonces sabía muy poco de la vida y pensé que ella estaba exagerando. Con el tiempo, **Ginger** se volvió mucho más amable y alegre.

Un día, Jaime dijo:

—Ahora sí, estoy seguro de que esa yegua me empieza a tomar cariño; me buscó relinchando esta mañana, poco después de haberle acariciado la frente.

—Ya lo creo, Jaime —dijo Juan—; llegará a ser tan buena como **Belleza Negra**, con el tiempo. Por lo pronto, ya no es la yegua huraña que era cuando llegó a esta casa.





Merrylegs

El vicario del lugar tenía numerosos hijos, niños y niñas, que en algunas ocasiones venían a jugar con las señoritas Flora y Laura. Una de las niñas era de la misma edad que la señorita Laura. Dos de los muchachos eran ya mayorcitos, pero había otros más pequeños.

Cuando llegaban los niños de visita, le llovía trabajo a **Merrylegs**, ya que no había nada que les agradara más a los niños que subirse a su lomo y montarlo por turnos, para pasear por la arboleda de frutales y por el prado.

Una tarde en que había estado mucho tiempo afuera con ellos, en el momento en que Jaime lo metía y le ponía el ronzal, escuché que le dijo:

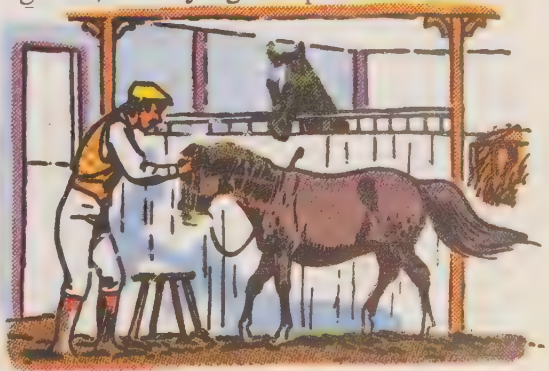
—Ya, diablillo. Ten mucho cuidado como te portas, o vamos a tener dificultades. ¿Me entiendes?

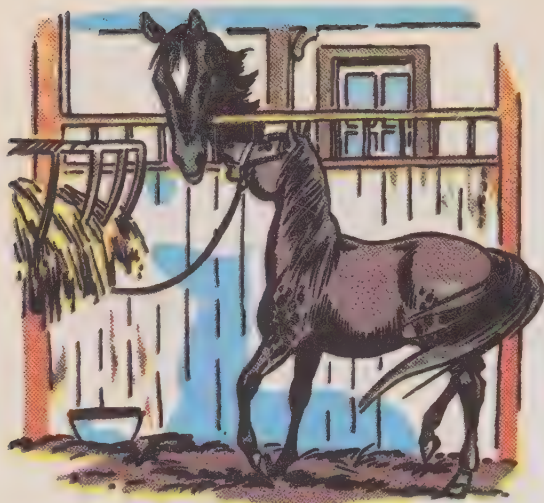
—Pues ¿qué es lo que has hecho, **Merrylegs**? —le pregunté.

—Nada —me dijo al tiempo que sacudía la cabecita—, únicamente he dado a esos jovencitos una lección. No parecían darse cuenta de que yo ya estaba cansado, así que simplemente los dejé caer por atrás. Era el único lenguaje que ellos podían entender.

—¿Cómo? —me apresuré a preguntarle—. ¿Derribaste a la señorita Laura o a la señorita Flora?

Visiblemente ofendido por mi pregunta, **Merrylegs** respondió:





ella muy fuerte. Yo todo lo soportaba con buen ánimo, hasta que pensé que ya habían abusado demasiado. Entonces no hice más que levantarme sobre mis patas traseras y dejé que el muchacho que estaba pegándome, resbalara hacia atrás; eso fue todo. Pero me volvió a montar y volví a hacer lo mismo que antes.

Merrylegs siguió su relato:

“Después, me montó el otro muchacho, y tan pronto como empezó a utilizar



Por supuesto que no. Las damitas no son las que me molestan, sino los muchachos. Ellos –continuó sacudiendo su crin–, son muy diferentes; se les debería domar, igual que a nosotros cuando éramos potros. Las niñas me habían montado durante casi dos horas; entonces, los muchachos pensaron que les tocaba su turno; y así era, yo estaba de acuerdo; me fueron montando uno a uno, y los fui llevando al galope por todo el campo y por toda la arboleda de frutales durante otra larga hora. Los niños habían cortado una gruesa vara para utilizarla como fusta, y me pegaban con



su fusta, lo dejé caer también en el césped. Esto se repitió hasta que por fin entendieron.

“No son malos muchachos, ni desean ser crueles, pero era necesario que les diera una lección. Cuando me llevaron ante Jaime y le relataron lo ocurrido, creo que se enojó muchísimo, porque vio las varas que habían usado.”

–Si yo hubiera estado en tu lugar –dijo Ginger–, les hubiera dado una



buena coz a esos muchachitos; eso sí les hubiera servido de lección.

—Ya lo creo que lo hubieras hecho —dijo **Merrylegs**—; pero yo no soy tan tonto como para hacer enojar a mi amo, o hacer que Jaime se sienta avergonzado de mi conducta. Además, esos niños están bajo mi cuidado cuando me montan. Y yo soy muy responsable.

A continuación, **Merrylegs** añadió: —No hace mucho oí que nuestro amo le decía a la esposa del vicario: —“Estimada señora, no se preocupe por los niños; mi buen **Merrylegs** los cuidará tan bien como usted o yo lo podríamos hacer. No vendería ese potro por todo el dinero del mundo; es de excelente índole y en él puedo confiar sin reserva alguna.”

“¿Crees que sería yo tan ingrato como para olvidar el buen trato que aquí me han dado durante cinco años, solamente porque un par de muchachos ignorantes me trataron mal? ¡Claro que no!” —dijo

Merrylegs, al tiempo que resoplaba suavemente por la nariz, como acostumbraba hacerlo por las mañanas, cuando escuchaba los pasos de Jaime, cerca de la puerta.

Las palabras de **Merrylegs** me convencieron de que era un excelente potro.





Un día de tormenta

Un día, a fines de otoño, mi amo tuvo que salir en viaje de negocios a una población que distaba varios kilómetros de Birtwick Park. Me llevó enganchado a un carruaje de dos asientos y se hizo acompañar por Juan.

Me gustaba mucho tirar de ese carruaje, porque era muy liviano y las grandes ruedas resbalaban sin dificultad

en el camino. Había llovido copiosamente, y el viento arreciaba por momentos, haciendo volar las hojas de los árboles hasta el camino.

Continuamos nuestra marcha tranquilamente, hasta llegar a la barrera de peaje, donde comenzaba un bajo puente de madera. El encargado de la caseta nos dijo que el río estaba creciendo muy rápidamente, y que se temía que aquella noche hubiera una inundación.

Cuando finalmente llegamos al pueblo, me sentí reconfortado; pero como el negocio de mi amo lo entretuvo mucho tiempo, no pudimos iniciar el viaje de regreso hasta ya avanzada la tarde. El viento soplaba entonces con más fuerza, y pude escuchar que mi amo le decía a Juan que jamás había visto un vendaval tan intenso; y mientras continuaba mi camino, siguiendo la orilla de un bosque, llegué a opinar lo mismo. Las enormes ramas de los árboles se des-





prendían tan fácilmente como si se tratara de pequeñas varas secas, haciendo un estrépito considerable.

—¡Cómo me gustaría haber salido ya de este bosque! —comentó mi amo.

No bien acababa de decir esto, cuando se escuchó un ruido atronador, como de algo que se desgajaba; pasando entre otros árboles, se desplomó un enorme roble que quedó atravesado en el camino, precisamente delante de nosotros. Me detuve de pronto y creo que llegué a temblar un poco. Pero, no me volví ni intenté escapar, pues mi educación me exigía dominar mis impulsos. En un

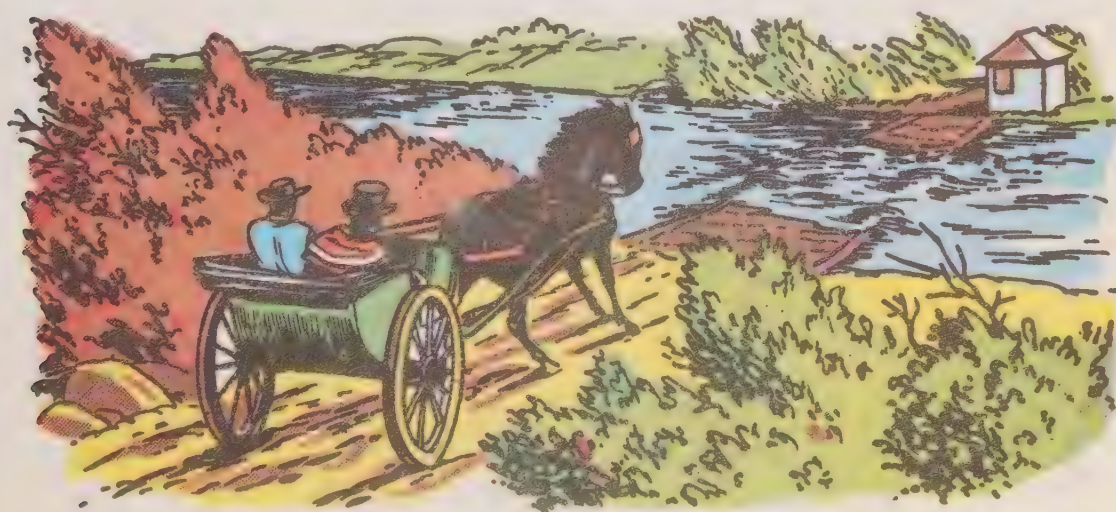
segundo, Juan había saltado del carruaje y me sujetaba la cabeza.

—¡De la que hemos escapado! —dijo mi amo—. Y ahora, ¿qué haremos?

—Señor, es imposible pasar por encima del árbol y tampoco podemos rodearlo; no nos queda, pues, otro recurso que regresar al cruce de los caminos. Se nos hará un poco tarde, pero el caballo todavía está fresco.

Pronto estuvimos de regreso hacia el cruce de los caminos, y cuando llegamos al puente casi había oscurecido totalmente. Sólo alcanzábamos a ver que el agua lo cubría en la parte media; pero como eso solía ocurrir durante los grandes aguaceros, mi amo no ordenó que nos detuviéramos.

Marchábamos a buen paso, pero en el momento en que mis pies tocaron el

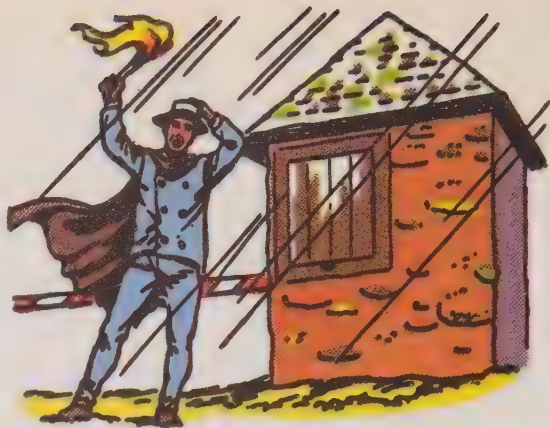


puede, mi instinto me avisó que algo andaba mal, y me detuve en seco.

—¡Vamos! ¡Adelante, **Belleza Negra**! —dijo mi amo, tocándome ligeramente con el látigo; pero no avancé ni un sólo centímetro.

Entonces me dio un fuerte latigazo, que sólo me hizo estremecer, pero yo permanecí totalmente inmóvil.

—Algo anda mal, señor —dijo Juan, al tiempo que saltaba del carruaje y me



caseta situada al otro lado del río, salió agitando una antorcha encendida; su rostro reflejaba angustia.

—¡Eh! ¡Alto! ¡Alto! —gritó.

—¿Qué ocurre? —preguntó mi amo.

—¡El puente está roto a la mitad, y parte de él fue arrastrado por las aguas! ¡Si siguen avanzando, caerán en el río!

—¡Gracias a Dios! —dijo mi amo.

—¡Gracias a **Belleza Negra**, también! —dijo Juan, tomándome por la brida y haciéndome volver por el camino que bordeaba la orilla del río.

Yo trotaba apaciblemente; sólo se escuchaba el paso de las ruedas del carruaje por el camino.



tomaba por la cabezada, para hacerme avanzar por la fuerza.

—¡Vamos, **Belleza**! ¿Qué te ocurre?

No podía decírselo, pero estaba seguro de que el puente no era seguro.

En aquel instante, el hombre de la



Durante un buen rato ni mi amo ni Juan pronunciaron palabra, hasta que el primero empezó a hablar con inflexiones graves. Decía que Dios les había dado razón a los hombres, para que pudieran investigar las cosas por sí mismos, pero que también había dotado a los animales de instinto, independiente de la razón, por medio del cual, frecuentemente, les salvaban la vida a los hombres, apartándolos del peligro.



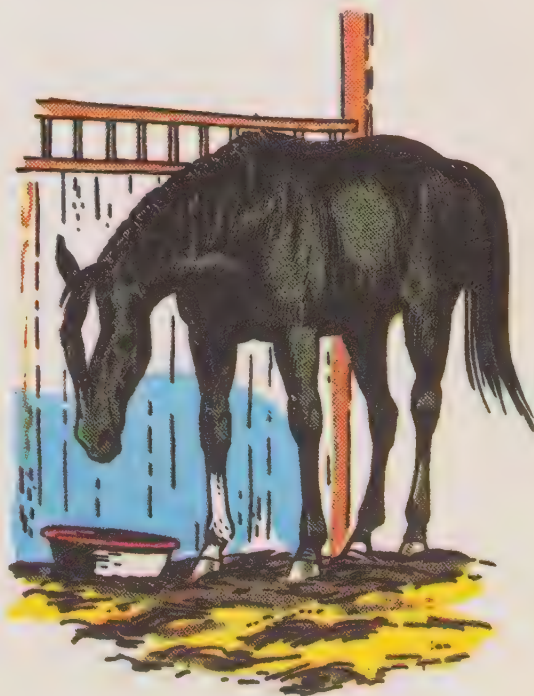
Por fin, divisamos las puertas del parque, y notamos que el jardinero ya nos estaba esperando, muy alarmado. Nos dijo que la señora había estado angustiadísima desde que había oscurecido, temiendo que hubiera ocurrido un accidente. Al acercarnos a casa, la buena señora salió gritando:

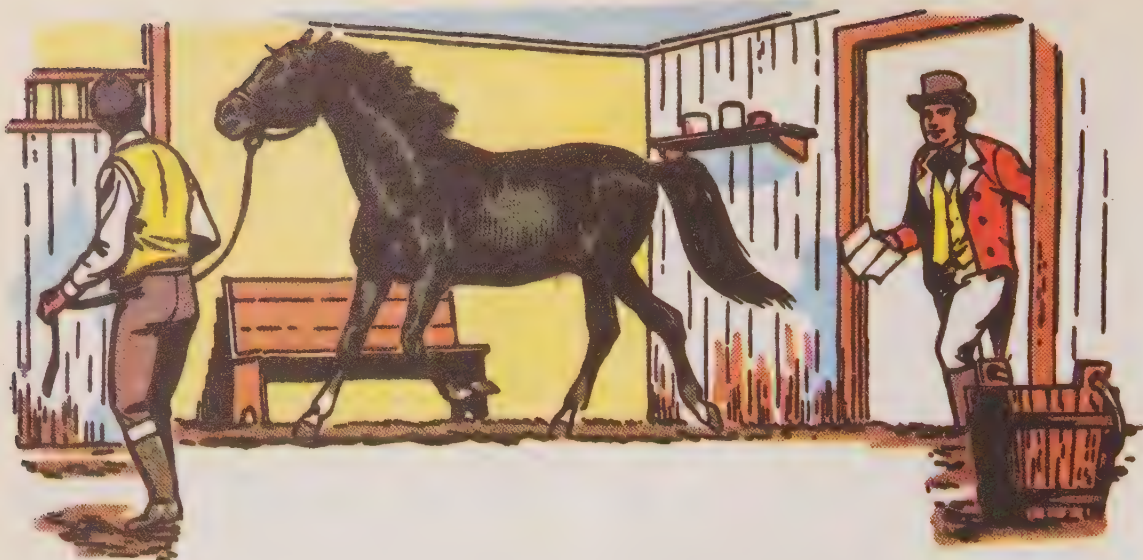
—¿Están ustedes bien, querido?

—Estamos perfectamente bien —se apresuró a contestar mi amo—, pero de no haber sido por **Belleza Negra**, que actuó más inteligentemente que nosotros, todos hubiéramos sucumbido en las aguas del río, al cruzar aquel puente.



¡Ah! ¡Qué gran cena me llevó Juan aquella noche! Un excelente salvado remojado, y algunas habas partidas con mi cebada; también me preparó una blanda cama de paja, de la cual disfruté inmediatamente, pues estaba verdaderamente rendido de cansancio.





La oportunidad de Jaime Howard

Una mañana, a principios de diciembre, acababa de meterme en la cuadra después de mi diario ejercicio, y al traerme Jaime un poco de cebada, vi que entraba el amo en las caballerizas. Noté que estaba muy serio y que tenía en la mano una carta. Juan cerró la puerta de mi cuadra, se tocó la gorra y esperó órdenes en actitud respetuosa.

—Buenos días, Juan —le dijo mi amo—, me gustaría saber si tienes alguna queja

acerca de Jaime.

—¿Queja? No, ninguna señor.

—¿Nunca has notado que eluda el trabajo apenas vuelves la espalda?

—Nunca, señor.

Mientras Juan hablaba, una amplia sonrisa se dibujaba en la cara de mi amo, y mirando con cariño a Jaime, que en todo este tiempo había permanecido inmóvil en la puerta, le dijo:

—Muñacho, deja en el suelo esa cebada y ven acá. Me da mucho gusto saber que la opinión de Juan acerca de ti, está completamente de acuerdo con la mía. Escucha:

“Acabo de recibir una carta de mi cuñado, el señor Carlos Williams, de la casa del mismo nombre; quiere que le consiga un mozo de cuadra de confianza, que tenga de veinte a veintiún años. El señor Carlos es un buen amo, y si consigues esa plaza, será un buen principio para ti. Te estimo mucho y no quisiera que nos dejaras; porque estoy seguro de que Juan va a perder con ello su brazo derecho.”

—Téngalo por seguro, así sería, señor —dijo Juan—; pero yo no consentiría en





ser un obstáculo para su futuro, por nada del mundo.

—¿Qué edad tienes, Jaime? —le preguntó mi amo al muchacho.

—Cumpliré diecinueve años el próximo mes de mayo, señor.

—Eres muy joven aún, ¿no te parece, amigo Juan?

—Sí, señor, es algo joven, pero tan formal como un hombre, y tan fuerte como cualquiera; adquiere mucha experiencia para conducir, tiene una mano muy suave y segura, una mirada vivaz y es muy cuidadoso. Puedo garantizar que ningún caballo que esté a su cargo se echará a perder por falta de revisión o por falta de cuidados.

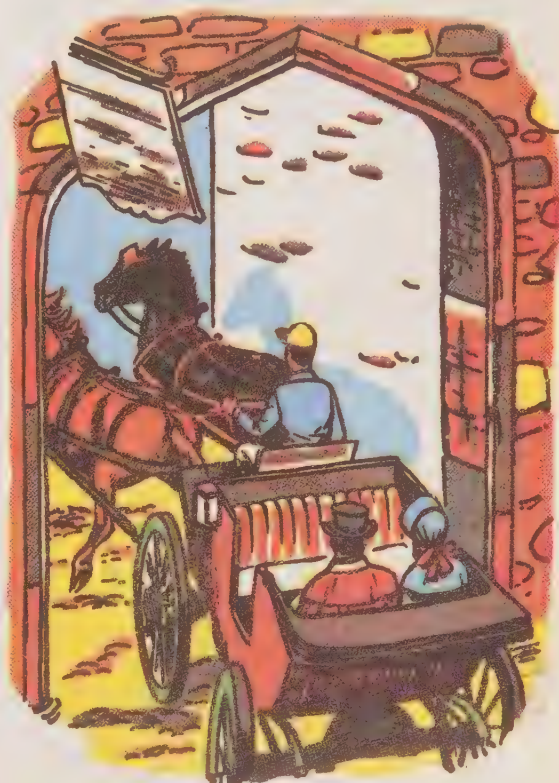
Algunos días después de esta conversación, quedó convenido que Jaime se marcharía a la casa de don Carlos en el término de cuatro a seis semanas; mientras tanto, tenía que adquirir más práctica para conducir. Al principio, Juan lo acompañaba en el carruaje, dándole muchos consejos.

Poco tiempo después, decidieron mis amos visitar a ciertos amigos suyos que

vivían a unos 60 kilómetros de nuestra casa. Jaime tenía que conducir, llevándome junto con **Ginger**. Durante el primer día recorrimos 45 kilómetros; encontramos algunas duras pendientes, pero Jaime nunca se olvidó de poner el freno cuando íbamos de bajada, ni de quitarlo en el momento oportuno.

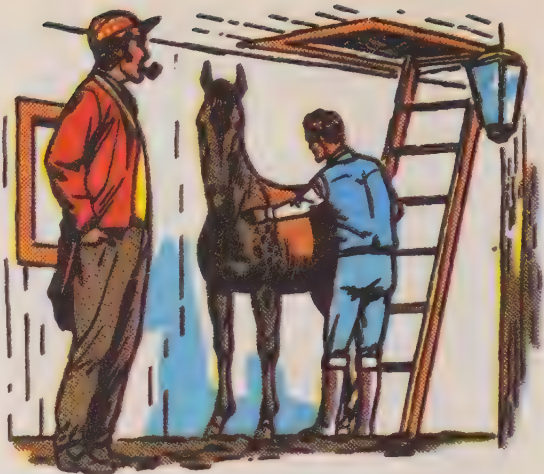
Nos detuvimos una o dos veces en el camino, y cuando el Sol empezaba a ocultarse, llegamos al pueblo, en el cual habíamos de pasar la noche. Nos detuvimos en el hotel Principal, que era uno de los más grandes. Pasamos bajo un gran arco para entrar en un extenso patio, en cuyo extremo más distante quedaban las caballerizas y los alojamientos para los cocheros.

Los mozos de cuadra se acercaron a desengancharnos. El mozo que tenía mando sobre los demás era un hombrecillo agradable y bajito, y cojeaba de una



pierna; vestía un chaleco a rayas amarillas. Nunca he visto a un hombre desenganchar un caballo con la rapidez con que él lo hizo; después, con unas palmatitas y una palabra amable, me condujo a una caballeriza. Ésta tenía de seis a ocho cuadras, en cada una de las cuales había dos o tres caballos. Otro hombre tomó de la brida a **Ginger**. Después nos cepillaron y nos asearon, bajo la mirada vigilante de Jaime.

Una vez que los hombres nos hubieron aseado y alimentado, Jaime y el jefe



un poco de paja para este caballo. Pero antes, deja aquí tu pipa.

—Está bien —le contestó el otro, subiendo por la escalera.

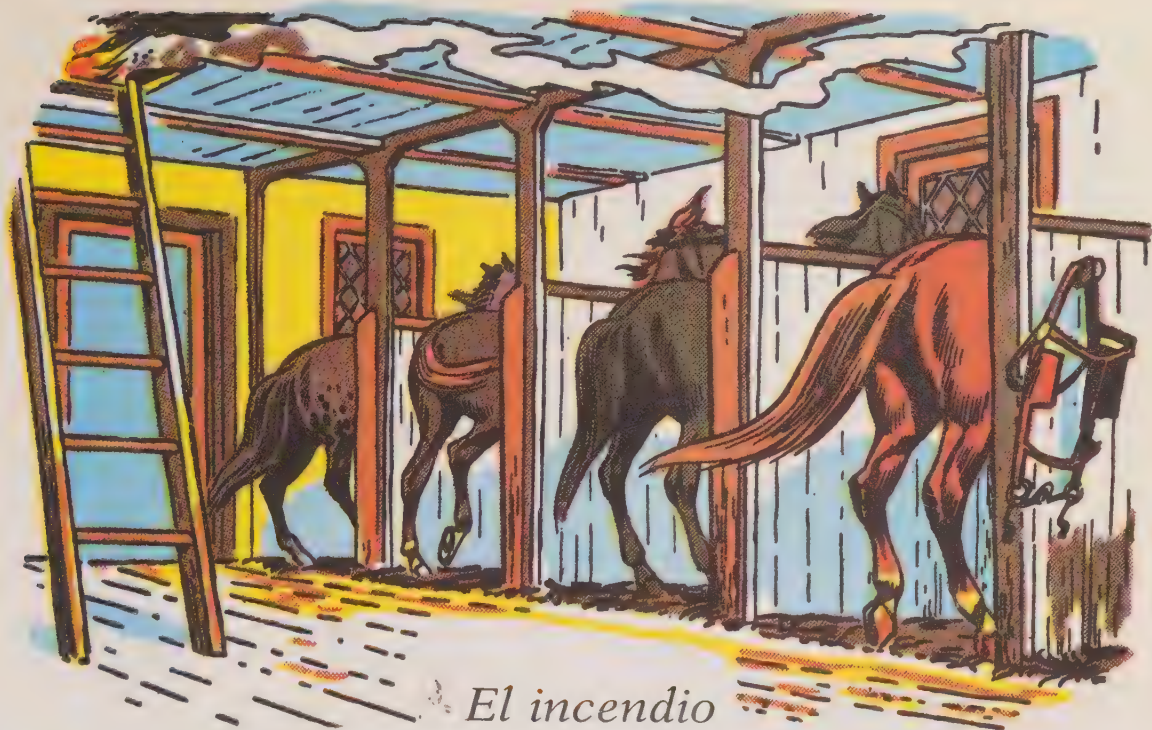
Vi cómo desaparecía por la puerta que conducía al desván. Después oí sus pasos y el ruido que hacía al hacinar la paja. Posteriormente, Jaime entró para cerciorarse que todo estaba en orden y luego echaron el cerrojo a la puerta.

de los mozos salieron juntos de las caballerizas, rumbo a sus casas.

Ya entrada la tarde, llegó el caballo de un viajero hasta donde estábamos; mientras el mozo de cuadra lo ascaba, un muchacho, que llevaba una pipa en la boca, penetró en las caballerizas a charlar un rato con sus compañeros.

—Oye, Towler —le dijo el mozo de cuadra—, coloca por favor la escalera en la entrada del desván, para que subas por





El incendio

No recuerdo con precisión cuánto tiempo hacía que dormíamos, ni a qué hora me despertó una desagradable, indefinible sensación. Oí que **Ginger** tosía y pude percibir claramente que uno de los caballos estaba inquieto. No podía distinguir nada en aquella oscuridad, pero sí podía oler el humo que por momentos llenaba la caballeriza.

Me puse a escuchar atentamente; hasta mis oídos llegó un extraño rumor, algo como un crujido, o más bien una crepitación seguida de chasquidos intermitentes. No me explicaba cuál podría ser la procedencia de ese ruido, pero había en él un no sé qué de siniestro que me hizo temblar de pies a cabeza.

Poco después, todos los caballos habían despertado, alarmados; algunos tiraban con fuerza de sus ronzales, en tanto que otros pateaban y forcejeaban desesperadamente.

Por fin, oí que se acercaban unos pasos. Era el mozo de cuadra que había atendido al caballo del viajero; el hom-

bre entró en la caballeriza precipitadamente y empezó a desatar a los caballos, tratando de sacarlos. Pero él mismo estaba tan desconcertado, que lo único que logró fue que se asustaran más; hizo el intento de sacarnos a todos uno por uno, y al ver que sus esfuerzos eran inúti-





les, salió de la caballeriza, abandonándonos a nuestra suerte.

El aire fresco que entró por la puerta abierta nos permitió respirar mejor; pero el ruido seguía aumentando.

Cuando levanté la cabeza y dirigí la mirada a través de los barrotes de mi pesebre vacío, pude ver un reflejo rojo en la pared.

Pero al poco rato oí la voz de Jaime, tranquilo y alegre como de costumbre, diciéndome:

—Vamos, **Belleza Negra**, déjate poner las bridas. Pronto lograremos salir de esta humareda.

En un segundo me colocó las bridas; luego vi que Jaime se quitaba la bufanda del cuello y que me tapaba con ella los ojos; después, acariciándome y sin dejar



—¡Eh! ¡Que alguien sujete a este caballo mientras voy por el otro!

Un hombre alto y fornido se acercó y se encargó de mí, mientras Jaime entraba nuevamente, corriendo, en las caballerizas. Al verlo desaparecer di un fuerte relincho; **Ginger** me dijo después que ese relincho fue lo que la salvó, porque de no haber oído ella que yo estaba afuera, jamás hubiera tenido el valor de salir.

La confusión reinaba en el patio, donde a la sazón llegaban otros caballos que habían sacado de sus cuadras, y en el que habían reunido carruajes y objetos diversos, llevados allí del interior del edificio, ante el temor de que el incendio se propagara.

Al otro lado del patio, todas las ventanas se habían abierto, y la gente gritaba, aumentando la confusión; mantenía la mirada fija en la puerta de las caballerizas, por donde salían gruesas bocanadas de humo, a través de las cuales se veían grandes resplandores rojos. En medio de aquel desorden escuché la voz clara y fuerte de mi amo, que gritaba ansiosamente:

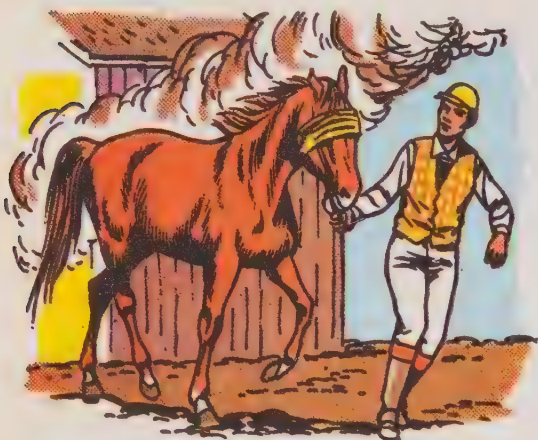


de hablarme amablemente, me sacó de la caballeriza.

Ya en el patio, me quitó la bufanda de los ojos y gritó:

—¡Jaime Howard! ¡Jaime Howard! ¿En dónde estás?

No hubo respuesta, pero luego escuché el fuerte ruido producido por algo que caía pesadamente en las caballerizas. Un segundo después, veía a Jaime que salía de entre la cortina de humo,



conduciendo a **Ginger**, y no pude contener un relincho de alegría.

—¡Bravo, muchacho! —le dijo mi amo, poniéndole la mano en el hombro—. ¿No

te has lastimado? ¡Contéstame!

Jaime negó con movimientos de cabeza, ya que todavía no podía hablar.

—Es un muchacho valiente —fue el comentario del fornido hombre que me sujetaba de las riendas.

—Y ahora, Jaime —le dijo mi amo—, en cuanto te repongas, saldremos de aquí y continuaremos el viaje.

Acababa de decir esto, cuando desde la plaza central llegó hasta nosotros el ruido familiar de un galope y del rápido rodar de un carro.

—¡Son los bomberos! —gritaron dos o tres personas.

—¡Atrás, déjenlos pasar!

Como una exhalación llegaron dos caballos arrastrando un pesado carro. Los bomberos saltaron del vehículo y corrieron en dirección al incendio; las llamas se elevaban a gran altura, sobre el techo que crujía.





Tan rápidamente como nuestras patas nos lo permitían, salimos a la plaza.

Las estrellas brillaban en el cielo y, excepto el fragor que resonaba detrás de nosotros, todo estaba en calma. El amo nos llevó a otra gran posada que había cerca de allí; y cuando salió el mozo de cuadra, le dijo:

—Jaime, ahora tengo que ir a tranquilizar a mi esposa. Dejo los caballos a tu cuidado; ordena lo que creas conveniente; luego me informarás.

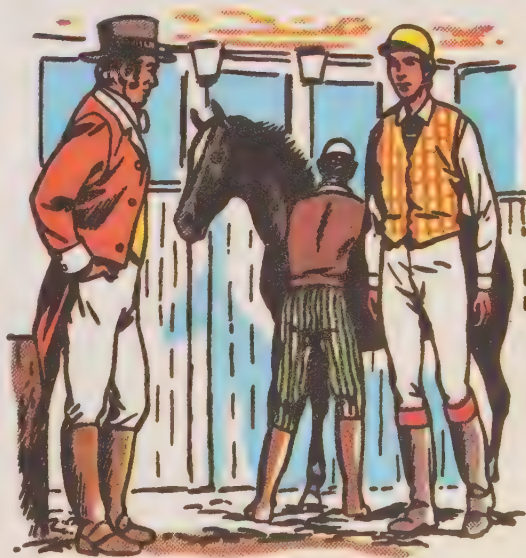
Dicho esto, se marchó.

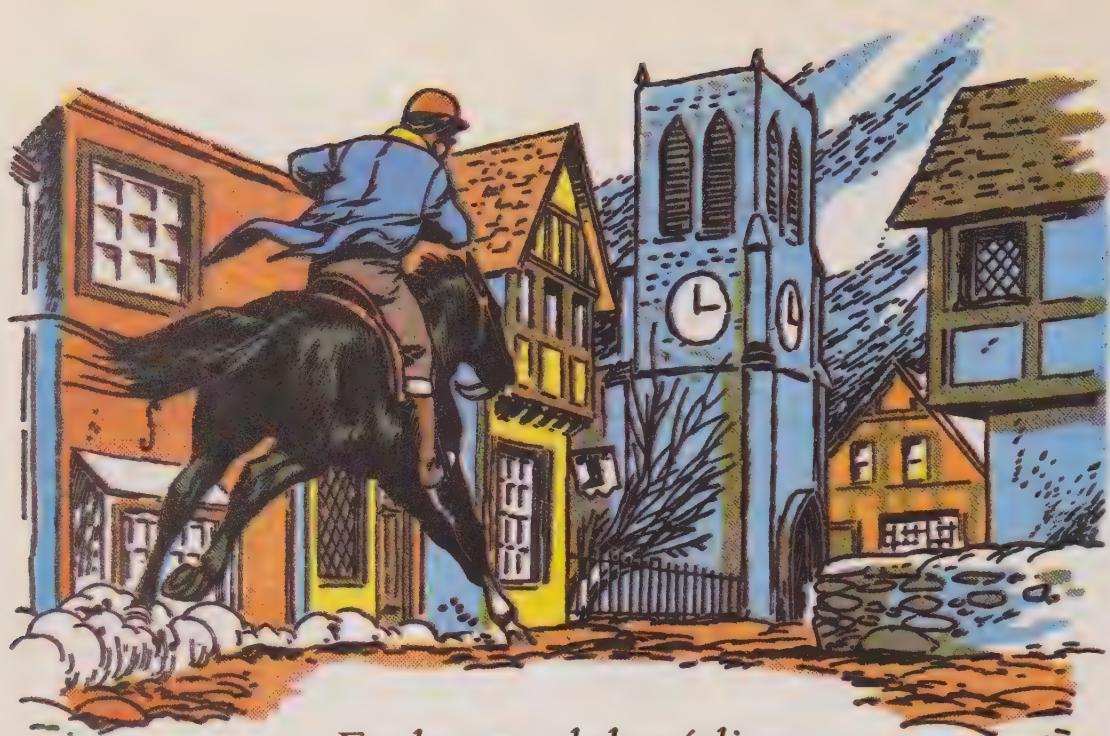
A la mañana siguiente, el amo fue a ver cómo estábamos y a hablar con Jaime. No pude escuchar claramente lo que le dijo, porque el mozo me estaba cepillando, pero pude darme cuenta de que Jaime sonreía, satisfecho. Esto me hizo pensar que el amo lo estaba felicitando, contento de él.

De momento, nadie sabía las causas del incendio, pero alguien dijo que había visto entrar a Daniel Towler en las caballerizas con una pipa en la boca, y que cuando salió, ya no la llevaba. Entonces recordé una de las normas de seguridad

que regían en nuestra casa: no permitir nunca que alguien entrara fumando en las caballerizas. Consideré que dicha regla debía aplicarse en todas partes, no sólo en las caballerizas.

El resto de nuestro viaje fue tranquilo, y a los dos o tres días, regresamos a casa. Nos sentíamos felices de encontrarnos nuevamente en nuestras propias caballerizas. Juan se alegró mucho al vernos llegar y recibirnos.





En busca del médico

Un día, poco tiempo después de aquel viaje, Jaime dijo:

—¿Quién vendrá a reemplazarme?

—Pepito Green, que vive en la casa vecina —contestó Juan.

—¿Pepito? ¡Pero si no es más que un niño! ¡No es posible!

—Ya tiene catorce años y medio.

—¡Es un crío!

—Efectivamente, es demasiado joven; pero a cambio de ello, es trabajador, diligente y bondadoso. Tengo la seguridad de que el amo le dará una oportunidad. Y me parece justo.

Juan dijo que estaba de acuerdo en ponerlo a prueba durante seis semanas.

—¿Seis semanas? —dijo Jaime—. Yo considero que se necesitarán seis meses, por lo menos, para que pueda ser de alguna utilidad. Y esto ocupará todo su tiempo, Juan. ¿No lo cree usted así?

—Bueno —contestó Juan sonriendo—; no estoy reñido con el trabajo.

Al día siguiente, Pepito entró en las caballerizas como ayudante de Jaime,

para que éste le enseñara y pudiera reemplazarlo cuando se marchara. Aprendió a barrer las caballerizas, a almacenar la paja y el heno, a limpiar los arneses y a lavar los carruajes.

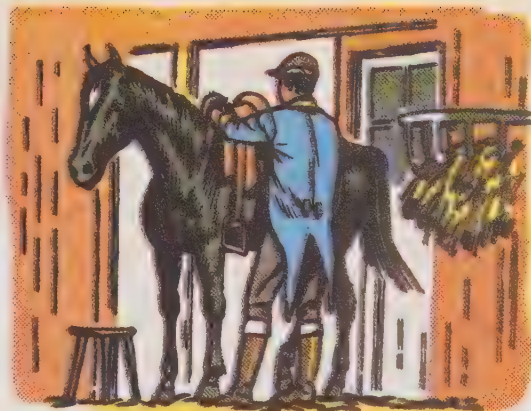
Era un muchachito inteligente y simpático; siempre llegaba a su trabajo silbando alegremente.



Por fin, llegó el día en que Jaime tenía que dejarnos. Aun cuando siempre estaba muy alegre, esa mañana, parecía sumamente triste.

—Mira, muchacho, no lo tomes tan a la tremenda —le dijo Juan—. En poco tiempo harás amigos en tu nuevo trabajo, y si te desenvuelves bien, de lo cual estoy seguro, será una satisfacción para tu madre, que podrá sentirse muy orgulloso de ti.

Una noche, pocos días después de la partida de Jaime, acababa yo de comer y dormía a pierna suelta tendido en la



paja, cuando la campana de las caballerizas me despertó bruscamente.

Instantes después, Juan abrió la puerta de las caballerizas y entraba, gritándome jovialmente.

—¡Despierta, **Belleza Negra**! ¡Esta noche tienes que demostrar quién eres!

Antes de que me diera cuenta, ya me había colocado la montura en el lomo y las bridas en la cabeza; entonces, a trote

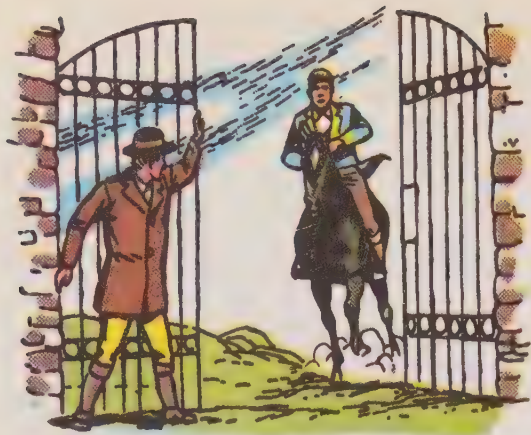
rápido, me llevó hasta la puerta de la casa, en donde el amo nos esperaba con una linterna en la mano.

—¡Ahora, Juan —le dijo—, corre lo más que puedas; hazlo por la vida de la señora; no hay un instante que perder! Dale esta nota al doctor White, deja reposar un rato en la posada al caballo y regresa tan pronto como puedas.

—¡Sí, señor! —dijo Juan, al tiempo que me montaba rápidamente.

El jardinero, que vivía junto a la puerta, había oído sonar la campana y había





abierto la reja. Salimos rápidamente, atravesando a toda carrera el parque, el pueblo y la cuesta inmediata, hasta llegar a la caseta del puente. Juan llamó con grandes voces al encargado, al tiempo que pegaba en la puerta. En un instante salió el hombre y quitó la valla que obstruía el paso.

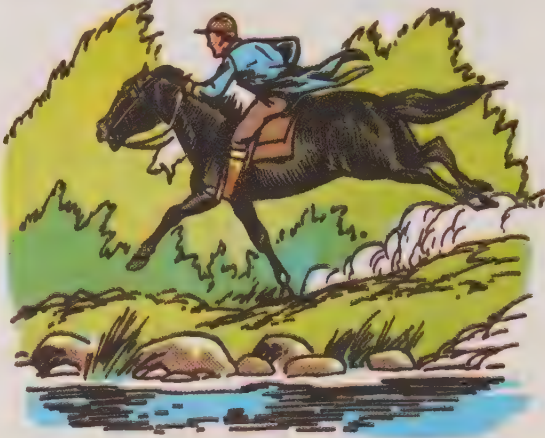
—¡Y ahora —le dijo Juan—, aquí tiene el dinero! Deje abierto para que pase el médico, que no tardará.

Acabando de decir esto, salimos a galope tendido nuevamente. Ante nosotros se extendía un gran camino llano que bordeaba la orilla del río.

—Ahora, **Belleza Negra**, haz un gran esfuerzo —me dijo Juan; y así lo hice.

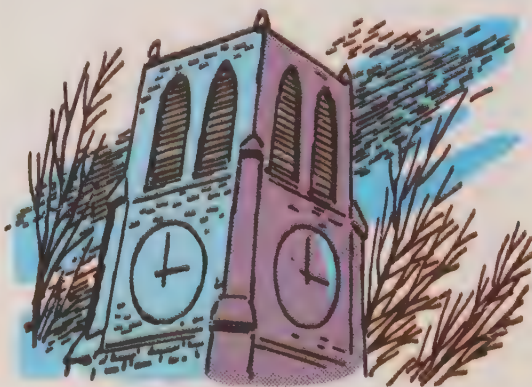
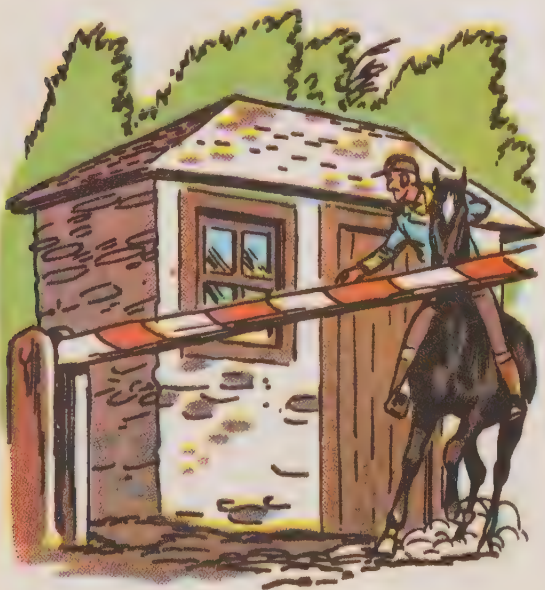
Galopé tan rápidamente que apenas si tocaba el suelo con las patas. Creo que ni mi abuelo, que había ganado la carrera de Newmarket, habría podido correr a tal velocidad.

Después de una carrera de doce kilómetros, llegamos a la aldea; sin detenernos, atravesamos las calles, hasta encontrarnos sobre las piedras.



trarnos en la plaza principal. Había un silencio absoluto, y sólo se escuchaba el sonido de mis cascos que golpeaban sobre las piedras.

En el momento en que hacíamos alto ante la puerta de la casa del doctor White,



el reloj de la iglesia marcaba las tres de la madrugada. Juan hizo sonar la campanilla dos veces seguidas, y como no obtuviera respuesta, golpeó fuertemente con las manos en la puerta.



Entonces se abrió una ventana y el doctor White, que todavía tenía puesto su gorro de dormir, asomó la cabeza y dijo, somnoliento:

—¿Qué ocurre?

—La esposa del caballero Gordon está muy grave y el amo quiere que usted acuda cuanto antes, doctor.

—Espera un momento —le dijo—, ahora mismo bajaré.



Cerró la ventana y a los pocos minutos estaba en la puerta.

—Lo peor de todo —añadió luego—, es que mi caballo ha trabajado todo el día y

está totalmente agotado; por otra parte, acaban de mandar llamar a mi hijo, y se llevó el otro caballo que tenemos. ¿Podrías, pues, prestarme el tuyo?

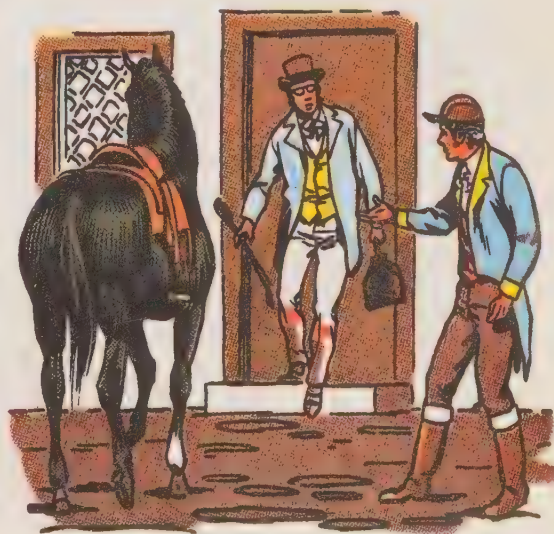
—Ha venido galopando durante todo el trayecto, doctor, pero no creo que mi amo se disguste si se lo doy, en una emergencia como ésta.



—Bueno —aceptó el doctor White—; en un instante estaré preparado.

Mientras tanto, Juan permaneció a mi lado, acariciándome el cuello. Yo sentía mucho calor. Poco después, salió el médico, llevando en la mano una fusta. Juan se apresuró a decirle:

—No es necesario que lleve eso; **Belleza Negra** continuará hasta desfallecer;

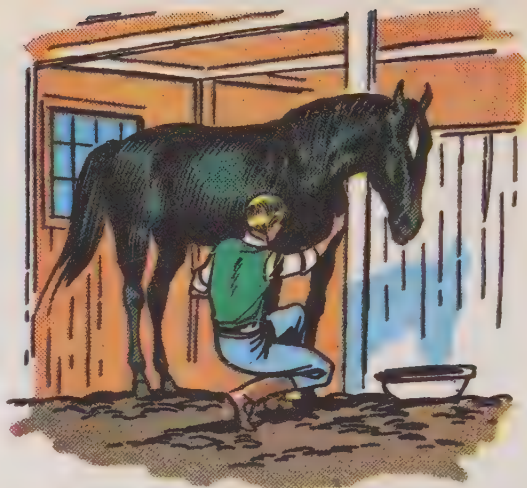


pero, por favor, cuídelo mucho. No quisiera que sufriera ningún daño.

Salimos al galope, dejando solo a Juan. El médico le recomendó afable:

—No te preocupes, Juan; confío en que **Belleza Negra** no sufrirá daño alguno. Te prometo cuidarlo.

El regreso fue bastante penoso, ya que el médico pesaba mucho más que Juan, y además no era muy buen jinete. Con todo, me esforcé cuanto pude. Al llegar a



respiraba con dificultad. No tenía un pelo seco; sentía que el sudor me escurría por las piernas, y despedía vapor por todo el cuerpo.

¡Pobre de Pepito! Era muy joven y pequeño, pero estoy seguro de que actuaba con la mejor intención. Inmediatamente me frotó patas y pecho, pero olvidó taparme con una gruesa manta. Después me llevó una cubeta con agua helada para que bebiera; me supo tan

la pendiente, el médico me detuvo, al tiempo que me decía:

—Ahora, mi buen amigo, descansa un poco y repón tus fuerzas.

Estas palabras me llenaron de alegría, porque me sentía agotadísimo; pero el descanso me dio nuevas energías, y un momento después, estábamos de regreso en la casa del señor Gordon.

El amo, al escuchar que nos acercábamos, salió a recibirnos a la puerta de la casa. Luego, entró acompañado del médico, mientras José me conducía apresuradamente a las caballerizas.

Me sentía feliz de estar en casa nuevamente; mis patas todavía temblaban y



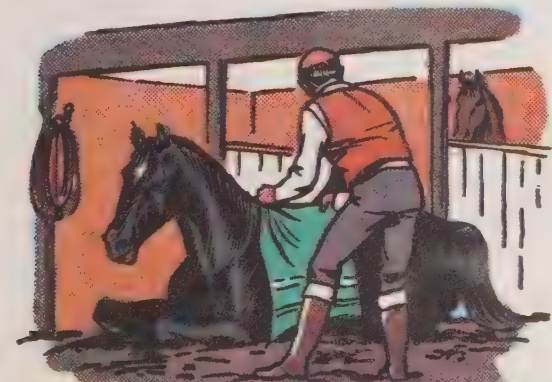
bien, que me la acabé toda. Después regresó, trayéndome un poco de heno y salvado, y creyendo haber cumplido con todas sus obligaciones, se retiró a sus habitaciones, a dormir.

Pero al poco tiempo empecé a temblar, mientras me invadía un frío espantoso. Las piernas me dolían y me sentía todo molido. En ese momento, ¡cómo anhelaba mi manta gruesa y abrigadora,



mientras seguía temblando intensamente! Nunca ansié tanto el regreso de Juan como esa vez, pero sabía muy bien que él tenía que recorrer a pie cerca de 14 kilómetros, así que no me quedó otro remedio que acostarme en la paja a intentar conciliar el sueño.

Después de una eternidad, escuché que Juan abría la puerta. Como el dolor



me agobiaba, solo pude emitir un débil gemido. En un segundo estuvo a mi lado, para hacerme un reconocimiento; me era imposible decirle cómo me sentía, pero parece que él ya se había dado cuenta, pues se apresuró a cubrirme con



dos o tres abrigadoras mantas. Después fue corriendo a la casa para traerme agua caliente, a la que agregé un poco de harina, dándomela a beber. Entonces me sentí mucho mejor.

Noté que Juan se había enfadado muchísimo y repetía a cada momento:

—¡Qué muchacho tan tonto! ¡Estos jovencitos no sirven para nada! ¿Cómo no se le ocurrió ponerle una manta? Estoy seguro de que le dio a beber agua helada. ¡Qué descuido!

Me sentía muy enfermo, y respiraba con gran dificultad y dolor. Juan me atendió día y noche.





Pepito Green

No supe cuánto tiempo estuve enfermo, pero recuerdo que el señor Bond, nuestro veterinario, me visita todos los días. Uno de tantos, me practicó una sangría. Llegué a pensar que me iba yo a morir; porque fui presa de gran debilidad. Creo que lo mismo temieron todos en aquella casa.

Una noche vino Juan a darme una dosis de cierta medicina, y el señor Tomás, padre de Pepito, entró para ayudarlo. Una vez que hube tomado la medicina y que Juan me hubo dejado tan cómodo como pudo, dijo que permanecería allí media hora, para observar el efecto de aquel remedio. Tomás le dijo que lo acompañaría, y los dos fueron a sentarse, preocupados, en una banqueta cercana.

Durante algunos minutos permanecieron en silencio, hasta que Tomás Green dijo en voz muy baja:

—Juan, le agradecería mucho que tuviera una palabra amable para José, pues el muchacho está muy desconsolado; casi no come ni ha vuelto a sonreír. Dice que si **Belleza Negra** muere, nadie se lo perdonará a él. Me duele el corazón





al oírlo hablar de esa manera, y creo que usted puede reanimarlo, si muestra amabilidad hacia él. Bien sabe usted que es un buen chico.

Después de una breve pausa, Juan le contestó con gravedad:

—No me juzgue con dureza, Tomás; yo sé que Pepito no es un muchacho malo; pero, comprenda usted: este caballo es el orgullo de mi corazón, aparte de ser el favorito de nuestros amos. Pero si usted tanto lo desea y cree que he sido muy duro con su hijo, le prometo hablarle con amabilidad. Bueno... si es **Belleza Negra** amanece mejor.



—Está bien, Juan, muchas gracias. Ya sabía que usted no deseaba ser demasiado duro con el chico, y me alegra que haya comprendido que todo sucedió sólo por ignorancia.

Entonces, la voz de Juan casi me sobresaltó cuando le oí contestar:

—¿Sólo ignorancia? ¿Cómo puede usted decir que se trata solamente de ignorancia? ¿No sabe usted que la ignorancia es lo peor del mundo, después de la maldad? Cuál de las dos causa los mayores daños, es cosa que sólo Dios sabe. La gente elude toda responsabilidad con sólo decir: “Bueno, es que yo no sabía, yo no deseaba hacer ningún mal”, y creen que con eso basta.



Ya no pude seguir escuchando la conversación, porque la medicina había actuado y me había vencido el sueño. A la mañana siguiente ya me sentía mucho mejor. Pero frecuentemente recordé las palabras de Juan, a medida que fui conociendo mejor el mundo.

Después de aquel incidente, Pepito aprendió muy de prisa, y era tan atento y cuidadoso, que Juan empezó a confiar en él plenamente.

Una mañana, al amo le urgía que se llevara un mensaje a un caballero que vivía a cinco kilómetros de Parque Birtwick. Ordenó a José que me ensillara y fuera a entregarlo inmediatamente.

Una vez entregada la nota, regresábamos tranquilamente y habíamos llegado a la ladrillera, cuando vimos una carreta tirada por dos caballos, al parecer muy pesada, por la carga de ladrillos. Las ruedas se habían atascado en el lodo a gran profundidad y el cochero pretendía salir de allí maldiciendo y azotando brutalmente a los pobres caballos, que no tenían ninguna culpa.

—¡Un momento! —le gritó Pepito, al tiempo que nos acercábamos—. ¡Deje de maltratar a los caballos de esa manera! ¿No ve que las ruedas están tan atascadas que por eso no se mueve la carreta? ¡No sea cruel!

El hombre aquel hizo caso omiso de



Pepito, y continuó fustigando con furia a los caballos.

—¡Por favor, no siga! —le dijo Pepito—. Yo le ayudaré a aligerar el vehículo, pues los caballos no pueden moverlo con ese peso tan excesivo.



—¡Ocúpate de tus propios asuntos, rapaz entrometido! —exclamó el hombre.

El muchacho me hizo volver grupas y cabalgamos a toda velocidad durante veinte minutos, hasta llegar a la casa del dueño de la ladrillera.

Al llegar a la puerta, Pepito llamó, gritando, más que hablando:

—¿Está el señor Clay?

El propio señor Clay abrió la puerta y dijo, en tono nervioso:

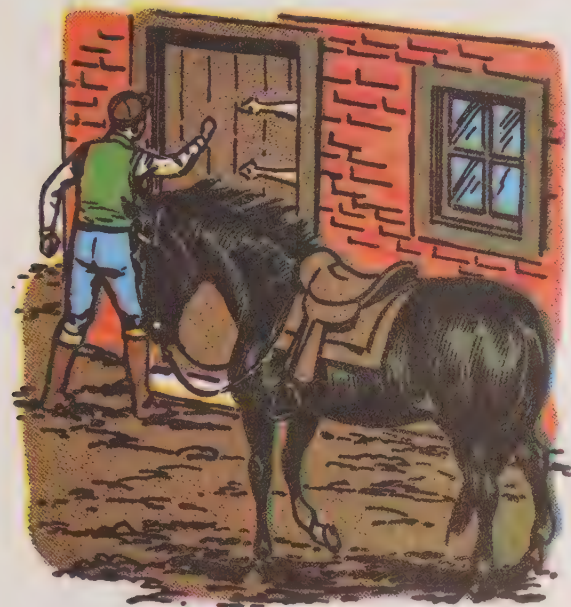


—¡Ya lo creo! —le contestó José—, y lo haré con mucho gusto.

El hombre aquel ya se había ido, y pronto estábamos caminando de regreso, a trote rápido.

Según me enteré después, José había declarado de manera que no dejó lugar a dudas, y el malvado cochero fue juzgado y sentenciado a cumplir una condena de dos o tres meses en la prisión.

Desde ese día estimé más a Pepito.



—¿Qué pasa, muchacho? Parece que tienes mucha prisa. ¿Traes órdenes urgentes de tu amo?

—No, señor; se trata de un individuo que está en su ladrillera azotando brutalmente a dos caballos; temo que los mate. Por favor, ¿puede usted hacer algo para evitarlo? —dijo José angustiado y con voz temblorosa.

—¡Ya lo creo, muchacho! —contestó el buen hombre, mientras corría por su sombrero y su abrigo.

—¿Estás dispuesto a declarar y servir como testigo en caso de que cite a ese individuo ante el juez del Condado?





La despedida

Ya había pasado tres felices años viviendo en Birtwick cuando ocurrieron tristes acontecimientos. Frecuentemente veíamos al médico en la casa; notábamos que el amo estaba triste y angustiado. Un día, oímos que la señora tenía que abandonar la casa cuanto antes para irse a vivir a un país de clima cálido durante una temporada de dos o tres años; dichas noticias cayeron en la casa como una ducha de agua helada.

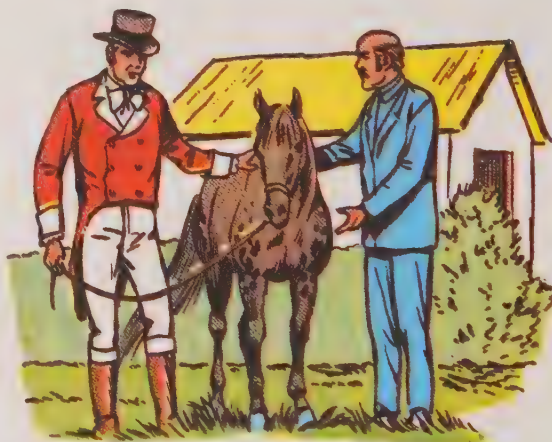
Juan hacía su trabajo callada y tristemente; por su parte, Pepito ya casi no silbaba ni cantaba. Se advertía gran movimiento por todas partes, aumentando con esto el trabajo que nos correspondía a **Ginger** y a mí.

Pronto nos enteramos de lo que el destino nos reservaba a nosotros; el amo nos había vendido a **Ginger** y a mí a un viejo amigo suyo, el Conde de W. . . , ya que pensaba que él nos proporcionaría un buen hogar.

Merrylegs fue regalado al vicario, que deseaba un potro para su esposa; pero,

eso sí, mi amo se lo dio con la condición de que nunca lo vendiera.

Pepito quedó encargado de cuidar de **Merrylegs** y de ayudar en la casa del



vicario, así que consideré que el pequeño pony iba a estar en buenas manos. Por su parte, Juan había recibido varias buenas ofertas de trabajo en distintas partes, pero dijo que pensaba esperar un poco, antes de decidirse.

Por fin llegó el momento fatal; el criado se había llevado las maletas el día anterior, y sólo permanecieron en casa la criada y nuestros dos amos. **Ginger** y yo fuimos los encargados de acercar el carruaje por última vez hasta la puerta.

Los criados sacaron almohadones, alfombras y otros objetos, y cuando todo estuvo listo, bajó nuestro amo llevando en brazos a la señora. La colocó con mucho cuidado dentro del carruaje, mientras todos los criados observaban la escena llorando tristemente.

—Adiós nuevamente —les dijo mi amo—, nunca los olvidaremos.

Y se metió en el carruaje, ordenando enérgicamente al cochero:

—¡Vámonos, Juan!



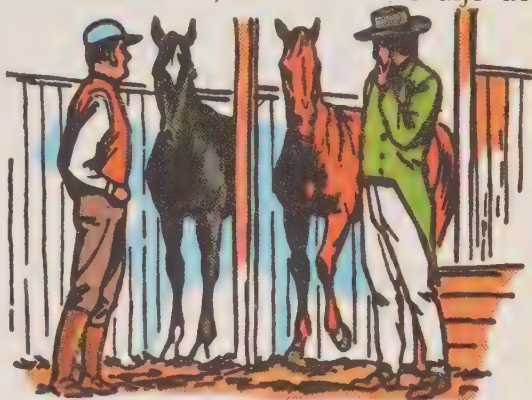
A la mañana siguiente, después del desayuno, Juan ensilló a **Ginger** y me colocó las riendas, llevándome a través del campo. Después de un recorrido de 25 kilómetros, llegamos a la casa del Conde de W. . .

Nos llevaron a una caballeriza bien ventiladas y llenas de luz, donde nos colocaron en cuadras vecinas, y al poco tiempo nos cepillaba el mozo y nos daba un buen pienso. Media hora después entraron a visitarnos Juan y el señor York, que sería nuestro cochero; tenía el aspecto de un hombre de edad madura, simpático y bonachón.

—Muchacho, deja en el suelo esa ceba-

da y ven acá. Me da mucho gusto saber que la opinión de Juan acerca de ti, está completamente de acuerdo con la mía. Escucha:

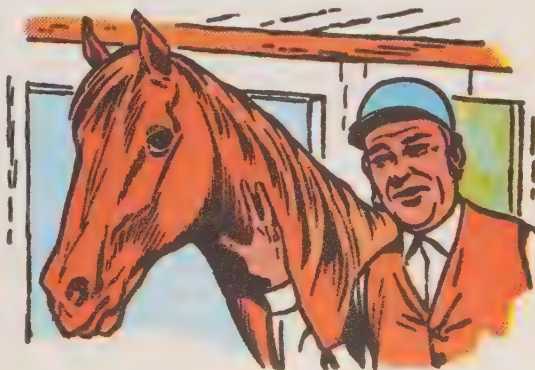
—Mire usted, don Juan —le dijo des-



pués de habernos inspeccionado cuidadosamente—, no veo ningún defecto en estos caballos, pero es bien sabido que los caballos tienen sus mañas, como los hombres, ni más ni menos.

—El caballo negro es el de mejor índole de cuantos he tratado; supongo que se debe a que nadie lo ha maltrato jamás. Por lo que se refiere a la yegua baya, a ésa sí la han de haber maltratado bastante. Cuando llegó con nosotros mordía, coceaba y era muy huraña; pero conforme se fue dando cuenta de qué clase de hogar le había tocado, fue dulcificándose. Si se le da buen trato en este lugar, no encontrará usted una yegua más esforzada y dócil que mi **Ginger**.

Estaban saliendo de las caballerizas, cuando Juan se detuvo y dijo:



—Me parece conveniente advertirle que nosotros jamás les hemos puesto engallador a ninguno de los dos caballos.

—Lo siento mucho —contestó el señor York—, pero aquí tendrán que usarlo. Yo tampoco soy partidario del engallador y el patrón es una persona muy razonable en lo que respecta a caballos. ¡Ah!, pero la señora es muy diferente; para ella lo único que importa es ir a la moda. Lo demás le es indiferente.

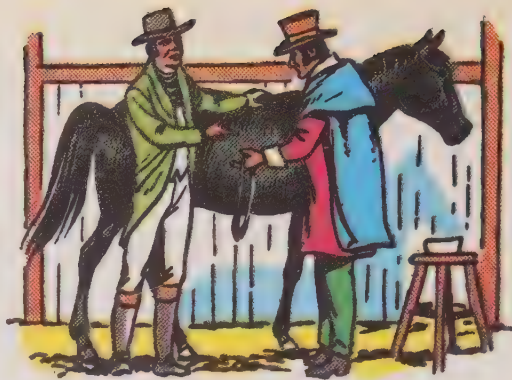
—Pues no sabe cuánto lo siento —le dijo Juan—. Y ahora ya tengo que marcharme, o perderé el tren.

Al día siguiente, el Conde de W. . . fue a inspeccionarnos; se mostró complacido de nuestro aspecto.

—He depositado toda mi confianza en estos caballos —dijo el Conde—, por las referencias que de ellos dio mi buen amigo, el señor Gordon. ¡Lástima que no sean del mismo color! Pero eso no importa aquí, en el campo.

El señor York entonces refirió lo que Juan había dicho acerca de nosotros.

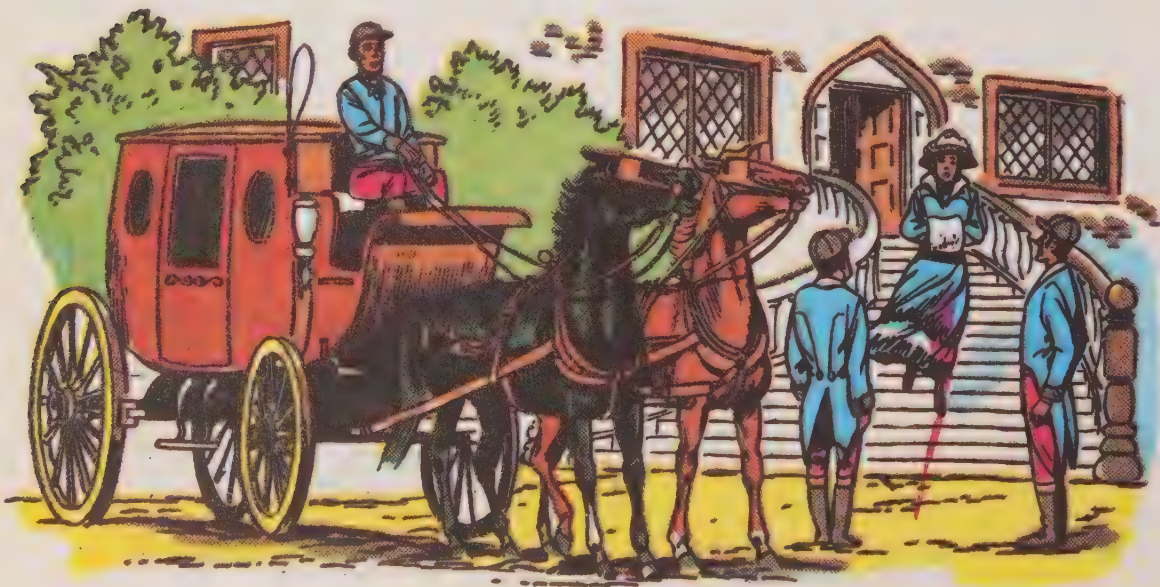
—En ese caso —contestó el caballero—, es necesario utilizar el engallador con



mucho cuidado al principio; así se lo diré a la señora.

Por la tarde nos engancharon al carruaje y, cuando el reloj de las caballerizas daba las tres, ya estábamos listos y esperando frente a la puerta de la casa. Por cierto que ésta era muy grande, cerca de tres o cuatro veces más grande que nuestra vieja casa de Birtwick, pero para nosotros no era tan acogedora como aquélla. Dos lacayos esperaban órdenes, vestidos de calzón encarnado y medias blancas.

En seguida, escuchamos el crujir de un vestido de seda y vimos al ama, que bajaba por la escalinata de piedra. Nos





observó detenidamente y, aunque notamos que algo no fue de su agrado, no dijo nada, y subió al carruaje.

Ésta era la primera vez que me ponían engallador, pero debo también agregar que aunque era una molestia tremenda no poder bajar la cabeza de vez en cuando, tampoco me levantaban la cabeza más de lo que estaba acostumbrado. Me sentía intranquilo pensando en cómo reaccionaría **Ginger**, pero parecía que estaba tranquila.

Al día siguiente, a las tres de la tarde, estábamos de nuevo listos en la puerta, igual que los lacayos, como el día anterior. Volvimos a escuchar el crujido del vestido de seda y en cuanto la señora acabó de bajar los últimos escalones, dijo un tanto enojada:

—Señor York, es necesario que esos caballos mantengan las cabezas más erguidas; ésa es la moda.

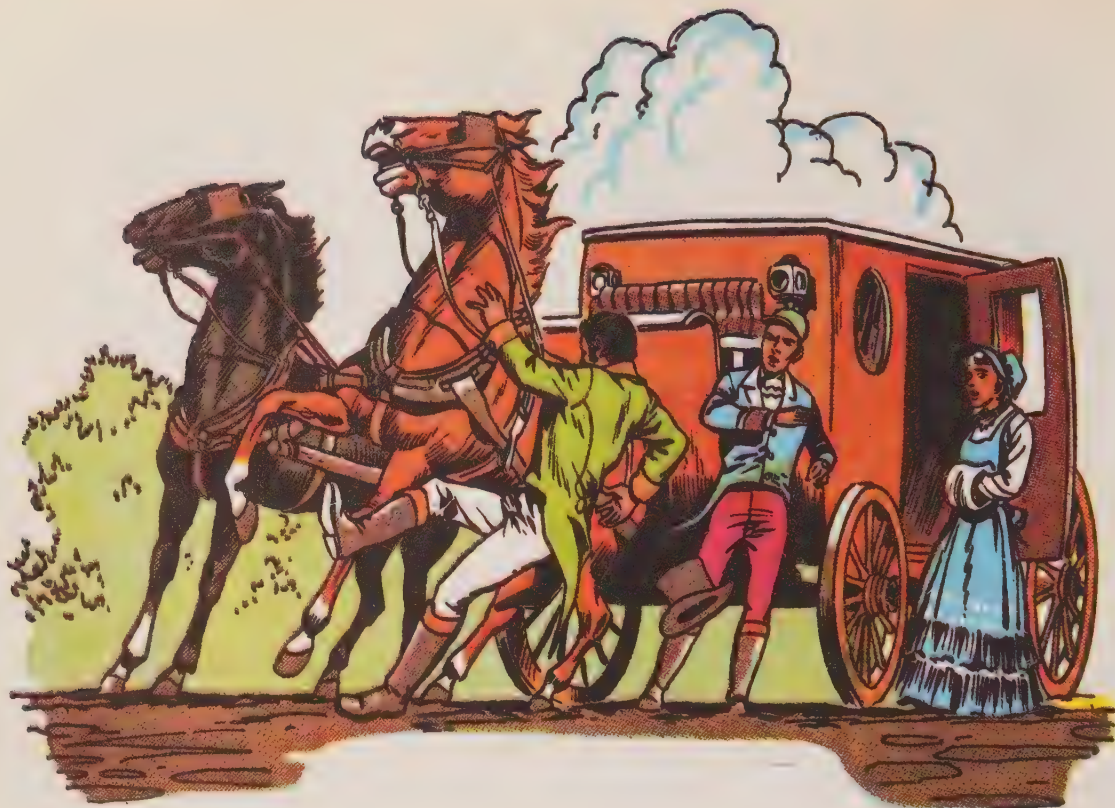
York dio la vuelta hasta llegar a la altura de nuestras cabezas; él mismo acortó el engallador, un punto, me pareció. Pero por poco que esto sea, se nota la diferencia y precisamente ese día nos tocó subir una cuesta más pronunciada que las de costumbre.

Naturalmente, yo quería echar hacia adelante la cabeza para poder arrastrar el vehículo con decisión, tal y como estábamos acostumbrados a hacerlo; pero no pudo ser así en esa ocasión, porque tenía que mantener erguida la cabeza, lo cual me quitó las fuerzas. Inmediatamente sentí un cansancio indescriptible, me dolían el lomo y las patas.

Cuando estuvimos de regreso, **Ginger** me dijo en tono amargo:

—Ahora ya puedes tener idea de lo que es esto; si las cosas no se ponen más difíciles que hasta ahora, no me quejaré, porque por otro lado nos tratan muy bien. Pero si exageran, ¡más vale que se cuiden! ¡No podré tolerarlo!





La rebelión de Ginger

Un día de tantos bajó la señora con más retraso que de costumbre; su vestido de seda crujía más que nunca.

—York, llévame a casa de la duquesa Cristina —dijo al cochero; y después de una breve pausa, agregó—: ¿Cuándo vas a hacer que esos caballos levanten la cabeza, York? ¡Que las levanten inmediatamente! ¡Déjate de absurdas contemplaciones!

York se acercó a mí en primer lugar, mientras que el mozo permanecía junto a la cabeza de **Ginger**. Me levantó la cabeza tan alto y apretó el engallador de tal manera, que era una cosa insoportable. Entonces se dirigió a **Ginger** que levantaba y bajaba la cabeza con impaciencia, al mismo tiempo que mordía, desesperada, el bocado.

En el instante en que York aflojaba el

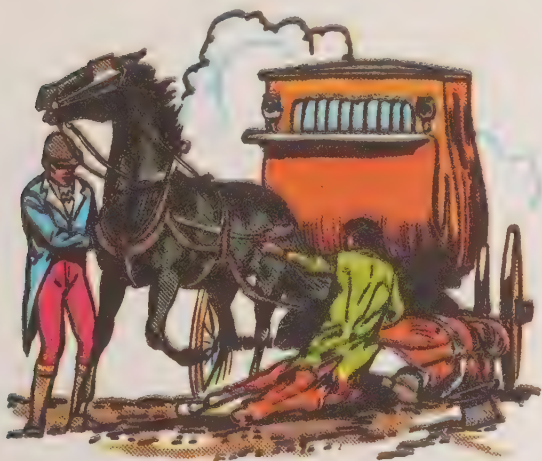
engallador para poder acortarlo, reparó la yegua con tanta violencia que golpeó con fuerza la nariz del hombre y le derribó el sombrero. Roberto, el mozo, por poco cae derribado también. Casi simultáneamente, ambos dieron un salto para sujetar la cabeza de la yegua, pero **Ginger** no estaba dispuesta a dejarse dominar. Y continuó bajando la cabeza, reparándola y pateando con fuerza, en forma desesperada; hasta que una de las coces levantó la lanza del carruaje, y **Ginger** fue a dar al suelo, alcanzando a propinarme un fuerte golpe en un costado, al caer.

¡Quién sabe cuántos daños hubiera causado todavía **Ginger**, si York no se hubiera sentado sobre su cabeza, para impedir que siguiera debatiéndose! Al mismo tiempo, gritaba:



—¡Desenganchen el caballo negro y quiten la lanza del carruaje! ¡Por favor, que alguien corte este tirante, en el caso de que no se pueda desatar!

Uno de los mozos regresó trayendo en las manos un cuchillo de la casa y Roberto me separó de **Ginger** y del carruaje en un instante, conduciéndome inmediatamente a mi cuadra.

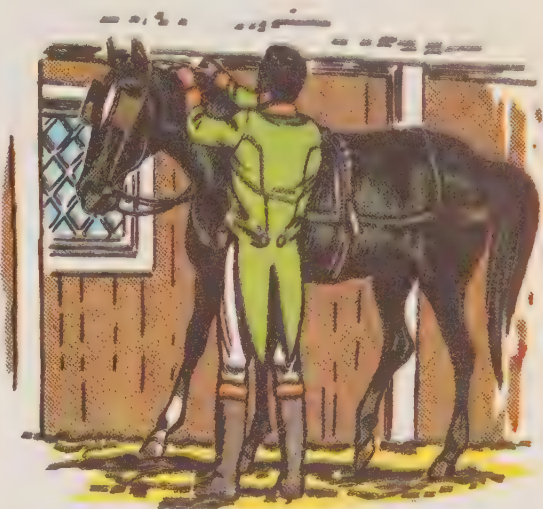


En cuanto acabó de instalarme, fue corriendo a prestar auxilio a York. Me hallaba sumamente molesto; en esos momentos sentía deseos de coclear al primero que se me acercara.

Al poco tiempo, entraba **Ginger** conducida por dos mozos, muy aturdida y con muchos golpes en el cuerpo. Tras

ella entró el cochero, que procedió a dar las órdenes pertinentes. Después fue a verme, y me quitó el engallador.

—¡Qué mala cosa son estos engalladores! —exclamó hablando consigo mismo—. Ya presentía que pronto habríamos de tener alguna dificultad a causa de ellos. Pero si el propio amo no es capaz de disciplinar a su esposa, ¿qué puede hacer un simple mozo? Yo me lavo las manos en este asunto y, si por lo que acaba de suceder, ella no puede asistir a la fiesta en los jardines de la duque-



sa, no será mi culpa; ¿verdad?

A **Ginger** no la volvieron a enganchar jamás al carruaje, pero en cuanto sanó de sus contusiones, fue pedida por uno de los hijos más jóvenes del conde de W. . . que dijo tener la certeza de que serviría muy bien para la cacería.

En cuanto a mí, me siguieron obligando a conducir el carruaje, junto con un nuevo compañero, de nombre **Max**, el cual había estado siempre acostumbrado al engallador, por lo que le pregunté que cómo podía soportarlo.

—Lo soporto —me dijo—, porque no me queda otro remedio; pero siento que está acortando mi vida, como también acortará la tuya, si lo usas. . .



Mis dificultades con Rubén Smith

A principios de la primavera, el conde y su familia se fueron a Londres, llevándose con ellos a York. Mientras, **Ginger**, los otros caballos y yo, permanecimos en casa, al cuidado de Rubén Smith.

Ahora les contaré algo acerca de Rubén Smith. Era muy amable y muy entendido en caballos, pudiendo curarlos llegado el caso. Me parece que todos

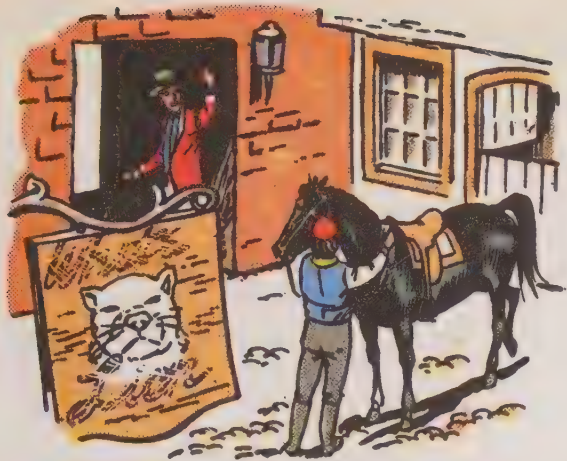
lo querían; al menos, todos los caballos le teníamos muchísimo cariño.

Sólo tenía un gran defecto: le gustaba beber vino, aunque era diferente a esos hombres que siempre están ebrios. Podía estar en sus cabales durante semanas y aun meses enteros; pero un día de tantos regresaba ebrio y se convertía en una amenaza para sí mismo, en el terror de su esposa y en una plaga para todos los que lo tenían que tratar.

La familia estaría de regreso hacia el mes de mayo, y mientras tanto, se tenía que mandar reparar uno de los carruajes. A tal efecto, se dispuso que Smith se encargara de llevar el carruaje al pueblo y que el regreso lo hiciera a caballo. Con este fin se llevó consigo la montura, y yo fui el elegido para hacer el viaje.

Dejamos el carruaje en el taller; después, Smith me condujo a la posada "El





León Blanco", y ordenó al mozo que me alimentara y que me tuviera listo a las cuatro de la tarde, hora en que habría de recogerme para regresar a casa con luz del día.

Un clavo de uno de mis cascos delanteros se había aflojado, pero el mozo no se percató de ello hasta que ya eran casi las cuatro. Smith no fue por mí sino hasta las cinco. Luego dijo que partiríamos a las seis, so pretexto de que se había encontrado a unos viejos amigos. El mozo se apresuró a decirle lo del clavo y le preguntó si podía ajustar en ese momento la herradura.



—No es necesario —dijo Smith—; aguantará hasta que lleguemos a casa.

Me sorprendió mucho que no quisiera que me compusieran la herradura, pues yo sabía que era extremadamente cuidadoso en ese aspecto.

No regresó a las seis como había dicho, ni a las siete, ni a las ocho; eran casi las nueve de la noche cuando finalmente llegó a buscarme, profiriendo gritos y de mal talante.

El encargado, que estaba en la puerta, le gritó:

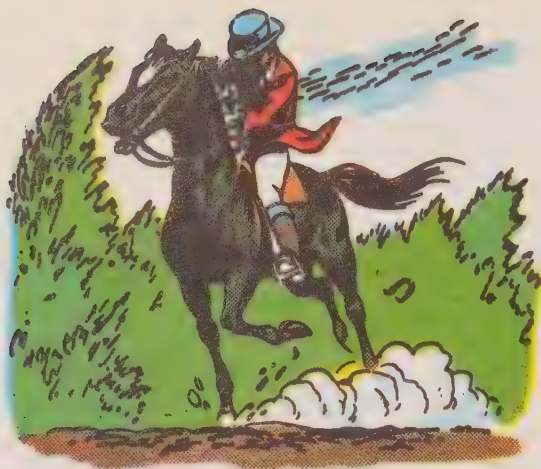
—¡Vaya usted con cuidado, señor Smith! ¡Mucho cuidado!

A lo que sólo contestó con un insulto. Todavía no acabábamos de salir del pueblo, cuando ya me tenía galopando, dándome frecuentes latigazos, a pesar de que yo corría a toda velocidad. La luna aún no salía y reinaba una oscuridad



completa que daba pavor.

Las calles estaban empedradas y hacía poco tiempo que las habían arreglado. Galopando por ellas a gran velocidad, mi herradura se aflojó más, y ya cuando



íbamos saliendo de la aldea se desprendió totalmente.

Si Smith hubiera estado en sus cabales se habría dado cuenta de que no podía yo correr normalmente; pero estaba demasiado aturdido por la bebida para poder notarlo.

Por supuesto, sin la herradura, la pata me dolía espantosamente, ya que el casco estaba destrozado y las cortantes piedras me herían la ranilla.

Aquello no podía continuar, y al poco

tiempo tropecé y caí pesadamente sobre mis rodillas, saliendo despedido Smith por los aires. Creo que el golpe fue muy fuerte. Al rato me puse en pie y me aparté a un lado del camino, donde no había piedras que me lastimaran. La Luna se alzaba ya sobre el horizonte, y bajo su luz pude ver a Smith tendido varios metros delante de mí. No se levantaba. Hizo un pequeño esfuerzo, y profirió un quejido de dolor; pero no pudo ponerse en pie.



Me era imposible auxiliar a Smith. ¡Cómo deseaba escuchar en ese momento las piedras de un caballo, de un hombre o el traqueteo de un carruaje! El camino no era muy transitado, y a esas horas de la noche podríamos permanecer allí horas enteras sin que nadie llegara a auxiliarnos.

Era cerca de medianoche cuando escuché a lo lejos el ruido de los cascos de un caballo. Al irse acercando el ruido, creí estar seguro de distinguir el trote de **Ginger**, por lo que relinché con fuerza, y una gran alegría me invadió cuando oí un relincho de respuesta: en efecto, ¡era





Ginger! También escuché las voces de varios hombres. Tardaron en llegar a causa de las muchas piedras que se encontraban en el camino, y se detuvieron ante la figura inerte que yacía en el suelo.

En el carruaje venían Roberto, el mozo de la casa de mi amo, y el joven Luis, que trabajaba también en las caballerizas. Roberto saltó inmediatamente del carruaje y se detuvo ante la figura inmóvil de aquel hombre.

—¡Es Rubén! —dijo—. ¡Y no se mueve. . .! ¡Rubén! ¡Rubén!

El otro hombre se acercó también; se inclinó, y exclamó:

—¡Está muerto! ¡Mira! ¡Sus manos están heladas!

Lo levantaron, pero ya no tenía vida; sus cabellos estaban bañados en sangre. Lo volvieron a depositar en tierra, y entonces fueron a verme a mí, notando inmediatamente que tenía las rodillas cortadas y sangrantes.

—Mira, el caballo se arrodilló y debe haberlo tirado. ¿Quién hubiera creído que el caballo negro haría algo así?

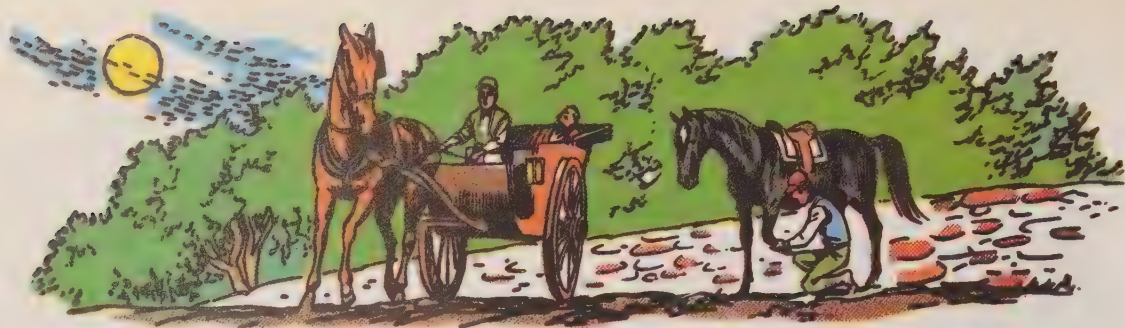
Luego, intentó Roberto hacerme ca-

minar hacia adelante. Di un paso, pero casi volví a caer nuevamente.

—¡Un momento! Está lastimado. Y mira: tiene hecho pedazos el casco. ¡Con razón! ¡Pobrecillo! ¿Sabes una cosa, Luis? Me temo que todo fue culpa de Rubén. ¿A quién se le ocurre hacer galopar un caballo por estas piedras, faltándole una herradura? Si hubiera estado en sus cabales, jamás se le hubiera ocurrido tal insensatez.

Después conversaron largo rato, hasta que quedaron de acuerdo en que Rober-





to me conduciría y que Luis llevaría el cadáver en el carruaje.

Luis partió muy lentamente con su carga fúnebre. En cuanto a Roberto, regresó a verme el casco de nuevo, sacó su pañuelo y me lo amarró fuertemente; entonces me llevó a casa. ¡Jamás podré olvidar aquella caminata nocturna! Teníamos que recorrer una distancia de más de cinco kilómetros, y aunque Roberto me conducía muy lentamente, yo cojeaba y tratabillaba, sufriendo grandes

para absorber el calor. Como pude me las arreglé para acostarme en la paja, y me quedé dormido a pesar del dolor.

Al día siguiente, acabando el veterinario de examinar mis heridas, dijo que



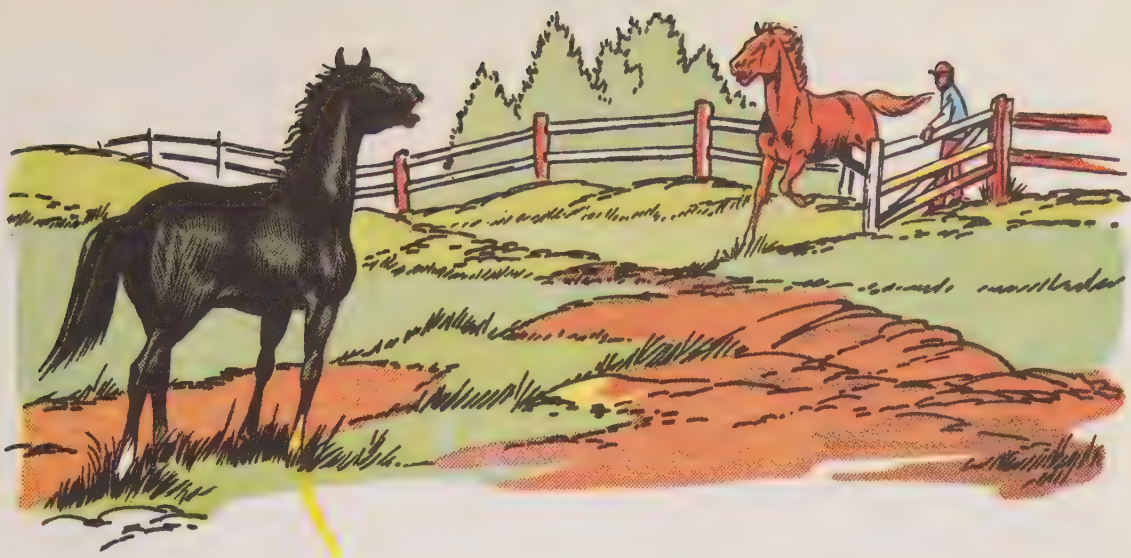
dolores a cada paso que daba.

Finalmente, llegué a mi propia cuadra, donde me dieron un poco de salvado. Luego, Roberto me envolvió las rodillas con trapos húmedos y me amarró el casco con una cataplasma de salvado



confiaba en que la coyuntura no estuviera dañada. De ser así, no quedaría imposibilitado para trabajar, pero tendría una cicatriz permanente. Estoy seguro de que hicieron lo que pudieron para curarme, pero fue una curación larga y dolorosa. Me pusieron un líquido cáustico en las dos rodillas para quitarme todo el pelo. Deben haber tenido alguna razón para hacer esto; me imagino que era lo más apropiado, pero ya no era yo el mismo caballo de tiro.

Desde aquel día empezó mi decadencia, por culpa de un mozo atolondrado.



Arruinado y en decadencia

En cuanto empezaron a sanar mis rodillas, me dejaron suelto en un pequeño prado, durante unos dos meses. Estaba absolutamente solo, y, aunque disfrutaba de libertad y de un césped muy tierno, me sentía triste.

Frecuentemente relinchaba al escuchar las pisadas de unos caballos que pasaban por el camino cercano; pero nunca obtuve respuesta, hasta que una mañana se abrió la reja y dio paso a mi vieja y querida amiga **Ginger**.

El hombre le quitó el ronzal que llevaba puesto y la dejó allí. Dando un relincho de alegría, me fui trotando a su encuentro.

Nos sentíamos muy felices de habernos reunido nuevamente, pero muy pronto me enteré de que no fue por darnos gusto por lo que la habían llevado al prado; narrar la historia de lo que había pasado, sería largo de contar, pero el caso era que la habían arruinado por montarla con rudeza y ahora la dejaban un poco en libertad, mientras decidían qué hacer con ella.

La culpa de todo la tenía el joven hijo

del conde, Lord Jorge. Hacía poco tiempo que yo había dejado las caballerizas, cuando se había realizado una carrera a campo traviesa y Jorge había decidido competir montando a **Ginger**.

Con el gran ánimo que la caracterizaba, **Ginger** dio de sí lo que pudo, hasta agotarse totalmente, y llegó a la meta en uno de los tres primeros lugares, pero completamente exhausta. Porque además del esfuerzo que estaba haciendo, Lord Jorge era muy pesado para ella y le había lastimado el lomo.

—Y ahora —me dijo—, aquí estamos, arruinados en plena juventud y fuerza, tú



por un ebrio y yo por un tonto. ¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia!

Presentíamos que ya no éramos lo que habíamos sido, pero esto no echó a perder el placer que sentíamos en disfrutar de nuestra mutua compañía. Ya no podíamos galopar en la forma en que solíamos hacerlo, pero seguíamos pastando y durmiendo juntos, o permanecíamos largas horas bajo la sombra de los limoneros, con las cabezas unidas.

Así fue pasando el tiempo, hasta que



regresó la familia.

Un día vimos que entraba en el prado el conde acompañado de York. Viendo de quiénes se trataba, nos quedamos en nuestro lugar bajo el limonero y dejamos que llegaran hasta nosotros. Nos examinaron muy cuidadosamente y notamos que el señor conde estaba sumamente disgustado.

—Trescientas libras esterlinas tiradas a la basura —dijo el conde—; pero lo peor de todo es que estos caballos de mi viejo amigo están arruinados totalmente. A la yegua la tendremos a prueba durante

doce meses, y después veremos lo que hacemos con ella; pero al negro tendremos que venderlo. Es una lástima, pero no puedo soportar ver rodillas como las tuyas en mis caballerizas. ¡Lo siento mucho!

—No, señor, claro que no —contestó York—, pero puede irse a un lugar donde el aspecto no tenga tanta importancia, y donde le den buen trato. Conozco un hombre que vive en una aldea cercana; es dueño de un establecimiento de caballos de alquiler. Está dispuesto a aceptar un buen caballo si se lo venden barato. Y tiene fama de tratar muy bien a sus caballos.

—Sería bueno que le escribieras cuanto antes, y ten en cuenta que para mí tiene más importancia el lugar en que viva, que el precio que paguen por él.

Acabando de decir esto, se marcharon el amo y York.

—Pronto te irás de aquí —me dijo **Ginger**— y perderé al único amigo que tengo. Lo más seguro es que nunca más nos volvamos a ver. ¡Qué mundo tan cruel! ¡Y no podemos remediarlo!

Una semana después de los últimos acontecimientos, Roberto entró en el campo con un ronzal, que me deslizó en la cabeza, y me llevó lejos de aquel lugar, a casa de un cochero.

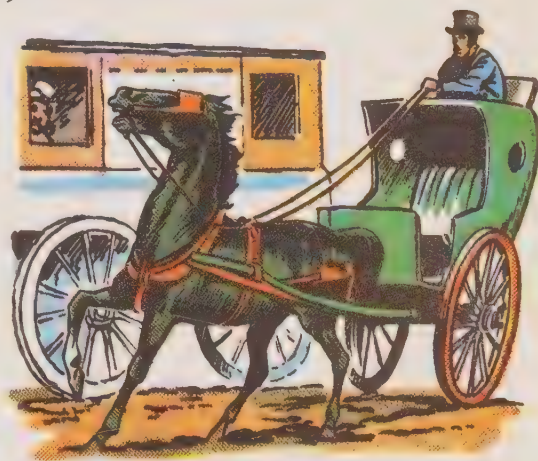




Un trabajo arduo

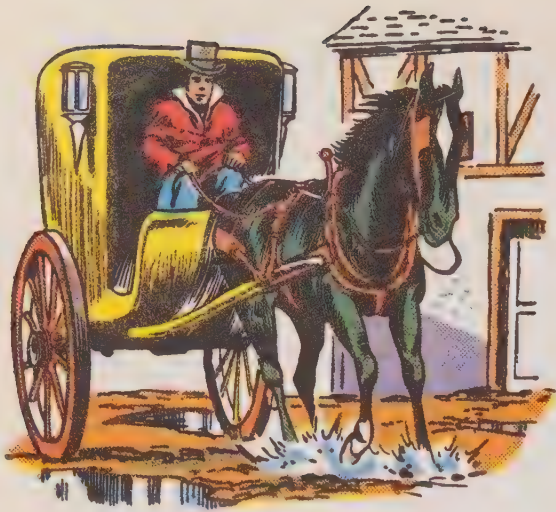
Hasta entonces, siempre me habían conducido personas que por lo menos sabían manejar caballos, pero en el nuevo lugar en que me encontraba, habría de experimentar y sufrir toda clase de malos e ignorantes hábitos en el manejo de caballos. Ahora que estaba convertido en un animal de trabajo, me alquilaban a cualquier clase de gente. Como era de buena índole y dócil, creo que entre los demás caballos era a mí al que escogían para que me montaran jinetes torpes, ya que yo siempre respondía bien y era dócil.

Al primer tipo de jinete que conocí fue al de los que acostumbraban usar las riendas lo más tirantes que podían. Creían que todo dependía de tirar de las riendas con fuerza. Jamás aflojaban la tensión del hocico del caballo, y tampoco le daban libertad de movimientos. Los oía frecuentemente hablar de “tener firmes las riendas del caballo y de mantenerlo bien erguido, como si un caballo no pudiese él mismo mantener la cabeza erguida. ¡Qué tontería!



Otro tipo de cocheros era el de los que dejaban que las riendas permanecieran completamente flojas sobre nuestros lomos, apoyando ellos las manos perezosamente sobre las rodillas. Naturalmente que esos caballeros no podrían tener control sobre su caballo en caso de ocurrir alguna emergencia.

En estas condiciones, si un caballo se espanta, o arranca de pronto, o tropieza, no podrían ayudar al caballo ni ayudarse a sí mismos.



También existe otro estilo de manejar, como si se tratara de máquinas de vapor. Esos conductores son generalmente gente de ciudad que nunca han tenido un caballo propio. Por lo tanto, están acostumbrados a pensar que un caballo es algo parecido a una locomotora, sólo que más pequeña.

A esta gente no se le ocurre siquiera apearse del vehículo cuando tienen que bajar por una cuesta muy empinada. ¡Claro que no! ¡Han pagado por ir en el



carruaje, y en el carruaje continúan!

En cuanto al caballo, no les importa nada; piensan que ya deben estar acostumbrados. ¿Para qué han sido hechos los caballos, si no para arrastrar cuesta arriba a la gente! ¿Ponerse a caminar? ¡Por supuesto que no!

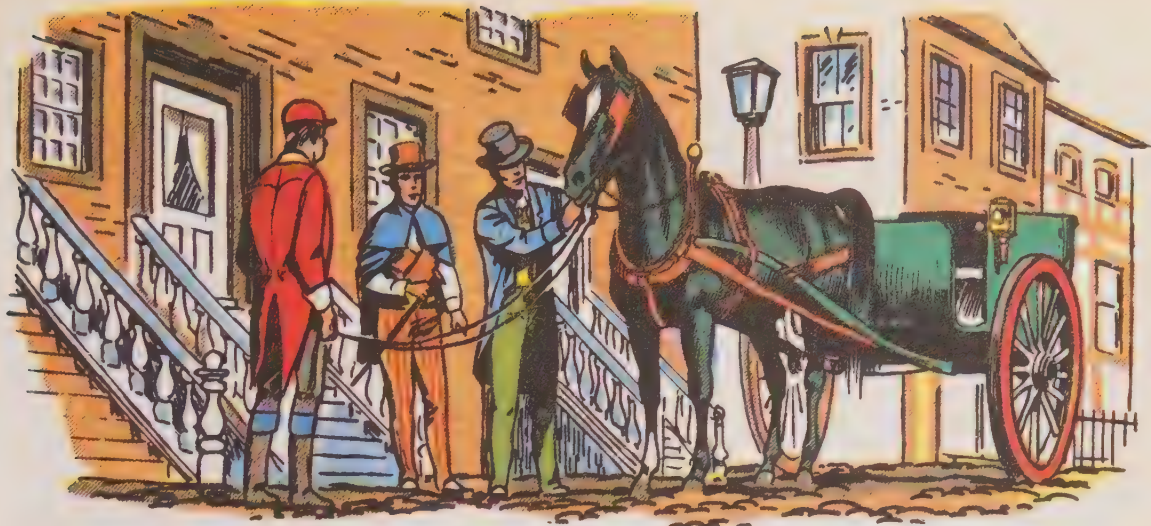
Entonces usan el látigo y tiran más de las riendas y frecuentemente se escucha una voz ruda y de reproche que grita impacientemente:

—¡Sigue adelante, animal holgazán!



Y después otro golpe de látigo, sin tomar en cuenta que estamos haciendo todo lo posible por seguir adelante.

Además, casi nunca ponen el freno, aunque la cuesta abajo sea muy pronunciada, teniendo a veces como consecuencia graves accidentes, y en el caso de que se acuerden de poner el freno, a menudo se olvidan de quitarlo al pie de la cuesta. Más de una vez me tocó tirar de un carruaje la mitad de una pendiente con uno de los frenos bien apretado contra la rueda, sin que mi cochero se llega-



ra a dar cuenta de ello. Esto es algo que agota lamentablemente a un caballo.

Claro que había algunas veces en que iban por nosotros algunos buenos cocheros. Recuerdo una mañana en que me engancharon en el coche y me llevaron a una casa situada en la calle Loma Linda. De ella salieron dos caballeros; el más alto de ellos se acercó a mí, y después de haber inspeccionado el bocado y la brida, y de haber metido la mano bajo la collera para cerciorarse de que me ajustaba bien, le dijo al mozo:

—¿Usted cree que este caballo necesita cadenita barbada?

—No, señor —respondió el muchacho—, en mi opinión no la necesita en absoluto. Es un buen caballo.

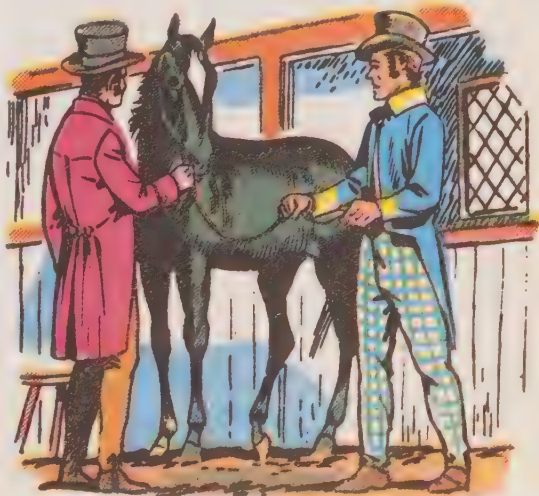
—Como a mí tampoco me gusta —dijo el caballero—, tenga la amabilidad de quitársela y ponga la rienda directamente unida al bocado. Un hocico libre es una gran ayuda en un largo viaje, ¿no es así, viejo amigo? —me dijo, acariciándome el cuello.

Entonces tomó las riendas y se acomodaron los caballeros. Puedo recordar perfectamente con qué suavidad me dio la vuelta, y luego, con un leve tirón de la rienda y depositando con suavidad el

látigo en mi espalda, partimos.

Arqueeé el cuello y salí con mi mejor paso. Me había convencido de que tras de mí se encontraba alguien que sabía cómo se debía guiar un buen caballo. Era como si hubieran vuelto los buenos tiempos y hasta me sentía un tanto alegre nuevamente.

Aquel caballero se encariñó mucho conmigo, y después de probarme en repetidas ocasiones con la montura, influyó ante mi amo para que me vendiese a un amigo suyo, el señor Barry, que deseaba un caballo seguro y cómodo.





Un malhechor y un farsante

Mi nuevo amo era un hombre soltero al que su médico le había aconsejado que montara para hacer ejercicio, y por esta razón me compró. Alquiló una caballeriza situada a corta distancia de su casa y contrató a un hombre, llamado Fernando, como mozo.

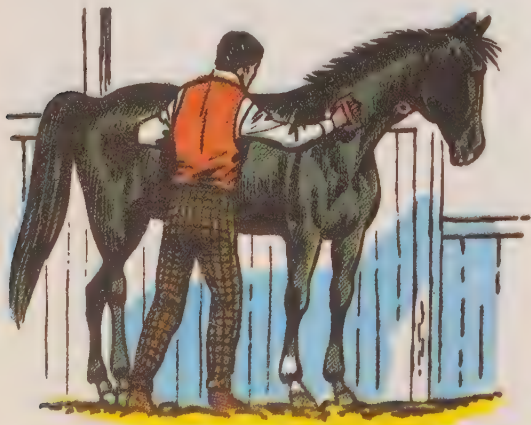
Durante algunos días todo marchaba viento en popa; me di cuenta de que el mozo que me cuidaba conocía muy bien su oficio. Mantenía siempre la cabelleri-

za limpia y aireada, me cepillaba perfectamente y sólo recibía de él buenos tratos y palabras amables.

Había trabajado anteriormente en uno de los mejores hoteles de provincia. Hacía algún tiempo que había dejado ese empleo y se había dedicado a cultivar fruta y verdura para venderlas en el mercado; su esposa criaba y engordaba aves de corral, conejos y otros animales, con los que comerciaba.

Pero al transcurrir algún tiempo, empecé a notar que mi salvado escaseaba; me daban las habas mezcladas con afrecho, en lugar de avena. Pasadas dos o tres semanas esto se tradujo en un aminoramiento de mis fuerzas y en una depresión de mi ánimo.

Esto se estuvo repitiendo durante dos meses, y me maravillaba de que mi amo no se diera cuenta de que algo andaba mal. Sin embargo, una tarde se fue al campo a visitar a un amigo suyo, un caballero granjero que vivía cerca del



camino real. Este caballero sabía mucho acerca de caballos. Después de haber recibido a su amigo, le dijo, al tiempo que me observaba detenidamente:

—Me parece que tu caballo no anda tan bien como cuando lo vi la primera vez. ¿Qué le das de comer?

Mi amo le dio los detalles que pedía; el otro movió la cabeza lentamente, y empezó a pasarme la mano por todos lados, sin dejar de observarme.



—No sé quién será el que se coma la avena, querido amigo, pero si no me equivoco, a tu caballo casi no le toca nada. No me gusta aventurar, pero hay gente tan malvada que le robaría la comida a un animal indefenso; más vale que vigiles este asunto.

Y dirigiéndose al hombre que lo acompañaba, le dijo:

—Déle a este caballo un buen pienso de avena, y que sea abundante.

¿Indefenso animal? ¡Claro que lo era! Si sólo hubiera podido hablar, le hubiera dicho a mi amo a dónde iba a dar mi avena. El mozo encargado de mi cuidado acostumbraba ir a verme todos los días cerca de las seis de la mañana, acompañado de un niño que siempre llevaba consigo una canasta cubierta. Se dirigía



con su padre al cuarto de los arneses, donde se encontraba el depósito del grano, y a través de la puerta entreabierta yo podía ver cómo llenaban una pequeña bolsa con la avena que allí se guardaba.

Había pasado cinco o seis semanas desde la visita al granjero, cuando apenas había salido el muchacho de la caballeriza, se abrió la puerta. Vi entrar a un policía que agarraba fuertemente del brazo al muchacho. Entró después otro policía y cerró la puerta por dentro, mientras decía:

—Muéstrame el lugar donde tu papá guarda la comida para los conejos.





El muchacho estaba muy asustado y se echó a llorar, pero no le quedaba escapatoria, así que les enseñó el lugar en donde estaba el pienso. En ese lugar la policía encontró otra bolsa, vacía, como aquella que habían hallado llena de avena en la canasta del muchacho.

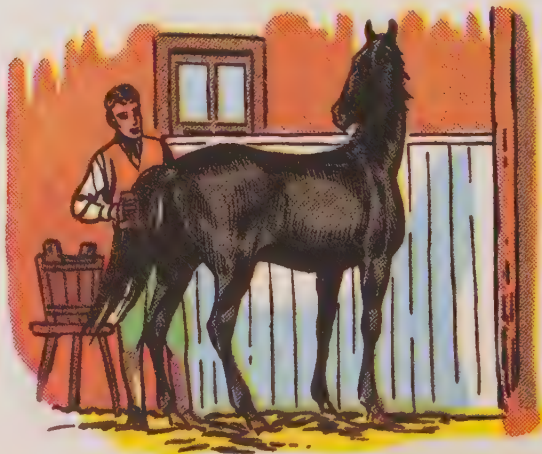


Fernando estaba limpiándome las patas, cuando fueron por él, y por más que gritó y trató de defenderse, se lo llevaron preso en compañía de su hijo. Supe después que al muchacho se le había considerado inocente, pero que Fernando fue sentenciado a dos meses de prisión. ¡Se lo merecía!

Pocos días después de este suceso, llegó un nuevo mozo. Era un hombre alto y bien parecido, pero si alguna vez hubo un farsante en la figura de un mozo de cuadra, Alfredo Smirk era el tipo clásico de ellos.



Nunca olvidaba cepillarme la crin y la cola rociándome con agua, y me ponía aceite en los cascos, antes de sacarme a la puerta, con el objeto de que saliera resplandeciente; pero por lo que respecta a la limpieza de mis patas y otros cuidados, me trataba como si fuera una vaca. Dejaba que se oxidara mi bocado, no secaba bien mi montura y no



le importaba que se endurecieran las correas. Era muy descuidado.

Alfredo se creía muy bien parecido y pasaba horas enteras mirándose en un pequeño espejo que estaba colgado en el cuarto de los arneses, alisándose el cabe-



llo y el bigote, arreglándose la corbata y admirándose.

Cuando el amo le hablaba, contestaba: "Sí, señor, lo que usted ordene, señor", agregando una inclinación de cabeza a cada palabra. Aunque la mayoría de la gente lo consideraba un hombre muy agradable, a mí me parecía el individuo más holgazán y engreído que había conocido.

Un día entró el amo y le dijo:

—Alfredo, las caballerizas huelen muy mal. ¿No te parece conveniente darle una buena lavada a toda la cuadra?

—Señor —respondió Alfredo, llevándose la mano a la gorra—, haré lo que usted ordene; pero en mi concepto, es muy peligroso echar agua en la cuadra. Podrían resfriarse los caballos, señor.



—En ese caso no eches agua —le contestó mi amo—, no me gustaría que se resfriaran; pero me preocupa el mal olor de las caballerizas. ¿Crees que el desagüe esté obstruido?

—Ya que usted lo menciona señor, creo que los malos olores provienen del desagüe, en efecto.

—Entonces haz el favor de llamar al fontanero para que revise la tubería —dijo mi amo.

Cuando llegó el obrero, después de levantar varios ladrillos, descubrió que todo estaba en orden; sólo puso un poco de cemento y le cobró cinco chelines a mi amo. ¡Qué estafa!



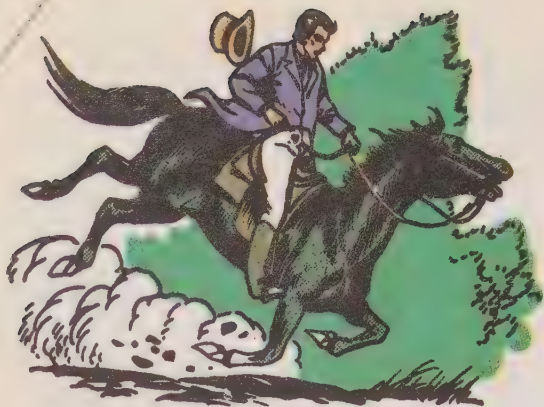
Después, mi cuadra seguía oliendo tan mal como antes; pero eso no era todo; como siempre estaba en la paja húmeda, empecé a sufrir de las patas.

El amo comentaba:

—No sé qué le pasa a este caballo; su paso es ahora muy inseguro.

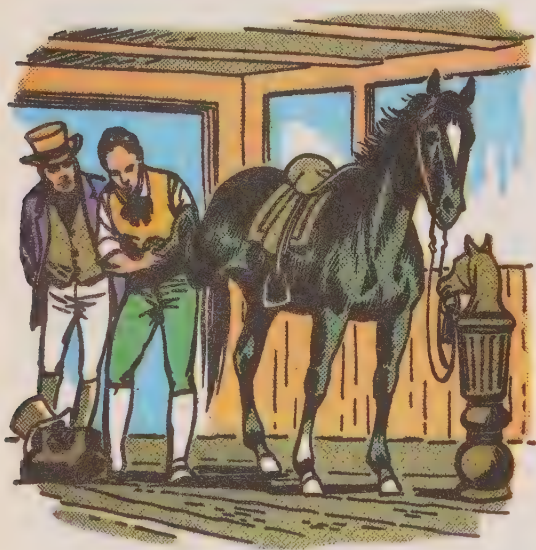
—Es cierto, señor —le dijo Alfredo—, lo mismo he notado cuando lo llevo diariamente a hacer ejercicio.

Un día, tenía las patas tan resentidas, que al ir trotando sobre las piedras flo-



jas, con mi amo montado sobre el lomo, dí dos tropezones tan violentos, que me tuvo que llevar inmediatamente con el veterinario más cercano.

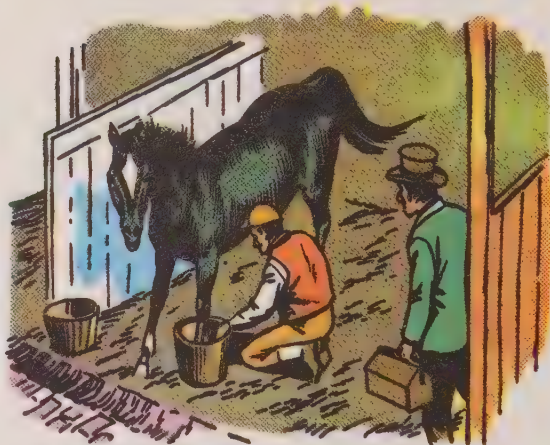
Aquel hombre me fue levantando las patas, una por una, y las examinó cuidadosamente. Después se incorporó, y sacudiéndose las manos, exclamó:



—Su caballo adolece de una enfermedad llamada “putrefacción de las ranillas”, en una fase bastante avanzada. Esta enfermedad se adquiere en las caballerizas que no están limpias, en donde casi nunca asean bien las camas de paja. He visto muchos casos.

Al día siguiente, me limpiaron perfec-

tamente las patas y me las sumergieron en un cubo que contenía una loción desinfectante, operación que fue muy desagradable; sentí fuertes ardores.



El veterinario ordenó que toda la paja fuera sacada de mi cuadra diariamente y que el piso siempre estuviera escrupulosamente limpio. Mi alimentación debería de consistir en afrecho, un poco de hierba y algo de avena, hasta que mis patas volvieran a sanar.

Con este tratamiento, muy pronto recuperé la salud y el buen ánimo, pero como el señor Barry estaba muy disgustado por la doble decepción que había sufrido con sus mozos de cuadra, decidió no volver a comprar caballo. Así que nada más me conservó hasta que mis patas sanaron totalmente, y entonces me vendió.





La feria hípica

Sin duda alguna, una feria hípica es divertida, pero sólo para quienes no tienen nada que perder en ella. De todas maneras, es interesante.

Se ven largas filas de caballos jóvenes, recién traídos de los potreros, y manadas de pequeñas jacas velluditas, como de la alzada de **Merrylegs**. Hay también centenares de caballos de tiro de todas clases, algunos de ellos con las colas trenzadas y amarradas con un lazo escarlata. Se ven caballos muy finos, hermosos y de buena estampa, pero que ya están en decadencia, debido a algún infortunio. Tal era mi caso.

A mí me pusieron en venta junto a

otros dos o tres caballos de aspecto fuerte, y en buen estado. Gran cantidad de gente llegaba a vernos. Los caballeros siempre se apartaban de mí, en cuanto descubrían mis rodillas rotas, aunque el encargado de vendernos juraba que ello se debía a un resbalón en la cuadra.

Se acercó un hombre al que me habría gustado servir. No era un caballero de la nobleza ni de ésos que tratan de parecerlo. Era un hombre más bien de corta estatura, pero bien proporcionado y de movimientos ágiles.

Me pude dar cuenta inmediatamente por la manera en que tomó mi brida, que era un hombre acostumbrado a tratar



caballos. Me habló con cariño, y sus grises ojos tenían una expresión de amabilidad y alegría.

Ofreció veintitrés libras por mí; pero no le aceptaron su proposición, y entonces se marchó. Lo fui siguiendo con la vista, pero había desaparecido entre la muchedumbre. Al poco rato llegó un hombre de aspecto rudo y voz firme; por momentos parecía que el trato se iba a cerrar, pues el vendedor bajó el precio, pensando, sin duda, que ya no podría venderme a nadie.

Entonces, vi que regresaba el hombre



de los ojos grises; inmediatamente volví la cabeza hacia él y me acarició efusivamente, como si me conociera.

—Bien, amigo —dijo—, creo que nos podremos entender. Doy veinticuatro libras por él. ¿De acuerdo?

—Por veinticinco libras es suyo.

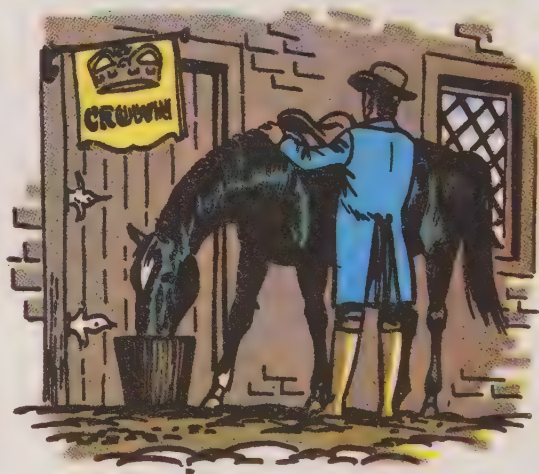
—Veinticuatro y media —le dijo mi

amigo en tono decidido—, ni un penique más. ¿Trato hecho?

—¡Trato hecho! —contestó el vendedor—. Si lo necesita para coche de alquiler, se lleva usted una verdadera ganga; se lo aseguro.

El hombre pagó inmediatamente, y me tomó del ronzal, llevándome luego del mercado de caballos a una posada, en donde ya tenía listas una montura y bridas. Me dio un poco de avena y permaneció a mi lado mientras comía.

Media hora después, ya estábamos camino de Londres, atravesando hermosos senderos y bien cuidados caminos,



hasta que llegamos al camino real, por el que continuamos a buen paso.

Anocheecía cuando por fin llegamos a la gran ciudad. El alumbrado de gas ya se había encendido. Había multitud de calles a la derecha, más calles a la izquierda; y por si fuera poco, calles que se cruzaban en trayectos de varios kilómetros. Llegué a pensar que no tendrían fin nunca.

Pero, finalmente, doblamos por una de las calles laterales y volvimos a doblar, tomando una calle muy estrecha.

Allí había casitas de aspecto muy pobre en un lado de la acera y caballeri-



zas y casas para los cocheros del otro lado.

Mi amo hizo alto en una de las casas y silbó. Como contestación, se abrió una puerta y una joven, seguida por una niña y un niño, salieron a recibirnos.

—Harry, hijo mío, abre las rejas mientras tu madre nos trae la linterna.

Poco después, todos estaban rodeándose en el bien aseado, aunque pequeño patio de las caballerizas.

—¿Es manso, papá?

—Sí, Dolly, tan manso como tu propio gatito. Acércate; no muerde.

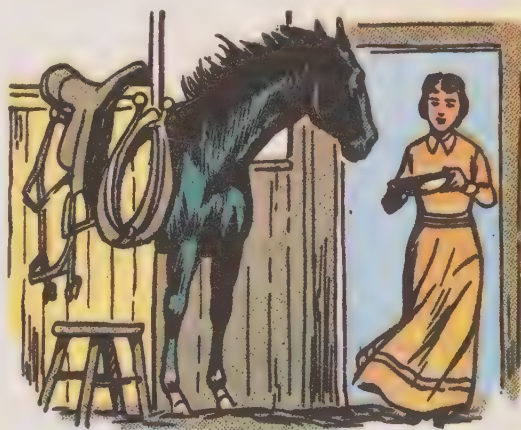
Al punto, la manecita me acarició sin temor alguno. ¡Qué agradable caricia!

—Voy a traerle un poco de afrecho mientras lo aseas un poco —dijo la madre de los dos niños.

—Sí, Polly, por favor, es precisamente lo que le hace falta. Espero que también prepararás un buen “pienso” para mí.

Me llevaron a una cuadra muy cómoda y aseada en la que había bastante paja seca. Después de una buena cena reparadora, me acosté, con la certeza de que en aquel lugar iba a ser muy feliz.

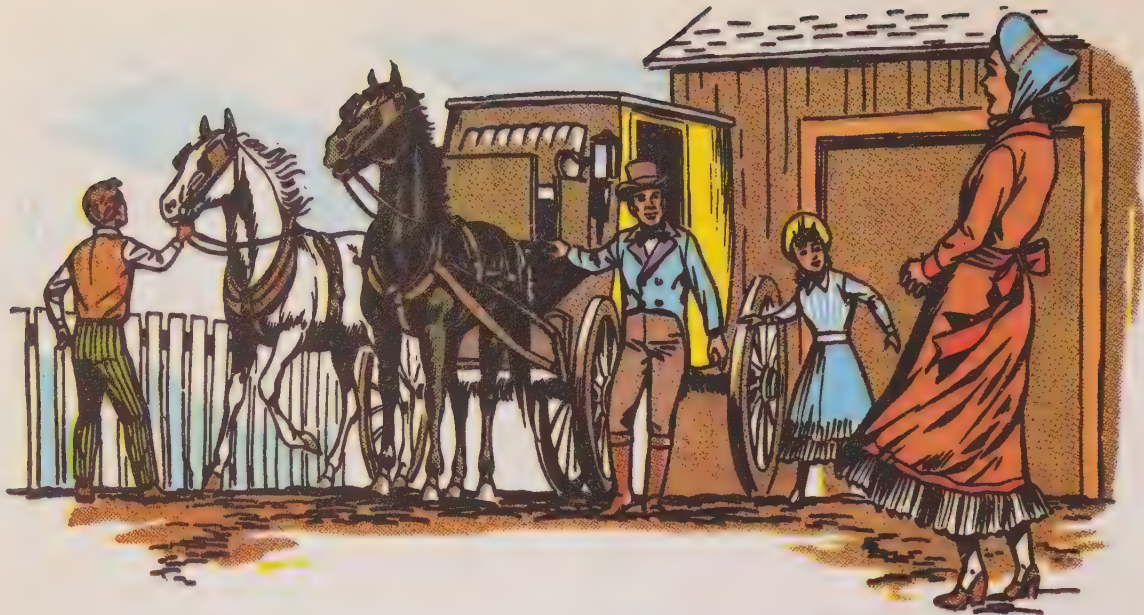
Después de haber pasado por expe-



riencias amargas, esta nueva casa, en medio de una familia encantadora, me ofrecía las promesas de un trato justo. El cordial recibimiento de que fui objeto me alentó.

Ante mí veía una vida llena de trabajo, pero también llena de buen trato, buena comida y cariño. ¿Qué más puede desear un caballo?





Caballo de coche de alquiler

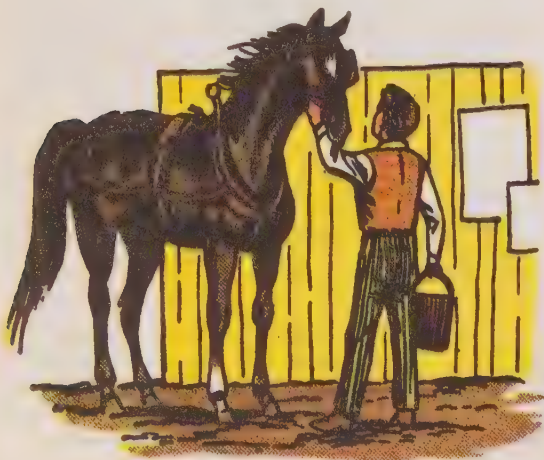
El nombre de mi nuevo amo era Jeremías Barker, pero todos le llamaban Jerry. Polly, su esposa, era la mejor compañera que un hombre podía haber encontrado. Era algo baja de estatura, regordeta y vivaz; sus cabellos eran negros y lustrosos; sus ojos también negros y en su diminuta boca florecía perenne sonrisa. Era una excelente mujer.

En cuanto al hijo, tenía cerca de doce años de edad; era alto, de aspecto franco

y buen carácter. Su hermanita, Dolly, era la viva imagen de su madre; tenía ocho años. Todos se querían mucho, y creo que jamás he visto una familia tan feliz como aquella.

Jerry era dueño de un coche de alquiler, que él mismo conducía y cuidaba; su otro caballo era alto, blanco, de huesos un poco prominentes. Se llamaba **Capitán**. Entonces ya era algo viejo, pero de joven debió haber sido un magnífico ejemplar. Todavía tenía cierto donaire al erguir la cabeza y al arquear el cuello. Después me contó que en su juventud había pertenecido a un gallardo oficial de caballería que mandaba todo un regimiento.

A la mañana siguiente, cuando ya estaba bien aseado, entraron en el patio Polly y la pequeña Dolly. Harry había estado ayudando a su padre desde temprano, y había dicho que con el tiempo sería yo "un gran caballo". Sentía una gran emoción al ver que me acariciaban y hablaban tan gentilmente; intenté por todos los medios demostrarles que de-



seaba corresponder a su cariño y a sus finezas para conmigo.

—Jamás había montado un caballo de paso tan firme y seguro —dijo Jerry entusiasmado—. Le llamaremos **Jack**, en honor al otro caballo tan bueno que tuvimos. ¿No te parece, Polly?

Por la tarde me pusieron el arnés y ocupé mi lugar en el coche de alquiler. Jerry tomó todas las precauciones para asegurarse de que la collera y las bridas estaban bien colocadas, de modo que no me molestaran; era como si Juan me estuviera cuidando de nuevo. Ahora no tenía que llevar engallador ni freno; sólo un sencillo filete. ¡Todo esto era en verdad, una bendición!

Después de pasar por la calle lateral, llegamos a una larga fila de coches de alquiler. En uno de los lados de esa ancha calle, había edificios de varios pisos, en cuyas plantas bajas se alineaban algunas casas de comercio; del otro lado de la calle se erguía una vieja igle-



sia; su atrio estaba rodeado por una alta verja de hierro.

A un costado de la verja se habían situado gran número de coches de alquiler que estaban en espera de pasajeros. Algunos de los cocheros se habían agrupado para charlar; otros, permanecían en sus asientos leyendo el periódico. Otros, en fin, se encargaban de dar de comer a sus caballos trozos de paja, o les llevaban agua.

Nos estacionamos detrás del último coche de alquiler. Dos o tres hombres se





acercaron y empezaron a inspeccionarme y a expresar sus opiniones.

—Está que ni pintado para un funeral —dijo uno de los cocheros.

—Demasiado buen aspecto —dijo otro, sacudiéndose la cabeza en ademán burlón.

Se acercó después un hombre de cara ancha, que vestía un gran capote gris, con faldones grises y enormes botones blancos; sombrero gris, y una bufanda azul, alrededor del cuello. Era un individuo de aspecto bonachón, y los demás hombres le abrieron paso. Me examinó cuidadosamente, como si pensara comprarme. Después se enderezó y dijo seriamente, con voz grave:

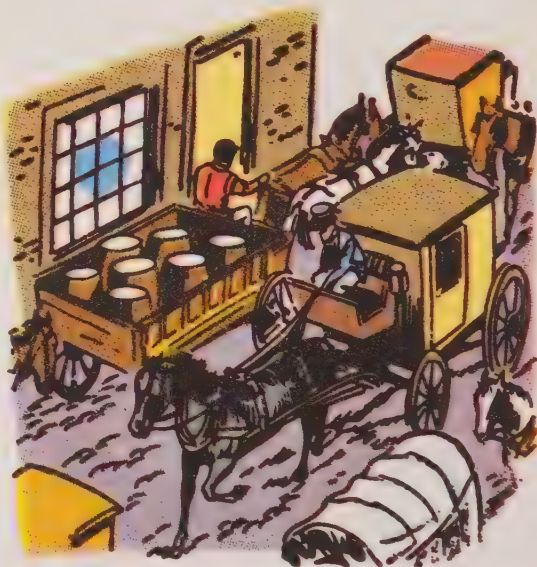
—Es el mejor caballo que podías haber comprado, Jerry. No importa lo que



hayas pagado por él; estoy realmente seguro de que lo vale.

El personaje que así había hablado se llamaba Grant, pero también le decían “gris” Grant y “gobernador” Grant. Era el que tenía mayor antigüedad en aquel sitio para coches de alquiler, y se sentía con el derecho de zanjar cualquier disputa y finalizar cualquier discusión.

La primera semana de mi nueva vida como caballo de coche de alquiler, fue muy dura, para mí. Jamás había vivido en Londres, y por ello, el ruido, las prisas



constantes, las aglomeraciones de caballos, carretas y carruajes, me tenían nervioso y preocupado; pero en poco tiempo me di cuenta de que podía confiar plenamente en mi conductor. Esto me tranquilizó y me llegué a acostumbrar rápidamente.

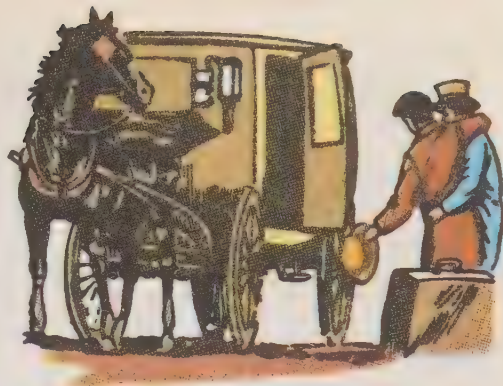
Jamás conocí un hombre tan bueno como mi nuevo amo. Era cariñoso y de carácter apacible y alegre. Muy poca gente se disgustaba con él.

Sin embargo, no había cosa que le hiciera enojar más que esa gente que llega siempre tarde, y que desea que el caballo del coche de alquiler los lleve a

toda velocidad por las calles para compensar su retraso.

Jerry no accedía a hacerme galopar para complacer a la gente impuntual; siempre me llevaba a paso normal; tampoco se oponía a aumentar un poquito la velocidad, como solía decir, si había un motivo razonable. Recuerdo perfectamente una mañana en Londres, cuando ya llevaba un año de vivir allí. Estábamos en el estacionamiento de los coches de alquiler esperando pasaje, cuando un joven que llevaba una pesada maleta resbaló con una cáscara de naranja, y cayó con un gran estrépito.

Jerry se apresuró a levantarlo. Estaba bastante aturdido y mientras lo conducían a una tienda, caminaba con gran dificultad, como si sufriera un fuerte



allí a tiempo, con gusto le daré una buena propina. ¿Conformes?

—Haré todo lo que esté de mi parte —le contestó Jerry atentamente—; pero vea si ya se siente usted bien, caballero.

—¡Tengo que irme! —dijo el joven con ansiedad—. ¡Vamos!

Al instante, Jerry subió al asiento del cochero y me dijo:

—¡Ahora, mi querido **Jack**, vuela!

Siempre es difícil ir a toda velocidad por la ciudad, y más aún al mediodía, cuando las calles están atestadas de coches y de peatones.

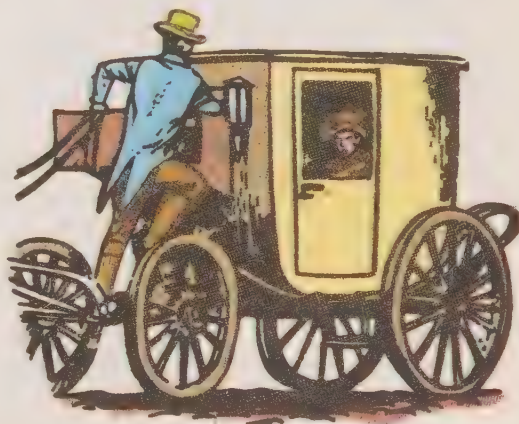
Pero cuando un buen conductor y un buen caballo se entienden bien, es maravilloso ver lo que pueden lograr.

Yo tenía un hocico “suave como la seda” —eso quiere decir que me podían guiar con el más ligero tirón de la rienda—, cualidad muy útil en Londres, donde



dolor. Mi amo regresó al sitio de coches de alquiler, pero no habían pasado diez minutos cuando uno de los empleados de la tienda lo llamó. Nos acercamos a la acera.

—¿Me puede llevar a la estación del ferrocarril del Sureste? —preguntó el joven que había sufrido el accidente—. Mucho me temo que esta inoportuna caída me haya retrasado. Y es muy importante para mí alcanzar el tren de las doce. Si usted puede lograr que esté





se tiene que conducir entre carruajes, vehículos para pasajeros, carretas, carros, coches de alquiler y grandes carretas, todos estos vehículos marchando a buen paso.

Las calles estaban muy congestionadas ese día; íbamos muy bien hasta que llegamos al principio del puente, donde el paso estaba obstruido por una fila de vehículos. El joven se asomó por la ventanilla del coche y, haciendo un gesto de impaciencia, dijo angustiosamente:

—¡Creo que seguiré a pie!

—Haré todo lo que se pueda —le dijo Jerry—. Este alto no puede durar mucho, y su equipaje es muy pesado para que usted lo pueda llevar solo.

La fila de vehículos empezó a caminar

que un caballo de tiro puede desarrollar. Salimos de aquella fila, y cruzamos a toda carrera el puente de Londres. Entramos como flechas en la estación del ferrocarril, en el momento preciso en que el gran reloj de pared indicaba que faltaban exactamente ocho minutos para las doce.

—¡Gracias a Dios, hemos llegado a tiempo! —dijo el muchacho—. ¡Y gracias



a usted también, amigo mío, y a su magnífico caballo! Por favor acepte esta media corona de propina.

Mi amo dijo:

—No, señor, no puedo aceptar, pero se lo agradezco de todas maneras.

“¡Eh, mozo! Hágase cargo del equipaje de este caballero, para que salga en el tren de las doce a Dover.”

Y sin esperar más, Jerry me cambió de dirección para dejar sitio a los otros coches de alquiler que llegaban en ese momento, y nos alejamos de la estación.



en aquel instante y esa fue nuestra oportunidad. Entrando y saliendo, volviendo a entrar y volviendo a salir entre los vehículos, logramos la máxima velocidad



¡Pobre Ginger!

Un día, mientras nuestro coche de alquiler estaba esperando con otros en uno de los parques donde tocaba una banda de música, un destartado coche de alquiler se detuvo junto a nosotros. El caballo estaba en un estado lamentable y era de color castaño. Los huesos de las rodillas sobresalían y no había firmeza en sus patas.

Estaba yo comiendo un poco de paja, y el viento me arrebató un poco de ella en dirección al otro caballo; la pobre bestia estiró su largo y macilento cuello, y lo recogió. Después empezó a volver el hocico como buscando más paja. Había una profunda tristeza en aquellos ojos opacos, y no pudo menos que llamar mi atención. Mientras yo trataba de recordar en dónde había visto aquel caballo, me dijo, mirándome fijamente:

—**Belleza Negra**, ¿eres tú?

¡Era **Ginger**! ¡Pero qué cambiada estaba! Su hermoso cuello, antes arqueado, ahora estaba recto y caído. Sus patas, antes firmes, estaban muy hinchadas. Sus

coyunturas estaban deformadas por el arduo trabajo. Aquella cara que antes estaba tan llena de vida, ahora sólo mostraba sufrimiento. Podía darme cuenta, por la agitación de sus costados, de que no podía respirar bien.

Nuestros respectivos cocheros estaban conversando, un poco más lejos de donde nosotros nos encontrábamos; así que me acerqué a su costado un paso o dos para poder charlar con ella tranquilamente un buen rato. Era un historia bien triste la que me contó.

Después de un descanso de un año en casa de Conde de W. . . , consideraron que ya podía trabajar nuevamente, por lo que fue vendida a un caballero. Durante algún tiempo estuvo tranquila, pero después de hacerla galopar más del tiempo a que estaba acostumbrada, el viejo dolor volvió a atacarla, por lo que fue vendida nuevamente. Cambió de dueño varias veces, pero siempre descendiendo de categoría.

—Hasta que un día —me dijo—, me

compró un hombre que era dueño de varios coches de alquiler y de algunos caballos, que solía alquilar. Tú tienes buen aspecto y me alegro de ello; pero en cuanto a mi vida, me entristece el solo hecho de contártela.

“Cuando descubrieron mi debilidad, dijeron que no valía lo que habían pagado por mí, que iba yo a terminar tirando de uno de los destartallados coches de alquiler, hasta que me acabaran; y es eso precisamente lo que están haciendo, dándome siempre de latigazos y haciéndome trabajar al máximo, sin tener en cuenta jamás lo que sufro. Pagaron dinero por mí y lo tengo que desquitar; eso es lo que dicen. El hombre que actualmente me alquila paga una pequeña suma de dinero a mi dueño diariamente, y ese dinero tiene que salir de mi trabajo. Esto se repite durante toda la semana, sin que tenga un descanso, ni los domingos.”

—Antes solías rebelarte cuando te trataban mal —le dije.

—¡Sí! —me contestó—, antes así lo hacía, pero ya no puedo más; los hombres son más fuertes que nosotros, y cuando son crueles y no tienen sentimientos, no hay nada que hacer, sólo aguantar, aguantar hasta el fin. He visto caballos muertos y tengo la seguridad de que ya no sufren dolor alguno.

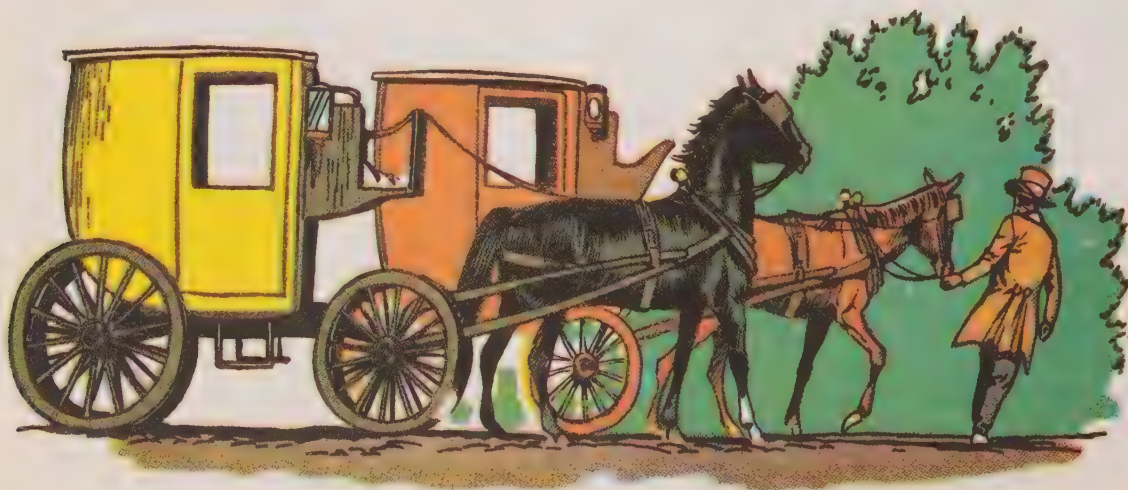
Sentí mucha pena de ella, y acerqué mi nariz a la suya, pero no encontré palabras para consolarla. Ahora tengo la certeza de que se alegró mucho al verme, porque me dijo:

—Eres el único amigo que he tenido. En ese preciso instante su conductor



regresó, y dándole un tirón, hizo que saliera de la línea, partiendo inmediatamente. Quedé muy acongojado y triste.

Había pasado una semana después de aquel encuentro, cuando pasó junto a mí una carreta que llevaba en su interior un caballo muerto. Se trataba de un caballo color castaño, de cuello delgado y largo; noté que tenía una mancha blanca en la frente y me pareció reconocer a **Ginger**.





Una amiga necesitada

Había llegado el día de las elecciones; nunca había visto las calles de Londres tan llenas de gente. Nos sobraba trabajo a Jerry y a mí, la demanda había aumentado y parecía que todos buscaban coche de alquiler.

Después de una mañana atareada, regresamos al punto de reunión para disfrutar de un breve descanso. Jerry se apresuró a colocarme mi bolsa de pienso; porque, como él decía, "hay que comer cada vez que se pueda en días como estos; conque, a mover las quijadas, **Jack**, y ¡buen provecho, amigo!"

Entonces extrajo de entre sus ropas un pastel que le había hecho Polly y empezó a comérselo. Lloviznaba, y los coches de alquiler zigzagueaban entre la muchedumbre, como si se tratara de asuntos de vida o muerte.

Todavía no habíamos comido dos bocados, cuando vimos acercarse por la calle a una mujer joven, de aspecto humilde, que llevaba en brazos un pesado niño; miraba hacia todos lados, y

notamos que estaba muy afligida. Casi inmediatamente se dirigió hacia Jerry, y le preguntó si le podía indicar el camino hacia el hospital de Santo Tomás. Acababa de llegar de la provincia aquella mañana, según dijo, en una carreta del mercado. Tampoco sabía nada de las elecciones, y era la primera vez que estaba en Londres. Llevaba a su hijo enfermo al hospital.

—¡Pobre pequeño! —dijo la joven—. Sufre muchísimo de un dolor que lo



aqueja. Tiene ya cuatro años de edad, pero apenas puede caminar como un bebé; el médico dijo que si podía lograr que lo admitieran en el hospital, habría esperanzas de que se aliviara. Por favor, señor, dígame: ¿qué distancia hay de aquí al hospital?

—Señora —le dijo Jerry—, jamás podrá llegar allí caminando entre tanta gente como la que hay ahora. Queda a cinco kilómetros de aquí, y ese niño pesa mucho. Suba usted al coche de alquiler y la llevaré sin riesgo alguno al hospital. ¡Suba usted, señora!

—Perdóneme, señor, pero no puedo hacer eso; muchas gracias, pero sólo me



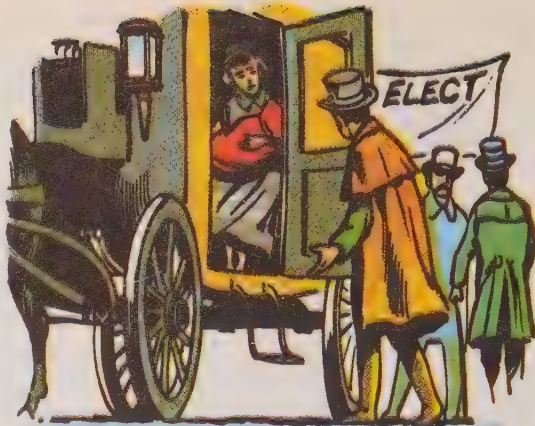
queda dinero suficiente para regresar de aquí a mi pueblo.

—Yo tengo esposa e hijos —dijo mi amo—, y sé lo que es estar afligido por un hijo; así que suba en mi coche y la conduciré a su destino, sin cobrarle.

—¡Que el cielo lo bendiga! —exclamó la mujer, y empezó a llorar copiosamente, muy conmovida.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡No llore, señora! Permítame que la ayude a subir.

Pronto estábamos en camino del hospital, tratando de ir, en cuanto se podía,



por las calles laterales, que no estaban tan congestionadas. Al llegar, Jerry tocó la campánilla y ayudó a la joven señora a bajar del coche.

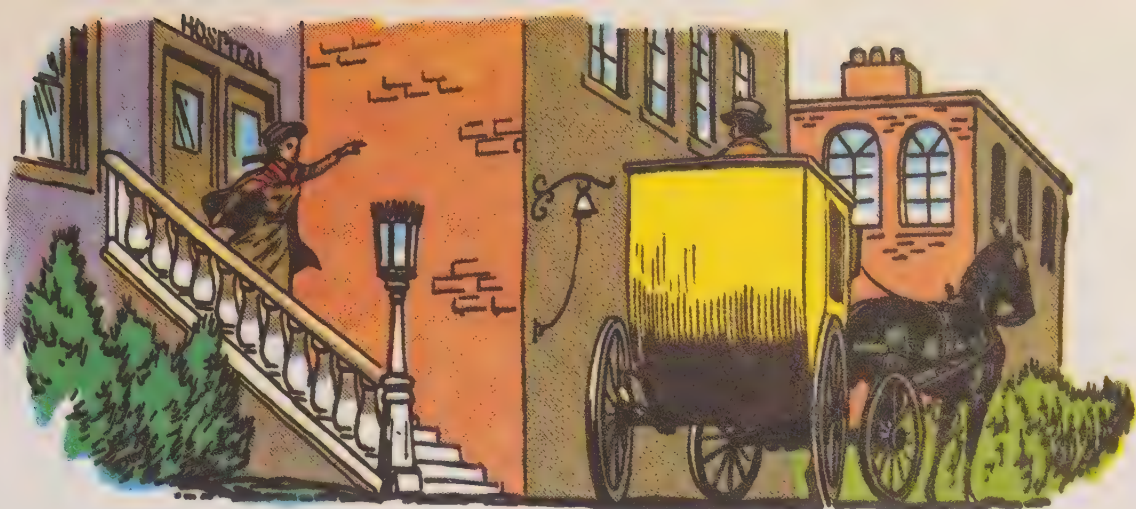
—De nuevo mil gracias —le dijo la joven—. Jamás hubiera podido llegar aquí yo sola.

La lluvia estaba arreciando entonces, y precisamente cuando ya nos íbamos del hospital, la puerta se abrió nuevamente y el portero gritó: “¡Coche!” Nos detuvimos; una señora bajaba en aquel momento por la escalera.

Jerry la reconoció inmediatamente. Ella se volvió a cubrir con su velo y dijo:

—¡Jeremías! ¿Es usted? Precisamente es el amigo que yo más necesitaba ahora,





pues es muy difícil conseguir un coche de alquiler el día de hoy, en este barrio tan populoso.

—Me alegra mucho que casualmente estuviera aquí. ¿Adónde quiere que la lleve, señora?

—A la estación de Paddington. Si nos alcanza el tiempo, hará usted favor de decirme cómo está Polly y los niños.

Hicimos poco tiempo a la estación, y ya estando bajo techo, la señora estuvo conversando un buen rato con mi amo. Supe que Polly, siendo soltera, había estado al servicio de la dama, y después de muchas preguntas referentes a ella, la señora dijo:

—¿No perjudica a su salud trabajar a la intemperie en invierno? Sé que Polly se preocupaba mucho por ello el año pasado. Dígame. . .

—¡Ya lo creo que sí, señora! Me dio una tos tan fuerte, que me duró hasta el verano. Cuando tengo que trabajar hasta tarde, Polly se inquieta mucho.

—Bueno, Jeremías —añadió la dama—, sería una lástima que usted perdiera su salud en este trabajo. Hay muchos lugares en donde un buen cochero o un buen mozo de cuadra son muy solicitados, y si algún día piensa en abandonar este trabajo con el coche de alquiler, avisemelo

en seguida.

Entonces le puso unos billetes en la mano y le dijo:

—Aquí tiene diez chelines, cinco para cada uno de los niños, Polly sabrá cómo gastar ese dinero provechosamente.

Jerry le dio las gracias, sonriendo; después me sacó de la estación y, finalmente, llegamos a casa, cansados, pero contentos de la jornada.

Así aprendí que la generosidad siempre obtiene recompensa; la propina de la señora era mucho más cuantiosa que el precio del viaje de la mujer que llevaba a su hijo enfermo.





El año nuevo de Jerry

Las fiestas de Navidad y Año Nuevo son muy felices para la mayoría de la gente; pero para los conductores de los coches de alquiler y sus caballos, no es día de asueto.

Ahora la mayor parte del trabajo de la tarde me tocaba a mí; yo ya me había acostumbrado a ello; Jerry temía que el otro caballo se resfriara. **Hotspur** era un caballo vivaracho que había ocupado el lugar del viejo **Capitán**, cuando éste tuvo un accidente.

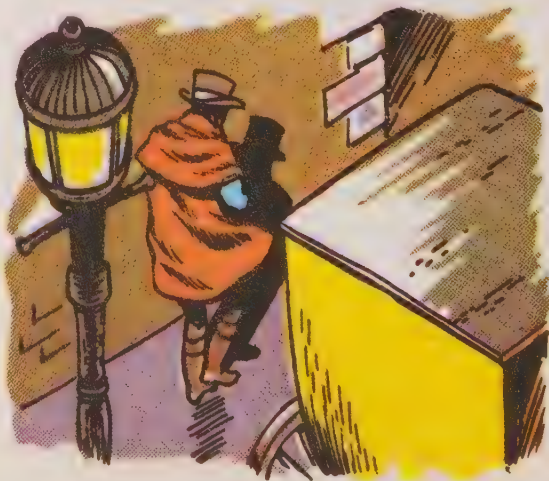
Toda la semana anterior a Navidad trabajamos hasta bien entrada la noche, y el resfriado de Jerry se agravó. En la tarde del día primero del año tuvimos que llevar a dos caballeros a una casa situada en el extremo oeste de la ciudad. Los dejamos en su destino a las nueve de la noche y quedamos en regresar por ellos a las once.

—Pero —dijo uno de ellos— como en la reunión a la que vamos jugaremos a las cartas, es posible que tenga usted que esperarnos unos cuantos minutos; sin

embargo, no llegue tarde.

Marcaba el reloj precisamente las once de la noche cuando estábamos en la puerta. Luego, el reloj siguió marcando los cuartos de hora; finalmente marcó las doce de la noche, sin que la puerta se abriera.

Había estado lloviendo y había soplando un aire frío durante todo el día; ya para entonces, un viento helado hacía sentir sus efectos, sobre todo porque





hacía mucho frío y no había donde guarecerse. Jerry bajó de su asiento y me tapó hasta arriba del cuello con una de mis mantas. Luego caminó un poco por la acera, para desentumecerse.

Era la una y cuarto cuando se abrió la puerta, y salieron los dos caballeros, que se subieron al coche de alquiler sin decir una palabra; sólo dijeron a Jerry adónde

día, por lo que le tuvieron que pagar las dos horas y cuarto que los habíamos estado esperando. Fue un dinero ganado duramente por Jerry.

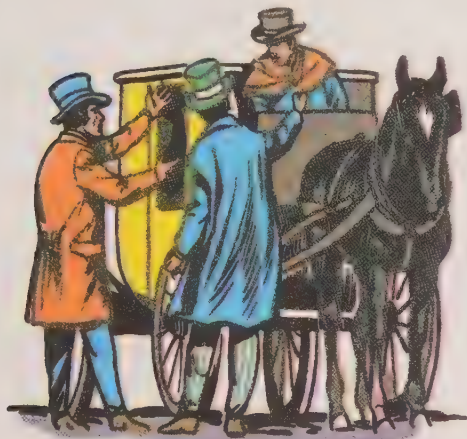
Cuando por fin llegamos a casa, ya casi no podía hablar y tosía de manera alarmante. Polly no le preguntó absolutamente nada; sólo le abrió la puerta y le alumbró el camino con una lámpara.



—¿Te puedo servir en algo? —le preguntó la señora.

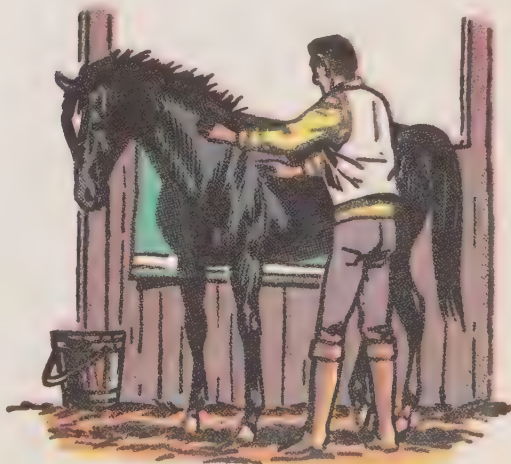
—Sí, por favor, dale a **Jack** algo caliente; después prepárame algo de comer a mí también.

Esto lo dijo con una voz apagada y ronca. Aunque apenas se podía tener en pie, me dio una buena friega, como de cos-



querían que los llevara. Era un recorrido de aproximadamente 3 kilómetros. Mis patas estaban tiesas de frío; varias veces estuve a punto de tropezar y caer.

Cuando los hombres se apearon, ni siquiera dijeron que sentían habernos hecho esperar tanto tiempo, pero en cambio se quejaron de lo que Jerry les cobró. Y aunque mi amo jamás cobraba más de lo justo, tampoco aceptaba que le pagaran menos de lo que le correspon-





tumbre, y hasta subió al cuarto del heno para traerme un poco de paja y preparar mi cama. Polly me llevó un caldo de salvado que me cayó muy bien, y luego cerraron la puerta.

Ya estaba avanzada la mañana del día siguiente, cuando entró en la caballeriza el pequeño Harry. Él nos aseó, nos alimentó, barrió las cuadras y luego volvió a colocar la paja en su lugar, tal como se hacía los domingos. Estaba muy callado; no silbaba ni cantaba.

Regresó al mediodía nuevamente, y

nos dio nuestro alimento y un poco de agua. Lo acompañaba en esta ocasión Dolly, que estaba llorando, y comprendí, por lo que ellos decían, que Jerry estaba muy grave.

Pasaron dos días sin ningún incidente digno de mención. Al tercer día, mientras Harry se encontraba dentro de las cabellerizas, se oyó llamar a la puerta, y entró el "gobernador" Grant, el viejo cochero amigo de Jerry.

—Muchacho —dijo—, sólo deseo saber cómo sigue tu padre.

—Está sumamente grave —le dijo Ha-



rry—; dicen que es bronquitis, y el médico asegura que esta noche hará crisis la enfermedad.

—Eso está muy mal, muy mal; pero recuerda que mientras hay vida, hay esperanza. Yo vendré a ver cómo sigue mañana temprano.

Y en efecto, al día siguiente, muy temprano, ya estaba de vuelta.

—¿Qué hay? —preguntó.

—Mi papá amaneció menos mal —le dijo, esperanzado, Harry.

—¡Gracias a Dios! —exclamó el "Gobernador"—. Ahora es necesario mantener-



lo abrigado y libre de preocupaciones, lo cual me lleva a pensar en los caballos. Por lo que respecta a **Jack**, le vendrá muy bien un descanso de una a dos semanas, pero en cuanto a **Hotspur**, si no lo hacemos trabajar, en poco tiempo se pondrá inquieto y nervioso.

—Eso es precisamente lo que está sucediendo —dijo Harry—; tiene tantas energías, que ya no sabemos de qué manera mantenerlo quieto.

—Me lo imaginaba —dijo Grant—. Mira lo que podemos hacer: dile a tu madre que si ella acepta, yo vendré todos los días por él y lo llevaré a trabajar un rato. En cuanto a las ganancias, la mitad serán para tu madre y eso le servirá para poder pagar el pienso de los dos caballos.

Así quedó convenido.

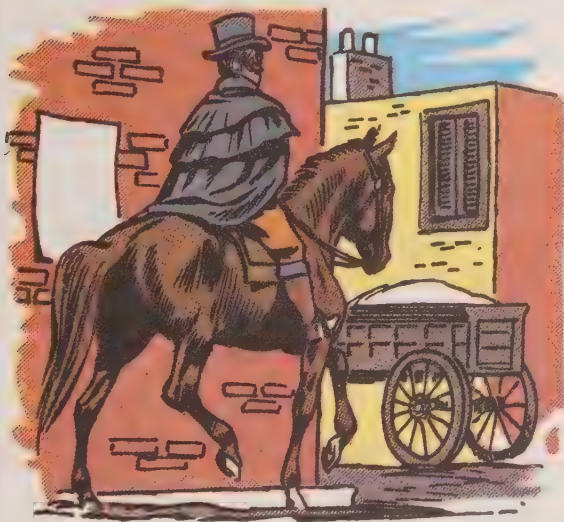
Jerry empezó a reponerse de día en día; pero el médico le dijo que ya no



muy emocionada.

—¿Quién vive en Faristowe, Harry? Mamá ha recibido una carta proveniente de ese lugar; noté que le dio muchísimo gusto, y subió corriendo las escaleras para enseñársela a papá.

—¿No estás enterada? Ahí es donde vive la señora Fowler, la que nos mandó con papá cinco chelines a cada uno, el pasado día de las elecciones. Ya sabes que mamá, antes de casarse, trabajó en su casa.



podría volver a trabajar. Los niños hablaban haciendo conjeturas sobre lo que sus padres irían a decidir y acerca de cómo podrían ellos ayudarlos a ganar algún dinero.

Una tarde, mientras Harry se afanaba en limpiar las caballerizas, entró Dolly,



—¡Ah!, ¡la señora Fowler! ¿Y qué será lo que dice a mamá en la carta?

—Mamá le había escrito la semana pasada —dijo Harry—. ¿No recuerdas que la señora le había dicho a papá que si algún día se decidía a dejar el trabajo de los coches de alquiler se lo avisara? Me gustaría saber qué es lo que dice. ¿No quieres ir a indagar, Dolly?

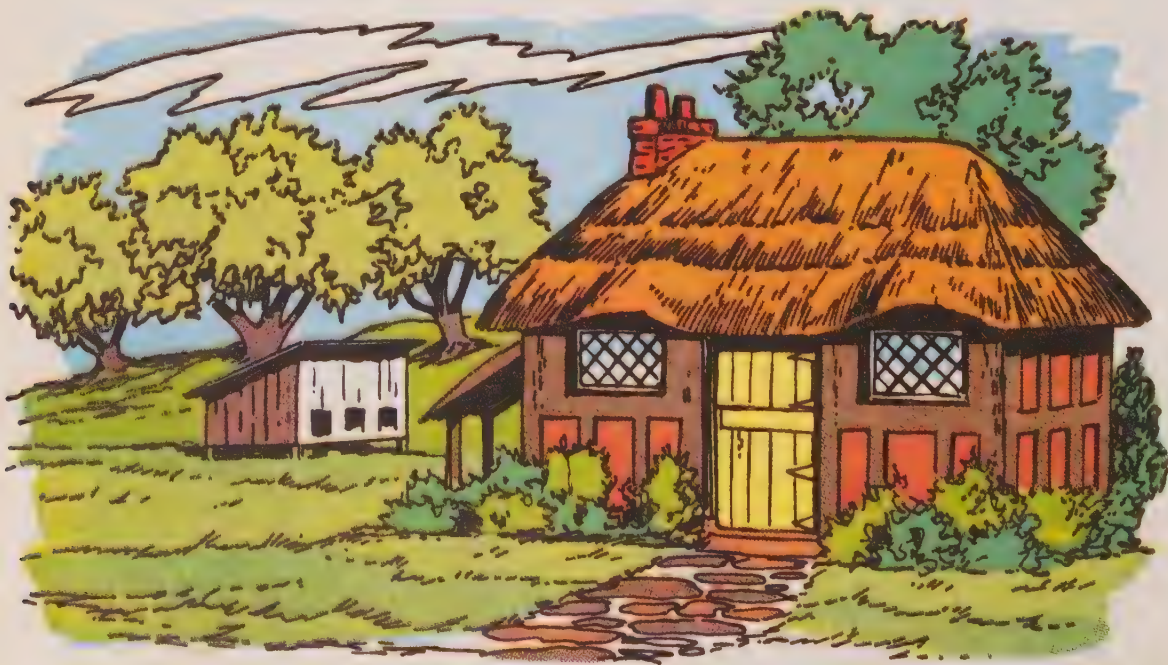


A los pocos minutos ya estaba de regreso la niña, bailando y cantando de alegría en las caballerizas.

—¡Oh, Harry! ¡Jamás podía esperar noticias tan maravillosas! La señora Fowler nos pide a todos que vayamos a vivir en su casa. Hay allí una casita pequeña, donde nos acomodará muy bien; tiene su jardín, un gallinero, árboles frutales, todo lo que se puede desear. El cochero que ella tiene se marchará a la llegada de la primavera, y entonces papá ocupará su lugar. Mamá rié y llora a la vez y papá parece muy contento. ¡Qué dicha!

Quedó decidido que en cuanto Jerry se restableciera por completo, se trasladarían a la provincia. Y mientras tanto, el coche de alquiler y los caballos se habrían de vender cuanto antes.

Grant dijo que él se quedaría con **Mosco**, y sabía que algunas personas que trabajaban con los coches de alquiler podrían comprarme; pero Jerry dijo que no quería que yo volviera a trabajar tirando de un coche de alquiler, con una persona desconocida, por lo que el “gobernador” le prometió encontrarme un lugar donde pudiera estar bien.





Malos tiempos

Me vendieron al dueño de una panadería y almacén de trigo, a quien Jerry conocía, y con quien él pensaba que yo tendría buena comida y trato justo. Por lo que se refiere a lo primero, mi amo tenía razón; pero en lo referente al trabajo, había un capataz que siempre tenía prisa y apremiaba a todos, y en frecuentes ocasiones, cuando el carro ya estaba completamente lleno, el mavado ordenaba que se agregara algo más a mi carga.

Mi conductor a menudo decía que no se me debía cargar con más de lo que podía llevar, pero el capataz siempre se imponía, diciendo:

—No tiene objeto hacer dos viajes, cuando se puede transportar todo en uno. ¿No te parece?

Una buena alimentación y un descanso adecuado es suficiente para mantenerlo a uno trabajando; pero ningún caballo puede soportar que se le sobrecargue, y me estaban agotando a tal grado, que tuvieron que comprar un caballo más joven para que ocupara mi lugar. Yo

empezaba a envejecer.

Tuve mucha suerte en salir de allí, sin que me dejaran inútil para siempre; después fui vendido a un dueño de muchos coches de alquiler.

Jamás podré olvidar a mi nuevo amo; tenía ojos negros, nariz aguileña, boca dotada de unos dientes agudos como los de un lobo y su voz era más áspera que el ruido de las ruedas de una carreta so-



bre un camino empedrado. Se llamaba Nicolás Skinner.

Skinner era propietario de varios coches de alquiler de ínfima categoría, conducidos por cocheros de igual clase. Era muy desconsiderado con los hombres y éstos a su vez lo eran con los caballos. En este nuevo trabajo no descansábamos ni los domingos; ni siquiera en los días más calurosos del verano.

Mi vida era tan infeliz, que llegué a desear que me pasara lo que a **Ginger**; quedarme muerto un día en mi trabajo y acabar con todas mis desdichas. Y en cierta ocasión por poco se cumplen mis tristísimos deseos.

Estaba en el sitio de reunión a las ocho de la mañana, y ya había trabajado bas-

señora y el muchachito se subieron al punto, y mientras el señor atendía el equipaje, la jovencita se acercó a mí y se quedó mirándome.

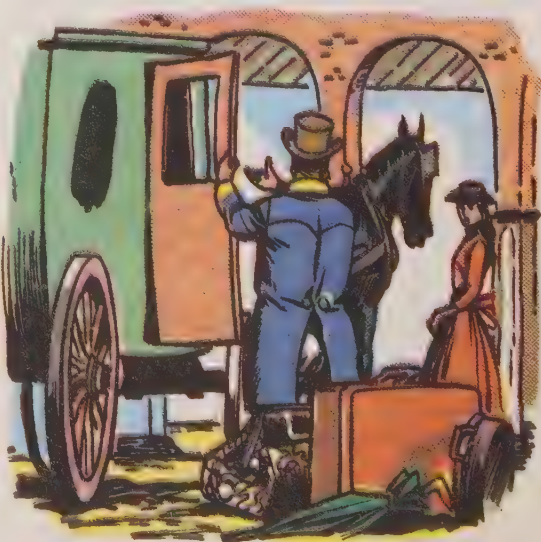
—Papá —dijo la jovencita—, estoy segura de que este pobre caballo no puede llevarnos a nosotros y a todo el equipaje



juntos en un trayecto tan largo; está muy débil y viejo. ¡Por favor, obsérvalo bien, papá...!

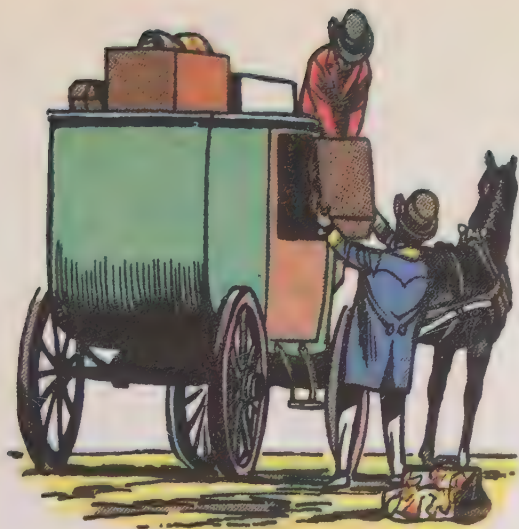
—No, señorita, está perfectamente bien —dijo mi conductor—. Tiene fuerzas suficientes para llevarlos.

—Por favor, papá, alquila otro coche para que lleve el equipaje —suplicó la jovencita—; tengo la seguridad de que



tante, cuando tuvimos que llevar pasaje a la estación del ferrocarril. En aquellos momentos llegaba un tren muy largo, y al instante conseguimos pasaje que iba de regreso.

Era un grupo de cuatro personas: un hombre grueso y gritón, su esposa, un muchachito y una jovencita, además de una enorme cantidad de equipaje. La



obramos mal. Vamos a cometer una crueldad con el pobre animal.

—No digas tonterías, Grace —dijo el hombre grueso—; súbete inmediatamente y deja de armar tanto escándalo. El conductor sabe perfectamente lo que hace, así que deja ya de protestar.

Mi gentil amiga se vio obligada a obedecer, y baúl tras baúl fueron arrastrados y colocados en el techo del coche de alquiler; los que no cupieron se coloca-

ron junto al cochero. Finalmente, todo estuvo listo, y con el consabido tirón de riendas y latigazos, salimos al poco tiempo de la estación.

La carga era muy pesada, y no había tenido descanso ni alimento desde temprano. Pero seguí adelante bastante bien, hasta llegar a la cuesta de Ludgate. En ese lugar, la pendiente era tan dura, que no podía seguir adelante. Luchaba por continuar, aturdido por los constantes tirones de riendas y latigazos, cuando en un momento dado (no puedo decir cómo ocurrió), sentí que mis patas no me sostenían y caí pesadamente.

Quedé tendido y sin poderme mover. No tenía alientos ni para levantarme, y pensé que entonces sí había llegado mi última hora de vida.

Alguien se acercó y me quitó las bridas y desató los cordones que mantenían



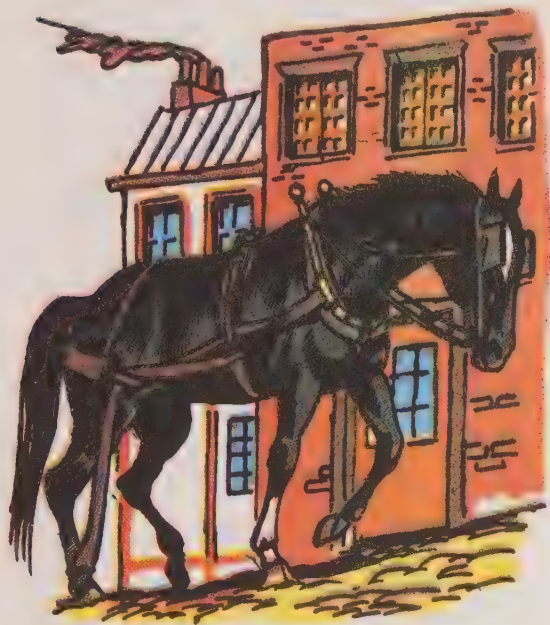


totalmente apretada la collera contra mi cuerpo. Luego alguien dijo:

—Está muerto, ya no se levantará.

Pude oír que un policía daba órdenes; pero no intenté siquiera abrir los ojos, ya que sólo podía aspirar un poquito de aire de vez en cuando.

No puedo calcular cuánto tiempo permanecí tendido allí; pero a la larga sentí que la vida me volvía de nuevo, y un hombre con voz amable me estaba acariciando y animándome a que me levantara. Después de uno o dos intentos, me levanté tambaleando y me llevaron con todo cuidado a una caballeriza cercana. En ese lugar me acomodaron en una



cuadra provista de una buena cama de paja; después me dieron una bebida caliente.

A la mañana siguiente, Skinner me llevó a un buen veterinario para que me examinara, cosa que hizo con mucha atención el hombre de ciencia.

—Este es un caso delicado, debido a un exceso de trabajo, más que a enfermedad alguna —aseguró el veterinario—. Si

usted lo pudiera dejar que reposara durante unos seis meses, entonces podría volver a trabajar. Pero ahora no le queda fuerza ni para cargar un paja. Necesita descansar.

—Entonces tendrá que ser destinado para comida de los perros —dijo mi amo—, pues yo no tengo prados para que se recuperen los caballos enfermos. Así como puede aliviarse, también es posible que no se alivie. Mi sistema es utilizarlos hasta que ya no sirvan, y cuando eso sucede, los vendo por lo que me den. Conque. . .

—Dentro de diez días hay una venta de caballos —dijo el veterinario—, y si usted lo deja descansar y lo alimenta bien, puede llegar a reponerse, y obtendrá mucho más dinero de lo que pueda costar su carne.

Me pareció que aunque de mala gana, Skinner ordenó que se me cuidara y alimentara bien. El encargado de las caballerizas, al darle gusto por tratarse de mí, cumplió con las órdenes del patrón con mejor voluntad que con la que se le habían dado.

Doce días después del accidente, me llevaron al sitio de la venta.



El granjero y su nieto

En el lugar de la venta, vi muchos otros caballos viejos, ya totalmente acabados. Unos estaban cojos, otros no tenían alientos para trabajar y algunos solamente estaban muy viejos. Tanto los compradores como los vendedores, en su mayoría, tenían el mismo aspecto que las pobres bestias que estaban en venta, como yo.

Pasado algún tiempo, se me acercó un hombre con aspecto de granjero, que llevaba a un niño. Era de espaldas anchas, rostro curtido pero con facciones finas, y llevaba puesto un sombrero de ala ancha. Cuando se acercó al lugar en que me encontraba con mis compañeros de infortunio, vi claramente que le había llamado la atención.

—Willie, he aquí un caballo que segu-

ramente ha conocido mejores tiempos.

—¡Pobrecillo! —comentó el niño—. ¿Tú crees, abuelito, que alguna vez sirvió como caballo de tiro?

—¡Ya lo creo que sí! —dijo el granjero, al tiempo que se me acercaba—. Pudo haber sido cualquier cosa cuando joven. Fíjate en su hocico y en sus orejas, en la forma de su cuello y en sus paletillas. ¡Es un caballo fino!

Alargó la mano y me dio un golpecito con cariño en el cuello. Para corresponder a su bondad, le acerqué la cabeza, confiadamente.

—¡Pobrecito! Observa, abuelito, qué bien responde a los cariños y trato bondadoso. ¿No podrías comprarlo y rejuvenecerlo, como lo hiciste con **Ladybird**? ¡Hazlo. . .!

—Mi querido nieto, me es imposible rejuvenecer a todos los caballos viejos.

—Pero, abuelito, yo no creo que este caballo sea realmente viejo. Por favor, mírale el hocico, y pregunta el precio que piden por él. Tengo la seguridad de que se volvería joven viviendo en nuestra granja.

El hombre que me había comprado para venderme, dio su opinión:

—El caballerito es un verdadero conocedor de caballos, señor. Porque la verdad es que este caballo sólo está agotado por el exceso de trabajo que tuvo tirando de los coches de alquiler. Valdría la pena que un caballero pagara por lo menos cinco libras por él, dándole así una nueva oportunidad. Además, apuesto que para la próxima primavera, bien cuidado ya valdrá por lo menos veinte libras esterlinas.



El granjero me palpó con calma las patas, que tenía muy hinchadas y con ampollas. Después me examinó detenidamente el hocico y dijo:

—Debe tener trece o catorce años. Ahora, hágalo trotar un poco, ¿quiere?



Arqueé cuanto pude mi pobre cuello flaco, levanté un poco la cola y empecé a trotar lo mejor que pude, ya que sentía las patas muy tiesas.

—¿Cuánto es lo menos que pide por él? —preguntó el granjero en el momento en que yo regresaba.

—Cinco libras, señor. Ese es el precio más bajo que mi amo me fijó.

—Arriesgo bastante —dijo el caballero, sacudiendo la cabeza; pero al mismo tiempo contó el dinero.

El muchachito apenas podía disimular su júbilo y el caballero pareció com-



partir la alegría de su nieto. Me dieron un buen pienso en la posada en que nos detuvimos aquel día. Después me llevó a mi nuevo hogar con mucho cuidado un criado de mi nuevo amo. Más tarde me soltaron en una extensa pradera, en cuyos límites había una choza.

Mi nuevo dueño ordenó que se me



diera un pienso de heno y avena todas las noches y por la mañana, y que me llevaran a hacer un poco de ejercicio por la pradera durante el día.

—Y tú, Willie —añadió, dirigiéndose a su nieto—, serás el encargado de cuidarlo y atenderlo.

El muchachito estaba orgulloso de su comisión, y la cumplió con toda

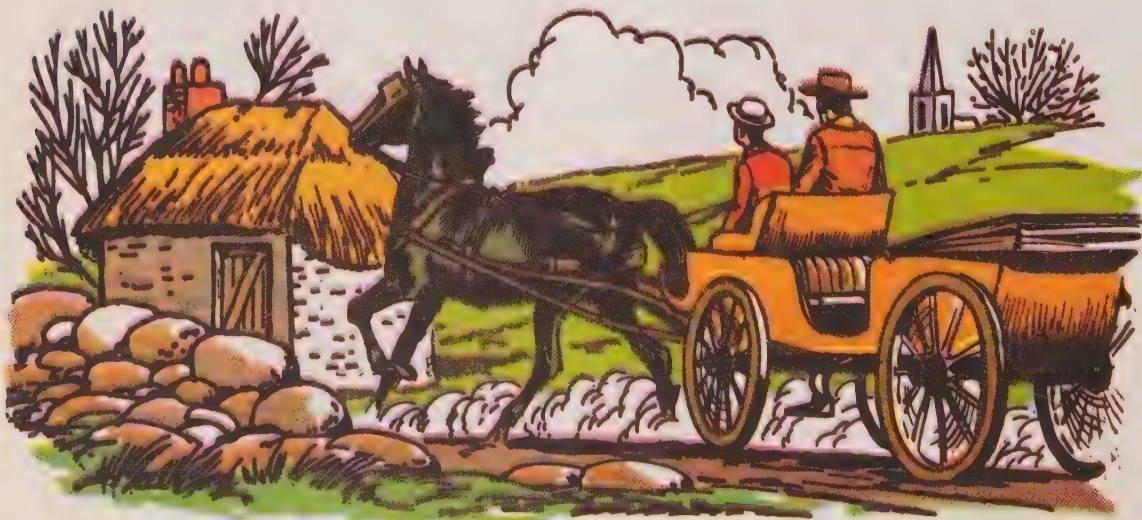
seriedad. No había día en que no me fuera a visitar. Siempre llegaba prodigándome palabras amables y cariñosas, dándome una zanahoria o alguna otra golosina; algunas ocasiones permanecía a mi lado, mientras comía la avena.

Durante el invierno se mejoraron tanto mis patas, que me empecé a sentir joven de nuevo. Pasó la primavera, y un día de marzo, el amo decidió probarme en un carruaje liviano. Me agradó la idea, y Willie y mi amo me condujeron algunos kilómetros. Mis patas ya no estaban tiesas, por lo que logré realizar mi trabajo con perfecta soltura.

—Está rejuveneciendo, Willie. Y para fines de verano estará como **Ladybird**. Tiene un hocico sumamente suave y su paso es excelente. No podía estar mejor. ¡Magnífico!

—¿Te das cuenta, abuelito? ¡Cuánto me alegro de que lo hayas comprado!

—También yo me alegro, muchacho; pero tiene más que agradecerte a ti que a mí. Ahora debemos buscar un lugar tranquilo, donde sepan apreciar lo que vale este animal.





Mi último hogar

Había llegado el verano. Nuevamente me sentía como en mis buenos tiempos. Un día, el mozo de cuadra me aseó y me arregló con tanto esmero, que tenía la seguridad de que algo extraordinario iba a suceder. Me arregló las cuartillas y las patas, me aplicó betún sobre los cascos y hasta me peinó las crines.

Willie estaba entre ansioso y alegre, cuando se subió en el carruaje al lado de su abuelo.

—Si a las señoras les gusta —dijo el caballero—, ellas quedarán satisfechas y él también. Sólo nos incumbe intentarlo.

Después de caminar varios kilómetros, llegamos a una casa pequeña, pero muy bonita, con un hermoso prado verde, setos a la entrada y un camino bien arreglado que conducía hasta la puerta. Willie tocó el timbre y preguntó en seguida por la señorita Blomefield o por la señorita Elena.

Como las dos se encontraban en casa, el amo entró mientras Willie permanecía, esperando, a mi lado.

Transcurridos diez minutos, regresó seguido de tres señoritas. Una era alta, pálida, envuelta en un chal blanco; se apoyaba en una señorita más joven, de cara alegre y ojos oscuros.

La otra, que tenía el aspecto de una persona muy seria, era la señorita Blomefield. Me observaron detenidamente e hicieron varias preguntas.

A la más joven — la señorita Elena—, le agradé muchísimo. Dijo que iba a estar



encantada conmigo, porque tenía un aspecto muy bueno. La señorita Lavinia, que era la alta y pálida, dijo:

—En cuanto a mí, siempre me sentiría nerviosa de conducir un caballo que se ha caído, aunque haya sido una sola vez. No lo montaré.

—Señoras —les dijo el granjero—, muchos caballos de primera categoría han sufrido la rotura de las rodillas, por



el descuido de sus conductores, que no por descuido de los animales. Pero si ustedes así lo desean, pueden tenerlo un tiempo a prueba y después me dirán sinceramente lo que opinen de él.

Quedó convenido que al día siguiente mandarían por mí.

Aquella mañana, un joven de aspecto inteligente llegó por mí. Al principio noté que le gusté, pero cuando se fijó un poco más en mis rodillas dijo en un tono de decepción:

—Yo no hubiera creído, señor, que usted fuera capaz de recomendar un caballo con semejante defecto.

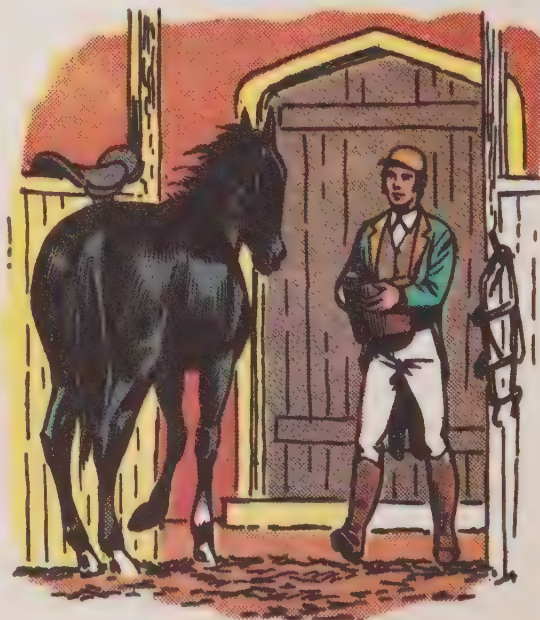
—Sería mejor que no expresara opinión alguna —le dijo mi amo—, ya que sólo se lo va a llevar para probarlo, y si al



cabo del periodo de prueba no está seguro de él, como de cualquier otro caballo que usted haya conducido, entonces me lo puedo devolver.

Me llevaron a mi nuevo hogar, en donde había unas caballerizas muy cómodas; me alimentaron y después me dejaron completamente solo.

Al día siguiente, cuando mi mozo de cuadra me limpiaba la cara, exclamó:



-Tiene una estrella en la frente, muy parecida a la que tenía **Belleza Negra**. Además, es de la misma alzada. Me gustaría mucho saber qué se hizo mi hermoso **Belleza Negra**.

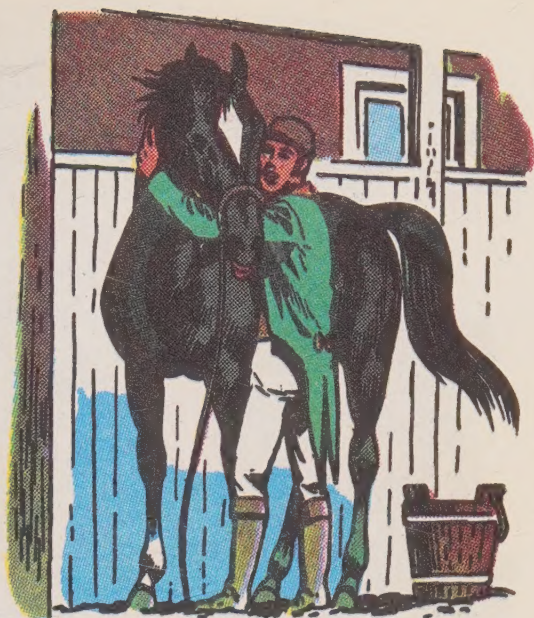
Al seguirme recorriendo con la vista llegó al lugar de mi cuello en donde me habían sangrado y donde me había quedado una pequeña cicatriz en la piel. Se sorprendió muchísimo y empezó a revisarme cuidadosamente, comentando para consigo mismo: "Estrella blanca en



la frente, el remo delantero también blanco y esta cicatriz en el cuello..." Después observó el punto central de la cruz y dijo:

-Tan seguro como de que estoy vivo, allí está el mechón de pelo blanco que Juan solía llamar "el lunarcito de **Belleza Negra**". ¡Tiene que ser **Belleza Negra**! ¿Verdad, **Belleza Negra**? ¿Me reconoces? ¿No recuerdas a Pepito Green, que por poco te deja morir?

Y empezó a acariciarme repetidamente, con mucho cariño.

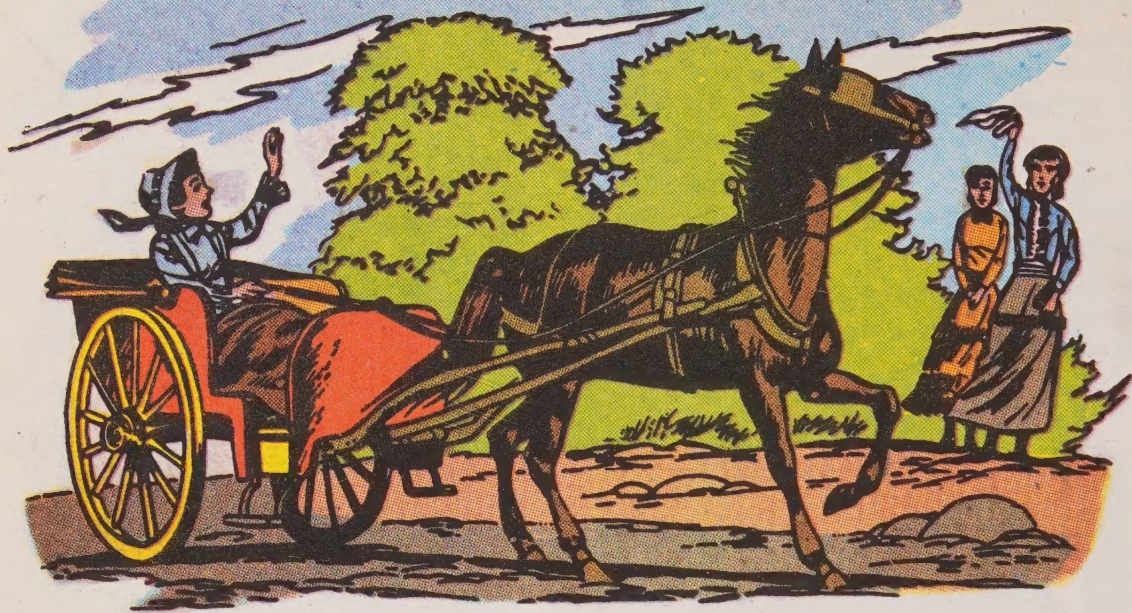


No puedo decir con certeza que lo recordaba bien, porque se había convertido en un apuesto joven; pero yo tenía la seguridad de que él sí me había reconocido y de que era efectivamente aquel Pepito Green, lo cual me satisfizo mucho, y relinché de gusto.

Acerqué la cara hasta él, tratando de darle a entender que éramos amigos. Nunca vi a un hombre tan contento.

-¡Darte una buena oportunidad...! ¡Ya lo creo que sí! Sólo quisiera saber quién fue el que te rompió las rodillas, mi querido **Belleza Negra**! Pero ahora te prometo que vas a recibir el mejor de los tratos.

Aquella tarde me enganchó a un cochecito de mimbre y me llevó hasta la puerta principal. La señorita Elena me iba a probar y José la acompañó. Al poco tiempo descubrí con placer que era muy buena conductora, y ella por su parte quedó muy complacida con mi paso. Después oí que José le contaba todo lo que sabía acerca de mí. Tenía la seguridad de que yo era **Belleza Negra**, el caballo que había pertenecido al buen caballero Gordon.



Cuando regresamos, salieron inmediatamente las otras dos hermanas para averiguar qué tal me había comportado. La señorita Elena se apresuró a decirles todo lo que acababa de escuchar, agregando:

—Voy a escribirle a la señora Gordon y le diré que su caballo favorito ha llegado a nuestras manos. Estoy segura de que le dará mucho gusto saberlo.

A partir de entonces me condujeron todos los días durante una semana, al cabo de la cual comprobaron que era un caballo muy seguro; la señorita Lavinia, por fin se aventuró a subir al carruaje. Después, decidieron quedarse conmigo y me volvieron a llamar por mi antiguo nombre: **Belleza Negra**.

Llevo en este feliz hogar cerca de un año. José es el mejor de todos los mozos de cuadra que he conocido, mi trabajo es fácil y placentero, siento que mi fuerza y mi ánimo renacen.

Hace poco tiempo, le dijo mi anterior dueño a José:

—Si sigue bajo tu cuidado, vivirá hasta

los veinte años de edad y quizá más.

Han terminado todas mis cuitas; me siento de nuevo en un verdadero hogar. A veces, sueño despierto; recuerdo cuando estaba en mi primer hogar, en compañía de mis viejos amigos, charlando bajo los manzanos. . .



Catalogación en la fuente

Sewell, Anna

Belleza negra / texto de Anna Sewell ;
adaptación de Bárbara Nolen ; versión de Raúl de
Zaldo Galina ; ilustraciones de Tom Gill. --

México : Trillas, 1990 (reimp. 2007).

96 p. : il. col. ; 25 cm. -- (Clásicos ilustrados ; [16])

ISBN 978-968-24-2654-4

1. Literatura infantil. 2. Cuentos infantiles. I.
t. II. Ser.

D- 808.068'1636b

LC- PZ71 '15.216

616 I

Versión autorizada en español de
BLACK BEAUTY
© 1990, 1963, por Western Publishing
Company, Inc. Derechos reservados

La presentación y
disposición en conjunto de
BELLEZA NEGRA
son propiedad del editor.
Ninguna parte de
esta obra puede ser
reproducida o transmitida, mediante ningún
sistema o método, electrónico o mecánico
(incluyendo el fotocopiado, la grabación
o cualquier sistema de recuperación y
almacenamiento de información),
sin consentimiento por escrito del editor

Derechos reservados en lengua española
© 1990, Editorial Trillas, S. A. de C. V.

División Administrativa
Av. Río Churubusco 385
Col. Pedro María Anaya, C. P. 03340
México, D. F.
Tel. 56884233, FAX 56041364

División Comercial
Calzada de la Viga 1132
C. P. 09439, México, D. F.
Tel. 56330995
FAX 56330870

www.trillas.com.mx

Miembro de la Cámara Nacional de
la Industria Editorial
Reg. núm. 158

Primera edición en español OS
ISBN 978-968-24-2654-4
♠ (SL)

Reimpresión, 2007

Impreso en México
Printed in Mexico

Se imprimió en
Rotodiseño y Color, S. A. de C. V.
BM2 100 IW

BELLEZA NEGRA

Anna Sewell

Un cuento bellísimo, toda una creación que nos habla, en principio, de caballos felices que viven en el campo.

Es la historia de un potro negro, narrada por él mismo, en donde los caballos, después de abandonar el campo para ser vendidos, atraviesan por mil penalidades, hambres, fiebres y golpes.

Aquí o allá surgen amistades que se truncan porque alguno pasa a ser de otro dueño.

En su azarosa vida, **Belleza Negra** y sus ocasionales amigos conversan, comentan y opinan acerca de los humanos, y sus opiniones no siempre son favorables, a veces ni para los niños malcriados, que desgraciadamente abundan. Censuran sobre todo a quienes piensan que las bestias sólo están al servicio del "rey de la creación".

Belleza Negra se encuentra por vez primera con el tren y cree que se trata de un monstruo que viene a devorarlo, pero luego se da cuenta que solamente pasa de lado.

Anna Sewell otorga a los caballos características humanas y los ubica en situaciones tan diversas como reales, bajo la tutela o la opresión de los hombres. Así, **Belleza Negra**, el narrador, conoce a otros caballos que le cuentan sus historias, luego deja de verlos y a la vuelta del tiempo los encuentra decrepitos y tristes. En fin, no faltan los amos bondadosos, las cuadras cómodas y las escenas conmovedoras que nos hacen sentir que los caballos, como los demás animales, son capaces de gozar y sufrir, y que, además, juegan a veces papeles muy importantes en las vidas de sus amos.

ISBN 978-968-24-2654-4



9 789682 426544

www.trillas.com.mx

